

PREMIO CIUDAD DE PALMA «CAMILO JOSÉ CELA»
DE NOVELA EN CASTELLANO 2004



DANIEL CHAVARRÍA

LO QUE DURA *DURA*

Un retrato de la Cuba más *profunda*

Lectulandia

Bebo es un médico de la Cuba rural que tiene que atender varios casos de priapismo en una zona muy pequeña. Ante el estupor por esta circunstancia, el doctor decide investigar: comienza así una búsqueda de nuevos casos hasta que descubre el origen de tan misteriosa enfermedad. Cuatro amigos encauzan la narración: dos de ellos se dedican a la ciencia y los otros dos son delincuentes, unos balas perdidas. En definitiva, dos caras de la misma moneda.

Lectulandia

Daniel Chavarría

Lo que dura dura

ePub r1.0
elcuban 19.02.14

Título original: *Lo que dura dura*
Daniel Chavarría, 2005

Editor digital: elcuban
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Millet Nieto, maestro de la narración
oral y a Mario Chavarría Sosa,
futuro maestro de ajedrez

PRIMERA PARTE

1. El Bebo: Mario Lujan y Torralba

Lo del priapismo empezó el 14 de octubre del 89, una tarde inolvidable en que el Bebo tomaba el fresco y unos buches de ron en el portal de la casita donde el Ministerio de Salud Pública le instalara su vivienda y consultorio.

Ese día le había tocado una fuerte jornada itinerante, dos casos de hipertensión a tres kilómetros loma arriba y un parto muy traumático en la orilla del pueblo. Al recordarlo con placer ahora, la brisa que soplabá de lado le llegaba como una caricia. Torso desnudo, el médico se balanceaba pensativo en una comadrita^[1] y miraba caer las primeras sombras cumbreñas sobre una empinada ladera de la Sierra del Cristal.

Imposible dejar de pensar en el parto, en los ojos implorantes, desesperados de la guajira, por fortuna un tronco de muchachona.

Vaya susto, carajo. Cuatro horas en vilo, hasta ver la criatura a salvo. Pero ahora disfrutaba. Cuanto más angustioso el recuerdo, más lo disfrutaba.

Satisfecho por haber superado el mal trance y por el gran servicio prestado, era la primera vez en que se sentía un médico de verdad.

Ya en la tina del baño se frotó con denuedo, silbó, tarareó su alegría durante un largo rato; y ahora, con los primeros dos tragos, se dejó invadir de euforia, respiró hondo, el paisaje era bello, él era eterno, como el que se prende con marihuana.

Recordó a Ponce de León, eminente cirujano y el más vital de sus profesores, que por no retirarse seguía en la facultad con sus ochenta años, ahora como docente de Anatomía. Era una fiesta oírle a Ponce sus anécdotas de cuando ejerciera la medicina rural en los años del Machadato; y su desparpajo al referir en clase que cuando la Guerra de Angola solía meterse un pito de yerba antes de amputar sin anestesia y bajo la metralla enemiga. Lo vivido durante el parto le trajo también a la memoria los latinajos que soltaba en clase; uno de los favoritos y más repetidos versaba sobre el goce de evocar la adversidad vencida. Y todos los días inventaba dicharachos.

—Es que en la soledad, sin recursos ni asesoría, cualquier médico se apengustia^[2] —dijo un día, y el paraninfo estalló de risa.

Un cómico, el Profe. El Bebo sonrió al evocar una clase en que despotricara contra el oscurantismo de los farmacólogos, por los nombretes que imponían a los medicamentos. «No, señor», se indignaba desde el estrado; y proponía que los diuréticos se llamasen «parameol», los laxantes «paracagol», y así por el estilo.

Unas horas antes, al ver que el feto venía de nalgas, el Bebo también se apengustió. La emergencia le trajo la palabreja y el comentario de Ponce; porque, en efecto, nadie que no lo haya vivido se figura el terror de un médico rural, cuando ejerce solo. Qué corredor de fondo ni un carajo. Soledad terrible es la del graduado reciente, cuando una vida humana depende de su serenidad, su inventiva, y de sus escasos conocimientos.

Aquella tarde, al ver lo que habría de enfrentar en el bohío, debió de ponerse muy pálido. De seguro que todas las guajiras asomadas por las ventanas percibieron su terror.

Al servirse otro trago volvió a pensar en el Profe; porque ahora, recobrado del mal rato, él también se entregaba, y con morbosa recurrencia, al placer de revivir los instantes más dramáticos.

Para no oír los gritos de unos mariachis que algún vecino propalaba a mansalva desde su radio, el Bebo se taponó las orejas con ambos pulgares. Así se estuvo un rato estremecido, componiendo y recomponiendo detalles, satisfecho de sí, sonriente, tragando saliva. Cualquiera que lo espiese lo habría supuesto entregado a lujuriosas remembranzas.

Uno de sus motivos de espanto, y cuya superación le traía ahora complacencia, había sido la falta de asepsia en el bohío. Sobre el piso de tierra, bajo la cama de la parturienta, correteaban gallinas, perros, un lechoncito. En comparación, su consultorio de madera, tan precario, lucía como un palacio de cristal.

Al ver lo mal que venía el feto, el Bebo barajó la idea de una cesárea; pero la desechó enseguida. Aun disponiendo del instrumental y con la debida esterilidad, él no iba a aventurarse en una operación de especialistas.

Durante la carrera, movido por su vocación, el Bebo no perdía oportunidad de colarse en los quirófanos, donde ayudara en varias cesáreas y otras operaciones obstétricas; pero sin intervenir bisturí en mano. Como estudiante, toda su práctica quirúrgica se restringió a la sutura de pacientes recién operados, amén de alguna que otra intervención muy superficial, cuando a los cuerpos de guardia llegaban pacientes malheridos, con algún quiste, lesiones de arma blanca, o necesitados de intervenciones que no interesaran órganos vitales. En tales casos, bajo la vigilancia del cirujano de turno, el Bebo extraía pus, vidrios, lo que fuera. Más adelantado, ya en quinto año, lo dejaron solo en un par de apendicitis, una traqueotomía y otras zonceras.

Aquella tarde, cuando llegó al bohío y vio asomarse los piecitos del bebé junto a las nalgas, notó que comenzaba a temblar. La guajira, que alternaba gritos y desmayos desde hacía dos horas, le dirigió una mirada de náufrago. El le dio a beber un jarabe para la tos y le mandó que cerrara los ojos hasta su regreso; y, so pretexto de que antes de tocar a sus pacientes siempre se encomendaba a Dios, se alejó a unos cien pasos del bohío. Allí, donde nadie lo pudiese ver, se estuvo diez minutos en busca de serenidad, concentrado en sus viejas técnicas de autosugestión. Nadie debía darse cuenta del susto que le cayera encima.

Sólo una vez, en un vídeo que le pasaran durante su rotación por la especialidad de Ginecología, había observado la intrincada manipulación que exigen los partos en pelviana. En uno de los casos, el niño traía las piernecitas flexionadas hacia atrás,

pegadas a la base de las nalgas, en posición fetal, exactamente como su caso de aquella tarde; y el documental enseñaba a partearlo mediante cesárea. Pero él no podía valerse de la cirugía, no tenía cómo. Y se dispuso a lo único que le pareció honrado y sensato: sufrir con la guajira, sudar junto a ella y observar. El favor de Dios y la propia evolución del parto debían sugerirle un plan de acción. Y así, a punta de audacia e intuición, concibió la táctica de manipular a la criatura hasta situarla boca abajo y separarle los pies de las nalgas, para extraérselos hacia atrás, uno a uno.

Fue terrible. La guajira se le desmayó dos veces, pero las piernecitas salieron, entre chorros de sangre, hasta encima de las rodillas.

Media hora después, cuando la guajira se recobrara un poco, ya asomado el niño hasta las axilas, el médico logró sacarle el hombro izquierdo con su bracito, en medio de nuevos y espantosos alaridos. Empapado en sudor, pujando a la par de la madre, animándola, aferrando los omóplatos y pectorales del bebé, rotándolo en la dilatadísima abertura y halándolo como al corcho de una botella, el médico vio asomar la base del cuello, y por fin, con los pies del niño hacia arriba, consiguió sacarle la cabeza de costado y con ella, el brazo y hombro derechos.

El bebé nació ileso, y gracias a la flexibilidad y fortaleza de sus tejidos tan jóvenes, la guajira sólo sufrió un desgarramiento y su hemorragia, sin demasiada import...

—Buenas, dótor —oyó decir en eso.

El saludo de un campesino de paso lo sacó del bohío y la hemorragia.

—¿Cómo anda, Julián?

—Mire lo que le están trayendo por allá —lo interrumpió el hombre, que ahora señalaba hacia una ladera de la sierra.

Reubicado en el presente de su consultorio, el Bebo divisó, a unos trescientos metros loma arriba, sobre un claro de la cuesta, a tres hombres portadores de unas parihuelas.

—Esos vienen pa su consulta, dótor.

Vaya, carajo, qué día.

Cuando por fin se acercaron y ya no tuvo dudas, el Bebo recogió el vaso y la botella, vistió su bata de médico y abrió de par en par los estrechos batientes de la puerta, para dar paso a los cargadores.

El paciente, casi desmayado, gemía con desesperante languidez. Hombre nervudo y enteco, de unos 70 años, lo cargaban en posición supina. Sobre la camisa, un poco por debajo de la cintura, venía fajado con una tela negra del ancho de una cuarta; y bajo la faja se adivinaba una hinchazón ventral.

Mmm, mal asunto...

—Buenas tardes, dótor —lo saludó un hombre canoso, tras quitarse el sombrero de yarey con una mano y el mocho^[3] de tabaco con la otra.

—Buenas, pero pasen, pasen, pónganmelo allí. —Y les señaló una camilla.

Las parihuelas, demasiado anchas, no entraban por la puerta. Los cargadores las pusieron sobre el piso y aferraron al paciente, uno por las axilas y otro por los tobillos, mientras el canoso, con ayuda del Bebo, lo sostenía por debajo de la cintura.

A la usanza serrana, lo traían cargado sobre telas de saco. El angarillero de adelante era un jovencito imberbe, pero de seis pies por lo menos. Para sacar enfermos desde los altos de la sierra, los guajiros viejos solían escoger jóvenes fuertes, de muy diferente estatura. En general formaban parejas ridículas por lo desiguales, pero tal como los portadores de vírgenes y santos, los camilleros de la Sierra del Cristal se ufanaban de serlo. El cargar enfermos, loma abajo o loma arriba, a veces durante dos o tres días, cruzando montes y ríos, era tarea honrosa, de hombres fuertes y responsables. Para bajar, el de más estatura se ubicaba al frente. En aquel caso, además de altísimo, el muchachón delantero lucía muy fornido, con un cuello taurino y unas manazas que envolvían de sobra las gruesas ramas de jiquí^[4], ensartadas en el improvisado dobladillo de los sacos.

—¿De dónde vienen?

Ante la notoria hinchazón bajo la faja, el médico conjeturó una peritonitis.

—Desde Cuchufli Arriba, dotor.

—¿Y dónde queda eso?

—Donde el diablo dio las tres voces —bromeó Julián, que se les había sumado para ayudar a entrar al enfermo.

Otros lugareños se allegaron a curiosear, como solía ocurrir cuando veían bajar angarilleros de las lomas.

—¿A qué distancia está ese poblado?

—A saber... —dijo el guajiro más viejo, mientras reencendía el mocho.

—¿Cómo que a saber? —se molestó el médico. Detestaba la reticencia de los montunos. Nunca te respondían por derecho. Siempre con el singao^[5] misterio.

—De cerca del Cristal —respondió por fin el más joven.

—¿Del Pico del Cristal?

—Como dos horas más abajo —aclaró el viejo.

El Bebo se puso a desamarrar la faja, mientras los dos cargadores le alzaban un poco al paciente, sostenido por las corvas y axilas.

—Salimos cuando clareaba —explicó el zagüero, hombre pequeñito, rechoncho, de unos treinta años.

—No se pudo antes porque el dolor fuerte le empezó en la nochecita —precisó el viejo.

Eran casi las siete; y como en el firme^[6] el sol se ponía a las ocho, el médico calculó, cojones, que el transporte del paciente debió durar sus once horas.

—¿Y qué es lo que él se siente?

Los angarilleros y el viejo se miraron serios, de cejas alzadas; luego miraron a los curiosos agrupados en el portal, como si les sobraran.

Ante aquel silencio, el Bebo alzó los brazos en un gesto de mal humor, y el más viejo, como para atajarlo, se apresuró a decir, con la cabeza gacha y en un susurro:

—La tiesura, médico.

—¿Cuál tiesura? ¿Qué es eso? —preguntó el Bebo, sin mirarlo, ocupado en quitarle la interminable faja al anciano.

—Con todo respeto, médico —prosiguió el viejo, apenas audible—, pero mi compay Jacinto tiene el..., el eso parao desde ayer por la noche, y no se le baja.

¿Priapismo?

El Bebo comprendió ahora el silencio de los guajiros. Lamentó haberse molestado. Los pobres, por vergüenza, no sabían cómo llamarlo.

El anciano Jacinto, tras el zarandeo a que lo sometieran para quitarle la faja y desabrocharle la pretina, abiertos los ojos, dirigía ahora al Bebo una mirada implorante.

—Agua —pidió.

—Cógela de allí —indicó el Bebo al cargador zaguero y le señaló el mueble donde el agua del botellón se purificaba por goteo sobre un filtro de piedra porosa.

Como uno de los mirones, asomado por la ventanuca de atrás, oyera lo de la tiesura y lo comentó con los demás, la noticia se regó por el poblado. Todos conocían al paciente, un viejo montuno alegre, dicharachero, que solía bajar a La Zanja para vender animales o aguardiente. Y picados de curiosidad, más divertidos que alarmados ante aquella enfermedad de la que nunca oyeran hablar, los vecinos comenzaron a agolparse en el portal del consultorio. La situación del viejo les causaba una incontenible hilaridad y provocaba comentarios procaces.

Al oír que la bulla aumentaba, el Bebo se les acercó ceñudo.

—Caballeros, no se pongan bravos pero tienen que desocuparme el portal, que esto no es un teatro.

Mandó llamar a su amiga Matilde la comadrona, bigotuda y malgenia, y la sentó a cuidar el portal. Mientras él atendía al montuno, no quería a nadie espiando ni formando bulla cerca.

Al desnudar por fin la región genital del enfermo, el pene negro y tieso, que la pretina del calzoncillo le mantuviera aplastado sobre el vientre, se irguió, fuácata^[7], como un resorte.

El camillero más joven dio un paso atrás.

—¡Vaya, carajo! —comentó el médico, impresionado.

Durante toda su práctica hospitalaria, el Bebo sólo había visto un caso de priapismo leve, en un cuerpo de guardia donde el jefe del turno le pidiera ayuda para practicar un drenaje. En aquella ocasión, el propio Bebo introdujo una aguja del 12

por un flanco del miembro tumefacto, amorcillado, y en cinco minutos, apenas le extrajo la sangre espesa pero todavía líquida y drenable, el paciente se alivió de inmediato y dejó de sufrir.

A eso se limitaba toda su experiencia sobre tan rara patología, de la que además nunca leyera nada; y ahora, para colmo, este miembro montuno se presentaba tan distinto, tieso como un palo, toc toc, muy negro, y en ciertos lugares con la coloración turbia propia de una trombosis.

Mientras el médico alzaba el prepucio para observarle el glande, Jacinto mantuvo los ojos cerrados. Avergonzado, claro. Primera vez que un hombre le andaba por ahí. Los otros tres, para exonerar al médico de ser visto en tan deshonroso menester, demostraron una repentina curiosidad por el escaso mobiliario de la consulta.

—Déme algo que me alivie, dótor, o máteme, coño, que esto duele mucho — balbuceó el enfermo.

—No se preocupe, hombre. Para todo hay remedio en esta vida.

¿Remedio? ¿Un calmante?

Ni hablar.

Dadas las circunstancias, lo que el Bebo vislumbraba como única solución posible no le iba a hacer ninguna gracia al pobre viejo.

De un armarito blanco sacó una jeringuilla esterilizada que guardaba en un pomo de boca ancha.

—Esto va a dolerle un poquito, pero es necesario.

—Ay, dótor.

El viejo cerró los ojos.

El médico le cogió el pene con una mano y le inyectó la aguja en la vena dorsal, muy notoria sobre la piel tan estirada.

El guajiro más joven salió a vomitar sobre la hierba.

Tal como supusiera el médico, no se le pudo extraer ni una gota de sangre. La trombosis no permitía drenarlo. Y sin drenaje inmediato la gangrena sería inevitable.

¿Qué inventar, coño?

¿Llevarlo a Nicaro? ¿Arriesgarse a que no llegara con vida?

Qué va. Mejor amputarle el pene allí mismo y en una semana remitirlo al hospital de Nicaro.

—Mejor máteme —dijo el viejo, como si le adivinara el pensamiento.

De su breve práctica profesional, el Bebo no recordaba una emergencia tan desesperante como el parto en pelviana de aquella tarde. Lo había curado de espanto; lo había graduado en medicina tremendista. Pero ahora, aunque ya no estuviese ante un caso de rompe y raja, ni él tan apengustiado, decidir la extirpación de un miembro era otra alternativa del cará.

¿No sería mejor mandar primero a uno de los cargadores a Levisa o Nicaro?

Sí, a caballo, para averiguar si existía algún anticoagulante poderoso que permitiera el drenaje.

Coño, pero mientras averiguaban, el hombre podía morírsele allí.

Por segunda vez en ese día debía decidir él solo. Aquel poblado y sus vastos alrededores no contaban con otro médico cercano; y a su leal saber y entender, para salvar aquella vida lo más prudente era amputar. Si no, aquella cosa tan tiesa, negra y dura lo iba a matar.

¡Cojones! ¡Más negra y dura era la vida de un médico rural, inexperto y sin recursos!

En definitiva, fue el sufrimiento del pobre guajiro lo que reafirmó su decisión de amputar.

Sí, cuchilla con él.

Movido por una precoz vocación de cirujano, el Bebo había aspirado en 1978 a matricular en la Facultad de Ciencias Médicas, pero sus calificaciones del ciclo preuniversitario no alcanzaron la media requerida; y como no le interesaba otra carrera, quedó excluido de la enseñanza superior.

En el 79 ingresó al Servicio Militar en el Cuerpo de Bomberos, donde permaneció hasta mediados del 81. El cuartel le gustó y, decidido a hacer carrera contra el fuego, firmó el reenganche. Ese mismo año, durante el incendio de un edificio de doce pisos, se lanzó a escalar hacha en mano hasta el tercero. En batalla contra el humo y las llamas, consiguió romper una puerta y rescatar a un grupo de vecinos bloqueados en la escalera. Después, en el 82, en otra acometida suicida, perdió el pie izquierdo, aplastado por una viga de metal. Inválido ya, debió licenciarse y permanecer once meses inactivo, hasta aprender a desplazarse con una prótesis; pero gracias a su Medalla al Valor y otros méritos obtenidos en los bomberos, ingresó esta vez con beneplácito en «Victoria de Girón», donde obtendría un tardío diploma de Doctor en Medicina General. Aún le faltaba un mes para cumplir los 29 años. De ahí a poco lo enviaron a cumplir sus dos años de Servicio Social en La Zanja, sobre las faldas de la Sierra del Cristal, provincia de Santiago. En aquel poblado, su pronta disposición a movilizarse a pie o a lomo de mula hacia los caseríos más apartados de la serranía le ganó en poco tiempo la simpatía de los lugareños. Los impresionaba ver guapear en las lomas a aquel médico de ciudad, con una prótesis en su pierna manca.

Durante el primer mes en el vasto territorio, le tocó atender a una veintena de hipertensos, partear algunas mujeres campesinas y ver niños con diarreas y vómitos. Nada del otro mundo, hasta aquel accidentado 14 de octubre en que lidiara a solas un parto en pelviana, y ahora, dos horas después, se veía enfrentado a la mutilación de un pene trombosado.

Sin dejar de gemir, Jacinto volvió a desmayarse. A la luz del farol chino que fue

necesario encender, el viejo exhibía una palidez verdosa. Sus acompañantes se veían muy preocupados. Para entretenerlos, el Bebo les dio una gallina y un poco de arroz.

—Preparen algo de comer ahí. —Y les mostró una cazuela.

A poco, mientras la comadrona escogía el arroz sobre una mesa del portal, los montunos mataron la gallina, hicieron fuego en el patio trasero y se pusieron a pelar ajos y yuca.

El médico, encerrado en su cuarto, se estuvo unos diez minutos consultando láminas de la región genital en un manual de anatomía; y cuando hubo trazado su estrategia quirúrgica, despertó al viejo para proponerle la amputación. Era lo mejor para que el dolor no siguiera aquejándolo con más y más saña. De lo contrario, avanzaría la gangrena, y hasta con peligro para su vida. El médico le daría una fuerte anestesia local para evitarle todo sufrimiento. Todo saldría bien y en pocos minutos.

Con tal de librarse del padecimiento, ya lacerante, Jacinto aceptó con una mínima anuencia de párpados. De inmediato ladeó la cabeza, sus labios desgranaron una callada oración y volvió a desmayarse. Pero el Bebo necesitaba que los tres cargadores lo oyeran, de viva voz, dar su conformidad a la amputación. Llegado el caso le servirían de testigos. Hubo que sacudirlo un poco para que volviera en sí.

—Sí, dótor, como usted diga, métale cuchillo y más na —balbuceó Jacinto—. Total, pa lo que me sirve ya...

—Necesito un ayudante —se apresuró a decir el Bebo, para no reírse.

El joven gigante angarillero se hizo el desentendido y simuló leer muy interesado el diploma firmado por el decano de la Facultad de Ciencias Médicas de La Habana, a favor del doctor Mario Lujan y Torralba, que colgaba sobre las tablas encaladas del consultorio.

Ante el reclamo de un ayudante, el viejo del mocho miró en busca de socorro al otro angarillero.

—Yo lo ayudo, dótor —dijo el pequeño zagüero con expresión decidida.

El médico lo evaluó unos instantes. Valoraba la idoneidad de su pequeñez para secundarlo sobre la alta camilla que él mismo carpinteara con una exagerada altura. Por fin, fue hasta su armarito, sacó dos pares de guantes de goma y le dijo al hombre:

—Ven por aquí.

En la pila de la cocina, ambos se lavaron bien las manos.

El Bebo se puso sus guantes de goma, le calzó los otros al muchacho y le ordenó mantener las manos en alto.

—Así, sin tocar nada, hasta que yo te diga.

Como primera medida, para evitar el shock, el Bebo le canalizó al paciente una vena del antebrazo y le pasó un litro de suero. A continuación, le aplicó la anestesia en la base del pene, sobre el punto donde iniciaría el desmonte de toda la piel, hasta el prepucio.

Mientras el ayudante rasuraba a Jacinto desde el ombligo hacia abajo, el médico extrajo pinzas, agujas, bisturís, algodón, vendas, gasas que guardaba en pomos de vidrio de boca ancha, de distintos tamaños. Una vez dispuesto y organizado el instrumental quirúrgico y demás materiales sobre un paño esterilizado, el Bebo esperó otros diez minutos a que obrara la anestesia.

Antes de dar el primer corte, presionó con fuerza en la zona rasurada y comprobó que Jacinto no sentía nada. Para liberar la arteria dorsal, dio un primer corte y prosiguió hasta la punta abierta del prepucio, encima del glande. Luego cortó el resto del prepucio que el ayudante, labios chupados, nariz fruncida, botó en un recipiente de metal, al pie de la camilla.

Como previera, la trombosis se encontraba ya muy avanzada, sobre todo en las vénulas de los cuerpos cavernosos. En no más de diez minutos, el Bebo seccionó, pinzó y ligó la arteria y vena dorsales. Después, tras cortar los cuerpos cavernosos, ligó la arteria y vena profunda a ambos lados. Por fin seccionó la uretra peniana. Para terminar, realizó el bloqueo troncular del pene, pasó una sonda a la vejiga, y una vez vaciada, dio el corte final y consumó la amputación.

La cosa resultó mucho más sencilla de lo que pensara. Había salvado a Jacinto de un intenso sufrimiento y hasta quizá de la muerte. Respiró hondo. Era su debut como cirujano; la primera operación compleja que realizaba solo.

Esa noche, excitado, eufórico, no pegó los ojos.

Por la madrugada, mientras atendía al convaleciente, vinieron a buscarlo para otro parto en la sierra. Tuvo que recurrir a la ayuda de Matilde, que a veces le servía también de enfermera, para que se ocupara del paciente.

Jacinto permaneció diez días en casa de la comadrona, hasta que volvieron por él los mismos tres cargadores. Los esperó fumando, sentado en el portal. No obstante haber recuperado los colores, gran parte de su energía, y sobre todo, el buen humor dicharachero, regresó en parihuelas a Cuchufli Arriba. Él pretendía caminar una buena parte, pero el médico se lo prohibió.

Como a los tres meses, Jacinto bajó a la consulta de La Zanja. Su herida se veía muy bien cicatrizada. Agradecido, traía de regalo para el médico un galón de aguardiente casero, y un puerquito, lechón todavía, amarrado de una soga. Campesino filósofo y de natural burlón, Jacinto se declaró satisfecho y más allá del bien y del mal. A los 73 años, un miembro que siempre sirviera con tanta esplendidez a las guajiras de Cuchufli y alrededores se merecía la jubilación.

Muy reconocido con el doctor Lujan por haberle evitado mayores males, y quizá para halagarlo, le refirió un caso, acontecido dos años antes, en que otro médico del llano no tuviera el valor o la habilidad para cortar; y el hombre se murió con su tiesura que ya no se le bajaría nunca, ni durante el velorio.

Pero la historia del priapismo no acabaría allí. Aún le reservaba nuevos capítulos.

Al término de su Servicio Social, cuando ya casi empezaba a preparar maletas para el ansiado regreso a La Habana, a su familia y a los brazos de sus novias, el Bebo debió atender otros dos casos. Uno el 12 y otro el 30 de abril de 1990.

El primero fue un muchachón de 20 años, también vecino de la zona de Cuchufli.
—Qué casualidad —comentó el Bebo, sorprendido.

Raro que una enfermedad tan infrecuente hubiese producido dos casos en menos de dos años, y ambos procedentes de un caserío de sólo 120 habitantes.

Esta vez, la situación no fue tan dramática. Más bien cómica, por el susto y la cortedad del muchacho. Al no advertir síntomas de trombosis, el Bebo lo recostó en la camilla y le limpió el pene con un líquido antiséptico. Acto seguido, le introdujo por un costado una jeringa de aguja muy gruesa. Mientras el muchacho resollaba, el médico vio con alivio brotar el espeso líquido rojo.

Menos mal, carajo; y repitió la operación por el otro lado del miembro.

Enseguida, al disminuir la presión en las venas, la sangre comenzó a fluir con más y más facilidad, hasta la total reducción del pene.

Tras descansar un día completo, el paciente regresó a pie hacia las serranías de Cuchufli.

Pero de ahí a poco el Bebo vio que le bajaban su tercer caso en parihuelas, y desde lejos reconoció a los mismos cargadores de Jacinto.

—¿Vienen de Cuchufli? —verificó, alarmado ya.

—Sí, dotor.

—¿Otro más? ¿Qué ustedes comen por allá arriba, compay?

El paciente se llamaba Manolo. Cuarentón, mulato muy claro pero de pelo liso y facciones aindiadas, Manolo llegó mudo del susto. También se lo veía muy avergonzado. Permaneció con la vista clavada en el piso como abrumado por alguna culpa. No se atrevía a mirar al médico. Cuando el Bebo comenzó a palparlo, el mulato empalideció y cerró los ojos.

El médico asumió que se trataba de una erección drenable.

—No hay problema —lo tranquilizó—. Esto lo resolvemos rápido.

Al oír aquello, el hombre se apeó de la camilla.

—¿Me la va a cortar, dotor? —preguntó al borde del llanto, mientras se tapaba la enorme erección con el sombrero.

Convencido de su destino fatal, empezó a tartamudear y a decir que si se la cortaban como a Jacinto, él se iba a guindar del primer árbol.

El doctor Lujan lo tranquilizó. Su caso no reclamaba amputación; y como Manolo se gastaba unas dimensiones colosales, se dedicó a palmotearlo y a bromear, que si king size, que si equis ele, que si veinticuatro extra largo de cornisa volada, y que para cortar aquello haría falta una sierra sin fin; hasta que el pobre se echó a reír y se dispuso al drenaje.

Minutos después, Manolo alzaba la cabeza y cerraba los ojos. Vano intento por impedir que su memoria registrara aquel manoseo entre hombres y la untura de su pene macrocéfalo con un líquido parduzco. Pero ya drenado, sintió un inmediato alivio y cambió de ánimo.

Interesado en pesquisar los orígenes de tan extraño priapismo, que se insinuaba exclusivo de Cuchufli Arriba, un sondeo del paciente lo enteró de que en las alturas cercanas al Pico del Cristal, a lo largo de los años, se acumulaban varios casos.

—¿Como cuántos?

—A ver... —y al contar en silencio, el hombre se agarraba, con los dedos gruesos de una mano, los de la otra. Se los sacudía para asegurar la cuenta y entrecerraba los ojos en actitud de alta concentración.

Por fin, con mucha cautela, declaró:

—Que yo recuerde, fueron doce.

—¿Desde cuándo?

—El primero que recuerdo fue cuando yo era muchacho de unos diez años.

—¿Y en esos doce estás contando el caso de Jacinto y el de Abelito y el tuyo propio?

—No, dotor, conmigo serían trece.

Manolo decía haber cumplido los cuarenta y dos. Por tanto, treinta y dos años antes sería en 1958. Ergo, si el hombre no mentía ni erraba, en Cuchufli Arriba el priapismo se presentaba con un ritmo promedio de dos años y medio.

—¿Y cuánta gente vive allá arriba?

—Ah, eso sí que no me lo sé, dotor.

—¿Y tampoco sabe cuántas viviendas hay en el caserío?

—A ver, déjeme contar. —Y se puso otra vez a tironearse los dedos.

El Bebo oyó un toque en la puerta y se levantó a abrir.

El marido de una hipertensa que él atendiera unos días antes le traía de regalo un racimo de plátano burro.

El Bebo lo invitó a pasar pero el hombre adujo prisa y se marchó.

Cuando volvió a la sala, Manolo terminaba su cuenta digital.

—Son veintiséis casas, dotor.

—¡Tan pocas! —se asombró el Bebo; y calculó unos 150 habitantes que, sumados a los que vivían en fincas con acceso cercano al caserío, quizá resultaran unas 300 personas.

Mmmm.

Para una comunidad tan pequeña, doce casos de priapismo en sólo tres décadas le olían a exorbitancia.

De todos modos, faltaba ver si era cierto. Los guajiros solían exagerar...

En el par de manuales que el Bebo trajera consigo no existían referencias al

priapismo. Como especialidad urológica y rara, quizá fuese una patología poco abordada en medicina general. Pero de pronto, en ciertas zonas, microclimas, circunstancias... Vaya uno a saber.

Así las cosas, el Bebo dejó transcurrir los pocos días que aún le faltaban para concluir su Servicio Social, y se dispuso a visitar Cuchufli, a ver qué venteaba in situ sobre el extraño caso.

De regreso a sus lomas con el pene curado e intacto, Manolo se puso a hablar maravillas del doctor Lujan.

—Cojonúo el médico habanero...; y lo buena gente qu'es.

Hasta lo había hospedado en su propio consultorio una noche y un día, para que se recuperase.

—Y dispué, él ahí, ahí, todo el tiempo dándome ánimo.

Como a la semana, Manolo bajó a La Zanja con un galón de aguardiente de mameyete más un par de gallinas de regalo, y lo invitó a subir a Cuchufli. Allá arriba, Jacinto y él iban a matar un puerco y a dar una fiesta en su honor.

Como su Servicio Social se cumplía el 12 de septiembre del 91, el Bebo prometió partir hacia Cuchufli el 13, o quizás el 14. La invitación le caía al dedillo.

Al médico lo seducía la caminata loma arriba. El ascenso hasta el Pico del Cristal se lo anotaría entre sus mejores marcas de minusválido; pero no se decidió, porque pese a su natural fortaleza y piernas largas, la prótesis no le permitía avanzar sino con precavida lentitud; y si aquellos guajiros fornidos y andariegos que cargaran a Jacinto y al otro paciente bregaron once horas loma abajo, él, aunque sin más peso que el de su mochila, necesitaría quizá quince o veinte para el recorrido a la inversa. Además, cuando caminaba más de dos horas, la prótesis le imponía prolongados descansos. De otra parte, evitaba viajar a lomo de mulas. Sólo las montaba para grandes distancias, obligado por su penuria motriz. En los anfractuosos senderos de la sierra pasaba muchos sustos. Sobre todo en los descensos, cuando las bestias se apoyaban en salientes rocosas, o se dejaban deslizar por taludes abismales, él se veía desbarrancado a cada instante.

Según le explicara Manolo, para llegar a Cuchufli Arriba debía enrumbar a ojo hacia el Pico del Cristal.

—Usté escoja el rumbo y deje que la bestia eche p'arriba.

No existía un camino que se pudiera distinguir. Debería guiarse por el sol y por el firme de la sierra.

El Bebo hubiera deseado cabalgar acompañado de algún guajiro práctico en la región, pero eso le habría afectado su prestigio. El miedo a perderse no es de hombres. Eso queda para los pisaverdes del asfalto. Pero en la dirección que le señalara Manolo, el médico conocía a un tal Heliodoro, cincuentón veterano de las guerras de Angola y Etiopía. Ante su mujer, una guajira de veinte años que se

derramara aceite en llamas sobre un empeine, el Bebo se había lucido un par de meses antes. Al llegar al bohío, el Bebo reconoció una quemadura de primer grado, que comenzaba encima de los tobillos y se extendía por el empeine hasta el dedo gordo. Se imponía evitar la infección mediante una exhaustiva asepsia que exigía desollarla; y el Bebo no ignoraba que la curación de tan extensa zona, donde permanecían intactas numerosas terminales nerviosas, le produciría a la muchacha dolores muy intensos. Habría que amarrarla y oírle gritar, como ya él viera en salas de quemados, donde no vale ninguna anestesia.

En la emergencia, y por aquello de que no hay peor gestión que la que no se hace, el Bebo optó por aplicarle la poca hipnosis que aprendiera durante su rotación en la especialidad de Psiquiatría y que ya lo sacara de apuros con algunas parturientas; y la Fefita resultó tan excelente sujeto de hipnosis, que el desuello de su empeine *flambé* resultó un paseo. Aceptó la orden, susurrada al oído, de no sentir ningún dolor y se dejó despellejar con una sonrisa en los labios. Ni siquiera percibió cosquillas cuando el médico le echó alcohol sobre la carne viva.

Aquella cura con palabras, más propia de un brujo curandero que de un médico, le valió mucho prestigio ante Heliodoro y su vecindario presente.

El Bebo volvió a acordarse de Ponce de León. Cuánta razón llevaba el Profe al decir que si bien las guerras flagelaban a la humanidad, habían sido también una bendición para el desarrollo de las ciencias médicas; porque la improvisación ante situaciones extremas, desconocidas en tiempos de paz, solía aportar conocimientos y técnicas invalorable. En efecto, de haber atendido a Fefita en La Habana, él no habría tenido ocasión de practicar su hipnosis, pues la habría dormido uno de los especialistas asignados a las salas de quemados; o le habrían aplicado anestesia general.

Poco después, el marido bajó a La Zanja con una mula de reata, para llevarlo a comerse un lechón en su finca. Allí se enteró el Bebo de que Heliodoro no comía más que carne de puerco, tasajo que él mismo preparaba, arroz, frijoles y yuca con mojo. Era la dieta de casi todos los montunos de la zona. Como único vegetal verde, Heliodoro consumía aguacates, de los que disponía en abundancia. Pero eso sí, todos los días se empujaba solo dos botellas de aguardiente casero. Ya en ocasión del accidente de la mujer, el Bebo le vio el rostro muy enrojecido y lo convenció de que se dejara tomar la presión. El hombre tenía 180 con 120. El Bebo comprobaría poco después que la mayoría de los montunos pasados de los cincuenta vivían con una presión altísima. Cuando se puso a aconsejar a Heliodoro que redujera el alcohol, la sal y la grasa, el hombre se echó a reír.

—No, médico, qué va. —Y se empinó un trago de la botella—. El día que me toque joderme, pues me joderé y ya; pero mientras viva, quiero pasarlo sabroso. —Y para ser más explícito, se puso a sobarle el culo a su guajira, que a pesar del empeine

vendado, se le había sentado sobre una pierna.

Cuando la tercera visita del Bebo al bohío, se encontró con que Heliodoro andaba por Nicaro. Salido la víspera con un arria de mulas cargadas de café, no volvería en una semana. Pero en su lugar, la muchacha se mostró muy contenta de atenderlo. Desde luego, ella conocía Cuchufli, y para enrumbar al médico no hacía falta Heliodoro. Se bastaría ella sola.

Aquel médico, ojiverde, buen mozo, longilíneo, la había alborotado desde que lo viera; y después de peinarse y calzarse y cambiarse de vestido, le ofreció agua fresca del filtro, dulce de coco y la vista de sus rodillas sonrosadas. Hasta le insistió en que se quedara a almorzar con ella; y de paso, lo consultó sobre una dureza que le saliera en un seno.

—Aquí. —Le señaló tras levantarse la blusa.

Cuando el Bebo ya acariciaba con sus labios el bultico sonrosado, turgente, anunció que iba a curarla a punta de succiones. Fefita soltó ayes y gemidos; se desnudó y lo besó en todos los lugares besables. Fue feliz ocho veces, como lo evidenciaran sus pezones erectos y anegada vagina.

Casi noche ya, llegando por fin a Cuchufli, el Bebo llevaba todavía en su saliva un eco del café que la Fefita le escanciará boca a boca.

Verdá que aquellas guajiras eran del carajo. En el catre, tras confesarle su amor, dijo haberlo adorado desde el mismo instante en que le aliviara el dolor de la quemadura, mirándola como Mandrake *el Mago*. Nunca olvidó su dulzura, cuando empezó a susurrarle que ya no sentía dolor. Y vaya, lo que ella siempre había deseado en esta vida era un trigueño de ojos verdes, tiposo como él; y contrimás si curaba con la mirada y palabritas al oído.

Era de anjá, la guajira.

¿Sería sincera?

Quizá fuese una bandolera...

Con las montunas resultaba difícil adivinar.

Eran todas un misterio.

Pero el Bebo no estaba ahora para guajiras, sino para el misterio mucho más apasionante de los pitos de Cuchufli Arriba.

¿Qué cojones comerían esos guajiros?

La causa, cualquiera que fuese, él iba a encontrarla en el caserío o sus alrededores. Tal vez un alimento, una bebida, la picada de una araña, la cola de un alacrán afrodisíaco; o el polen de una flor cuchufleña ignorada por la taxonomía mundial, o alguna brujería vernácula. Algo debía de existir, causante de aquellas erecciones.

El doctor Mario Lujan y Torralba se había propuesto arrancarle su secreto a aquella comarca. Y espoleó la mula, a un kilómetro de las primeras casas.

2. El Mon: Ramón Barona y Alcázar, PhD, MA

El mayor de los jinetes era el Nitro. Le seguían el Bayo, el Mon y el Bebo. El nombre del grupo, tal como lo acuñara en su origen el maestro de tercer grado en la escuelita primaria de la calle Domínguez, fue «Los cuatro jinetes del Apocalipsis», pero ellos lo transformaron en «Los cuatro jinetes de Oklahoma», título de un western que leía el Bebo en esos días. (A propósito del grupo, alguien hizo la atinada observación de que la inicial de cada apodo coincidía con el color de sus pieles: el Bayo y el Bebo eran blancos, el Mon mulato y el Nitro negro).

Nacidos todos alrededor de 1960, entre las hazañas más renombradas del cuarteto destacaba el haberse introducido en el patio de la escuela, montados los cuatro en un mismo caballo que le desamarraran a un guajiro distraído que cortaba hierba para sus conejos en un descampado de El Platanito. Otra vez produjeron una conmoción en el espíritu patriótico del barrio, por izar sus calzoncillos y ponerlos a secar en el asta de la bandera. Fue idea del Bayo, una tarde en que regresaran empapados del Canal, después de un aguacero y subsiguiente retozo entre los charcos.

El Mon, que de niño fuera el más feo y débil de los jinetes, se aceptó como tal y resultó un triunfador. Fue muy precoz. Ya en primaria lo consideraban genio. Para no aburrirse en las clases con la repetición de lo que ya sabía, fijaba la vista en el profesor y resolvía de memoria problemas de ajedrez. Así evitaba conversar en clase y mantenía una apariencia de total absorción en lo que los maestros dijeran. Sólo intervenía cuando lo interrogaban, siempre con alta eficiencia. Sin embargo, su descomunal IQ no le generó inadaptaciones. Mataperreaba como cualquier otro fiñe^[8], se fajaba a los piñazos, era bateador jilero^[9] de buen tacto en el béisbol callejero y el mejor segunda base de su barrio. Los otros jinetes le admiraban, además, su audacia y éxito con las muchachas, pese a su narizota y acné juvenil que habrían acomplejado a otros niños.

A Rosa María Urgellés, hija de un mayimbe^[10], Viceministro de la Construcción, la sedujo tras una memorable estratagema. Jaba^[11] de grandes rizos castaños, Rosa María era hija de un mulato y una rusa pelirroja, todavía despampanante a sus 35 años y por la que el Mon se masturbaba impenitente; y a los doce años, ya la niña emulaba con su progenitura en sensualidad y mórbidas nalgas. Muy segura de su belleza, en el barrio se mostraba esquiva, algo arrogante. Apenas se dejaba ver cuando su padre, o los chóferes del ministerio la traían y llevaban a sus estudios, clases de piano, paseos, espectáculos para los que salía emperifollada con ropas extranjeras. El Mon se alborotó con ella un domingo en que los Cuatro Jinetes jugaban a quimbumbia^[12] en la esquina de su casa. Todos la vieron caminar hacia el Volga de su papá, embutida en mínimos shorts y un provocativo bajaychupa^[13]. Al calor de la tarde, hervían la acera y el pavimento, que ella atravesara descalza, con

provocadora lentitud; y cuando iba a abrir la puerta del carro, al ver caérsele algo junto a una rueda trasera, se agachó a recogerlo, pero sin flexionar las piernas. Aquella postura le permitió ofrecer una imponente y demorada exhibición de nalgas.

El Mon captó que la caída del objeto era una maniobra adrede. Lo intuyó al verla virarse enfurruñada, con burda coquetería de brazos en jarras y pataditas en el pavimento; y se lo confirmaron sus mimos a un chihuahua aparecido en el portal en brazos de la mamá.

¿Mimos repentinos sin transición para desenfurruñarse? No, nada era creíble.

Obvio que lo del objeto caído era un fraude, un puro show para exhibir sus glúteos. De lo contrario, no habría montado en el Volga sin intentar recuperarlo; porque ni siquiera señaló a sus padres el lugar donde se le cayera lo que fuese.

La escena que los Cuatro Jinetes contemplaran extáticos, boquiabiertos, terminó cuando el carro pasaba entre ellos. Rosa María ni se dignó mirarlos. No obstante, el Bayo dijo haber sido observado con gran interés.

«Puro alarde», pensó el Mon.

A los doce años, él ya sabía que los chamas^[14] lindos como el Bebo y el Bayo atraían a las mujeres con su apostura y luego esperaban a que ellas tomaran la iniciativa; pero no tenían agallas para caerle encima a una archihembra como Rosa María. Y desde ese momento, tampoco tuvo dudas de que la muchacha montaba escenas de seducción. Quizás aquella vez iba dedicada al Bebo, el más atractivo de los cuatro. Tal vez los oyó gritar primero durante el juego de la quimbumbia y se estuvo espíandolos detrás de las celosías. ¿Por qué, si no, habría salido descalza? Con tanto tenis, con tanta chancleta extranjera, de esas con hebillas doradas que su papá le traía de afuera... Para calentarlos, claro.

El Mon no habría podido formular su convicción en términos coherentes, pero sabía descifrar metalenguajes. La gratuita y extemporánea desnudez de aquellos pies, más la agachada de piernas tiasas y culo parado, eran claros indicios de putería, de niña calientamachos que se sabe apetitosa. Tampoco ignoraba el Mon, desde la primaria, que las nenas ricas terminaban enamoradas de tipos feos como él, a quienes ninguna jeba^[15] se le daba de gratis. Feos pero decididos y acostumbrados a pugilatear sus conquistas. Eso les gustaba a todas las Rosa María.

Dos días después, cuando vio llegar el coche del ministerio, se puso a espiar la salida de la muchacha; y cuando por fin la vio montar con su uniforme de la secundaria, se acercó deprisa y le dejó caer por la ventanilla un billetico que decía:

Adorable Princesa de los Pies Descalzos:

Esta noche voy a brincar a tu azotea. Sube a las 8 en punto. Tengo algo interesante que decirte.

El Mon concibió su plan la misma tarde de los pies descalzos. Necesitaba unos seis metros de sogas y el acceso al patio de los Urgellés. Lo mejor sería intentarlo desde los fondos de la casa del Bayo, donde quizá conservaran una sogas larguísima con la que unos años antes los jinetes improvisaban columpios; y eso forzaría en aquella aventura la complicidad del Bayo, por cierto su compañero más habitual, desde que a los nueve años comenzaron ambos a tomar clases de ajedrez en un club del Parque Manila. Después, en el amplio ático de la casona del Bayo, dedicarían muchas horas a estudiar aperturas o a resolver problemas. Al principio, el Bayo solía ser competitivo, algo empecinado y muy colérico, pero un día comenzaron a jugar a ciegas, y resultó que el Mon, de espaldas al tablero, ganaba un ochenta por ciento de las partidas. Desde entonces, el Bayo se puso al servicio de su talento, y sin complejos ni envidia, durante un par de años le sirvió de sparring. Seguro de que el amigo llegaría a ser otro Capablanca, él se enorgullecía de contribuir con sus granitos de arena.

El Bayo era también una polilla voraz, que ya a los doce años había leído todo Verne, Salgari, Dumas, Dickens, y de cuya biblioteca paterna se beneficiara también el Mon, otro motivo para estrechar la amistad de ambos dentro del grupo de los jinetes. No obstante, cuando la conquista de Rosa María, el Mon no le habría dado participación a nadie, ni habría divulgado sus peripecias de azotea, hasta no conocer sus resultados; pero el Bayo le resultaba una pieza indispensable; y no sólo por la sogas, sino porque los fondos de su casa lindaban con el patio trasero de los Urgellés.

Con renovada admiración ante el plan del ninja Fu Manchú, el Bayo lo introdujo sin ser visto hasta una mata de mangos cuya copa, por encima de una tapia erizada de vidrios, prolongaba algunas ramas hacia el patio trasero de los Urgellés. Desde el ramaje se veía la pila de lavar ropa, un cobertizo, un gimnasio, un asador de gran parrilla, y al lado, una nave con dos ventiladores de techo, ocupada por un bar de bambú, un refrigerador comercial de vanas puertas y una mesa conventual donde podían sentarse a comer veinte personas.

Encaramado en el techo del cobertizo, el Mon descubrió para su grata sorpresa, del otro lado del bar, una mesa de ajedrez con su tablero incrustado a modo de taracea, y una tercera mesa de mármol, sin duda para dominó, a juzgar por las cajas y soportes de las fichas que se veían encima.

Antes de disponerse a trepar, el Mon se colgó del cuello una cajita con la orquídea que le robara a su mamá, de modo que le cayera hacia la espalda. Enseguida, tras volar la sogas al estilo vaquero, falló en dos intentos por enlazar una convexidad del murito almenado que circundaba la azotea. Acertó al tercero, y sin dificultad trepó

por los nudos de la soga. Eran las siete y media.

Encaramado en lo alto, se aseguró de que nadie lo viera desde las azoteas vecinas y verificó que el Bayo lo seguía observando. Según lo acordado, no se movería de allí hasta su regreso, para poder silbarle una alarma en caso de peligro.

Cuando llegó junto a la puertecita donde desembocaba la escalera del ático, por cierto protegida tras una reja con cerradura moderna, movió el picaporte y comprobó que le habían pasado llave.

No le quedaba sino esperar.

Desempacó la flor, la puso encima de la caja y se sentó sobre las tejas del piso, todavía calientes. Mejor no estar de pie para no ser visto desde otras casas.

Calculó que serían las ocho menos veinte. Hasta allí le llegaban fragmentos de una voz femenina, pero sin distinguir las palabras. ¿La rusa? Le llegaba también una melodía de bolero.

Los veinte minutos que mediaban hasta las ocho le resultaron eternos. Por fin, cuando ya empezaba a inquietarse, le llegó la música estridente y a gran volumen, que anunciaba el inicio del Noticiero Nacional de Televisión.

Pasaron otros cinco minutos y de pronto oyó pasos cercanos, que venían del ático. Se alzó de prisa y se alejó unos cinco metros, para quedar visible, al frente y a la izquierda de la puerta, pero a prudencial distancia, listo para huir, si la cosa se presentaba mal.

Allí se agachó, de espaldas a un ángulo del murito almenado. Quienquiera que viniese, lo vería en actitud pacífica, con su flor en una mano.

El corazón le latió de prisa cuando vio abrirse, hacia dentro, la puerta de madera. Estaba un poco trabada y la movieron a tirones. Por fin, una mano femenina se apoyó en la reja.

Era Rosa María, que al verlo allí, con su flor un poco alzada y una sonrisa, se llevó una mano a la boca y desapareció, sin cerrar la puerta.

Tal como él supusiera, la muchacha no dejó de presentarse a las ocho. Imposible que no sintiese ganas de curiosear y echarle por lo menos un vistazo al Ninja de las Manos Suaves.

En el caso muy improbable de que ella lo hubiese denunciado a sus padres, él se habría descolgado a toda velocidad por la soga, y antes de que alguien pudiese subir, abrir la reja y capturarlo, estaría fuera de todo alcance.

Pero ahora, al no oír sus pasos en la escalera, ni gritos ni otra señal de alarma, él se mantuvo en la misma posición.

Al confeccionar su plan de tomar por asalto el corazón de Rosa María, el Mon, genio matemático, ajedrecístico y lógico, hubo de valorar diversas alternativas. Si una vez recibido el billete, ella no acudía a la cita y lo denunciaba a su familia, no lo iban a matar. Ni siquiera a golpear. Y en el trance remoto de que lo capturasen, si le

preguntaban en qué andaba por allá arriba, él les regalaría una reverencia chinesca y balbucearía que Ninja Fu Manchú taba namolao de Losa Malía y quelía hacele el legalito de una flol; y les mostraría la orquídea.

De inmediato lo reconocerían como un muchacho del barrio. De seguro lo darían por loco arrebatado, pero intuía que si la muchacha no era una idiota (que no parecía), a la larga, una primera movida tan audaz, terminaría por gustarle. Después se vería. Podía pasar de todo, hasta ganarle el corazón. Y una hora en brazos de Rosa María Urgellés, bien valía muchas más de calabozo, regaños de sus padres o burlas en el barrio.

No pasaron ni dos minutos y la mano de Rosa María reapareció, aferrada de un barrote. Luego fueron las dos manos, con sus uñas largas pintadas de rosa. Por fin se asomó ella, que se puso a mirarlo curiosa y sonriente.

El se levantó, y orquídea en mano, avanzó con una sonrisa hacia la reja, siempre cerrada.

Ella, algo retirada sobre un escalón inferior, estiró con cautela una mano y cogió la orquídea.

—Gracias, eres muy fino. —Le sonrió.

En eso gritaron su nombre.

Al Mon le pareció la voz de la rusa.

—Vete, vete —le susurró ella, e hizo ademán de alejarse pero se acercó a la reja y le apoyó una mano sobre el pecho—. Y llámame enseguida por teléfono.

—¿Qué número?

—Setenta, cinco cuatro siete cinco —susurró—. Llámame enseguida, anda.

Y sin dejar de sonreír, volvió a tironear de la puertecita para cerrarla.

Un triunfo total, más de lo que él esperaba. Lo demostraba el pedido de que la llamara.

Inspiró feliz. Dentro de muy poco, los labios de Rosa María serían suyos.

Comenzó a alejarse en dirección al ángulo donde dejara amarrada la soga, pero se detuvo al oír que ella le chistaba, pss, pss.

Al volverse, vio otra vez una de sus manos y parte del brazo, en urgentes señales de que regresara.

—Ya voy, mami, enseguida —gritaba ella hacia abajo cuando él volvió junto a la reja.

»¿Por dónde vas a bajar? —le preguntó, en un susurro y con cierta ansiedad en la mirada.

—Por allí. —Y le señaló el ángulo donde dejara la soga.

Rosa María, sin dejar de mirarlo, se mordió los labios pensativa mientras él le acariciaba una mano.

—Mejor sales por la puerta, chico.

—¿Cómo por la puerta?

—Sí, por esta puerta. —Sonrió ella, ya decidida—. Voy a hablar con mamá... Cuando sepa que trepase hasta aquí para traerme una flor..., se va a poner contenta.

—¿Tú estás segura?

—Sí, ella es muy romántica.

Ya era su cómplice; pronto sería su amante.

Victorioso y eufórico, le pidió un beso.

Ella se lo dio, pero sólo de piquito, entre los barrotes; y como su madre volviera a llamarla, bajó deprisa, con la flor apretada junto al pecho.

—Espera aquí, voy a hablar con mamá.

El Mon retrocedió deprisa y alcanzó a divisar al Bayo. Allí permanecía, encaramado en la mata, como convinieran.

Con los pulgares del éxito en alto, el Mon le hizo señas de que se fuera.

El Bayo no entendió y siguió esperando.

Dos minutos después, toda sonrisas, Rosa María le presentaba a su madre. La rusa lo miraba con intriga y cautela, pero también sonreía. Por fin, sin más vacilación, sacó un llavero y abrió la puerta de rejas.

Esa misma noche se hicieron novios. El tenía catorce años y ella quince. Dos días después, cubierto de gloria, el más feo de los Cuatro Jinetes entraba con sus mejores ropas a casa de los Urgellés, para su presentación oficial al suegro. Desde entonces, la romántica Viera les alcahuetearía por las tardes, en ausencia de su marido, encuentros a puerta cerrada en la propia alcoba de Rosa María, lo cual no era posible en la vivienda abarrotada del Mon.

A poco de conocerse, la extrema lucidez del Mon le granjearía el aprecio del ingeniero Urgellés; aprecio convertido en admiración, al descubrir que lo superaba al ajedrez.

El muchacho supo desde la primera partida que su suegro no era rival para él, pero sabedor también de lo quisquillosos y tontos que pueden ser los adultos, se entretenía en ganarle dos partidas, hacer otra tablas y perder la siguiente. Urgellés nunca se barruntó su inferioridad y se esforzaba por ganarle; pero un día, por descuido, el Mon perdió dos partidas consecutivas con Pedro Pablo, el chofer de Urgellés, otro jugador del montón al igual que su jefe. Era un rubio pecoso, de unos treinta años, muy bromista y confianzudo que podía ponerse muy pesado, como ocurriera en aquella ocasión; y para darle un ejemplar escarmiento, el Mon le propuso un singular desafío:

—Te apuesto diez cañas a que yo te gano una partida a ciegas.

Urgellés, que se estaba tomando unos rones en el bar con otros amigos, fue invitado a arbitrar el desafío. Como suegro del Mon y amigo de su chofer, resultaba inobjetable para ambos.

Dentro de una atmósfera muy festiva, le vendaron los ojos al Mon, lo sentaron de espaldas al tablero, y al cabo de 32 jugadas, Pedro Pablo recibió un mate fulminante. Para que no quedara ninguna duda, el Mon le ganó esa misma tarde otras dos partidas a ciegas a Pedro Pablo y una a Urgellés.

Sólo entonces se dio cuenta el ingeniero y viceministro Fernando Urgellés que aquel lince de 14 años le jugaba flojo y hasta se dejaba ganar, para tener un suegro contento.

—¡Que cabrón! —le comentó a la rusa—. Pero es un genio.

Urgellés no era mezquino ni le guardó rencor. Convertido en otro *fan* del Mon, sus contactos a altos niveles servirían para conseguirle una beca en la Unión Soviética, en un colegio de adolescentes superdotados donde ingresaría en septiembre del 76.

Cuando el Mon, primer expediente de sus tres años en Moscú, regresara a La Habana, Rosa María andaba ennoviada con otro. El Mon ya se lo imaginaba. Durante el 78, segundo año de su estancia en Moscú, ella no volvió a escribirle. Para él fue un alivio, porque ese mismo año se enamoró de Noriko, una japonesa que entonces tomaba cursos de danza en la escuela del Teatro Bolshoi.

A Noriko la conoció una tarde de verano en que él visitara a un cubano cuyo apartamento de planta baja colindaba con el de Noriko. Al llegar el Mon, el amigo no pudo abrirle porque la mujer, que andaba de compras en el barrio, se había llevado por error su llave de la puerta.

Al reconocer por la mirilla al Mon, el amigo le gritó que saliera del edificio para brincar por encima de un balconcito, cuya base apenas se elevaba a dos palmos del parterre.

El Mon cogió impulso y con una mano apoyada en la baranda, dio un brinco e ingresó sin dificultad al apartamento. Y Noriko, que en ese momento regaba en cuclillas sus plantas en el balconcito contiguo, al verlo desde más abajo, descubrió algo arrobador en su expresión.

Como le confesaría después, sintió de pronto el apremiante deseo de volver a verlo desde abajo; y puesto que se llevaba muy bien con la rusa, esposa del vecino cubano, en cuanto la vio regresar con sus paquetes, se le apareció so pretexto de darle a paladear unas golosinas japonesas. Ya adentro, aceptó sentarse en la sala a compartir un salchichón y unas copas de vodka, y se puso a sacarle fiestas al Mon. Una hora después, sin remilgos, lo invitó a su apartamento para mostrarle unos bonzai; y apenas cerró la puerta lo condujo al comedor, de cuya mesa quitó un florero.

—Tú brincar —le dijo, en deplorable ruso.

El Mon la miró sin comprender.

—Tú brinca mesa, yo mirar.

¿Sería un chiste? ¿Estaría chiflada la narra^[16]?

—Por favor, por favor, brinca como balcón —le imploró con las manos juntas y se sentó en el piso en la postura del loto.

»Yo mira de abajo.

El Mon se echó a reír desconcertado, pero ante su insistencia, se encogió de hombros, tomó impulso y brincó la mesa con una mano apoyada encima.

Al ver a Noriko quitarse sus plataformas japonesas de metededo, botarlas lejos, morderse los labios y entrecerrar los ojos en un gesto de lujuria para pedirle nuevos brincos, ya no tuvo dudas de que estaba ante una chiflada.

Mire que excitarse viendo brincar a un tipo...

Qué gente más rara, coño.

Pero qué deliciosa chifladura.

—Más, más —le pedía ella, mientras se soltaba el pelo temblando de placer a cada nuevo brinco.

Al quinto se desabotonó la blusa; al sexto la botó al piso con un molinete de strip tease; y así fue deshaciéndose de sus medias japonesas, de su falda de pareo y el blúmer^[17] hasta quedar casi desnuda; y cuando él iba ya por el salto número quince, Noriko se quitó el ajustador y le puso dos pezones oscuros al alcance de sus labios.

—Éstos mis bonzai. —Rió excitada—. Yo cumplir promesa.

El Mon no volvió a casa del cubano hasta las diez de la mañana siguiente, que era domingo. Tras disculparse, los invitó a almorzar comida japonesa, a nombre de su ardiente vecina.

Con el tiempo, el Mon descubriría que las absurdas ocurrencias de Noriko aumentaban su atractivo. Alta, bien proporcionada, moldeada por la danza desde muy pequeña, de piel muy morena para su raza, Noriko fue la primera mujer bella que se le entregara sin requiebros ni elaboradas maniobras de conquista. Para el Mon, el mismo flaco feo y narizón de siempre, fue una revelación. Se enamoró hasta los tuétanos. No conocía una mujer tan virtuosa, creativa, ni mejor dispuesta para la cama en todo momento.

Unos días después, se mudó a su apartamento donde convivieron los seis meses que ella dedicaría todavía al curso en el Bolshoi.

Cuando el Mon tenía nueve años, un tío materno, mayor de la Policía Nacional Revolucionaria, lo inscribió en una escuelita de kárate-do que funcionaba en el Vedado. Ya en esa época, al muchacho le fascinaba el cine japonés. Siendo muy pequeño todavía, a mediados de los años 60, cuando comenzaron a divulgarse en Cuba las películas de samurais, en especial las de Ichi, el esgrimista ciego, él las recibía como farsas o historietas cómicas. Para la sensibilidad de un niño cubano de entonces, aquellas ampulosas posturas marciales, con sus perfiles estatuarios de sable en alto y reojos pérfidos, la única lectura posible era la del humor farsesco. Las voces

roncas, la exagerada mímica de ojos muy abiertos y otros clichés faciales con que los actores japoneses expresan miedo u odio, o las agazapadas carreritas de ida y vuelta con que los malos se acercaban en pandilla para atacar por detrás al héroe saltarín y sablista, le recordaban la gestualidad caricaturesca de Tom y Jerry y otros animados, donde perros contra gatos, o gatos contra ratones, se deslizaban en puntas de pie con aviesas intenciones, siempre frustradas. Ya más grandecito, se dejó seducir por la épica de los samurais, con su culto del honor, sus ceremonias y cortesanas, para entrarse a sablazos en medio de brincos y furibundos gritos. Pero su definitivo deslumbramiento por el Japón le vino con aquella mujer, que le enseñara nuevas formas de disfrutar un baño, la cama, la mesa, el diálogo íntimo, un paisaje. Al principio, se imaginó estar recibiendo un curso sobre el arte de las geishas, hedonismo oriental, al que se entregó con la fascinación y mansedumbre de un rústico en manos de una princesa.

Para mejor entender aquel mundo deslumbrante que Noriko le desvelaba, se lanzó de lleno al estudio de la lengua; y a sólo noventa días de convivencia, la deslumbrada fue ella, al descubrir la disciplina y talento de aquel muchacho que en tan breve lapso ya podía dirimir con ella, en un japonés muy decoroso, la mayoría de los asuntos domésticos. Tomó también como heroica muestra de interés por ella, el haber memorizado tres mil términos y ochocientos ideogramas, con los que ya accedía a comprender, en parte, los títulos de revistas y periódicos de su país.

Al separarse en enero del 79, ella tenía 20 años y el Mon 18; pero ya él se daba cuenta de que el supuesto hedonismo oriental no era tal. A poco de familiarizarse con algunas tradiciones japonesas, descubrió en ellas más ascetismo que sensualidad; y comprendió que casi toda la fascinación irradiada por Noriko procedía de su propia, irrepetible singularidad.

Al Mon le faltaban todavía unos meses para graduarse en el preuniversitario. En el aeropuerto de Sheremíetevo se despidieron con un juramento de pronto reencuentro y amor eterno; pero pese a su juventud, ambos eran demasiado inteligentes para ignorar los estragos que el tiempo, la distancia, los compromisos patrióticos y familiares infligen al amor. Ninguno creyó que volvieran a verse. El llegó a la parada del autobús con los ojos húmedos y una insoportable dureza en la nuez. Ella, cuando su avión sobrevolaba Moscú, canturreó sottovoce, entrecortada por el llanto, aquellos versos de *Les feuilles mortes*: «*Et la mer efface sur le sable, lespas des amants désunis*».

El Mon ingresó en La Habana a la Facultad de Bioquímica, donde se paseara, *summa cum laude*, la carrera de Farmacología; y ya a los 25 años, recién graduado, se distinguiría por su inspirada participación en el team científico del Proyecto Maridermis para la investigación de una sustancia extraída de la marihuana, aplicable a enfermedades de la piel. Su talento y magnífico expediente universitario le valieron

el reclutamiento para el selecto grupo de científicos jóvenes del INIB (Instituto Nacional de Investigaciones Biomédicas). Dos años después, el INIB firmaría un convenio de colaboración con una institución científica japonesa, interesada en desarrollar justamente el Proyecto Maridermis, originario de la Facultad de Bioquímica, pero que a la sazón se hallaba a cargo del INIB; y el Mon, que ya trabajaba en el proyecto desde sus inicios y cuya pasión filonipona in crescendo lo indujera a proseguir en La Habana sus estudios de la difícilísima lengua, fue el más joven de los científicos cubanos que en septiembre de 1987 llegara a Tokyo para colaborar en el proyecto.

Por supuesto, lo primero que hizo fue buscar a Noriko. Frustrada como bailarina por una afección de sus ligamentos, Noriko trabajaba a la sazón como coreógrafa de una escuela vocacional en Osaka. Allá fue el Mon y la encontró entre un grupo de alumnos en la cafetería. Con el pelo muy largo que usaba ahora y un par de espejuelos oscuros, Noriko no lo reconoció; y él, tras despejar una mesa desocupada a pocos pasos de ella, se puso a saltarla de ida y vuelta con una mano apoyada encima. Aquella brincadera desató la ira del administrador que de inmediato avanzó en son de guerra, pero se detuvo desconcertado al ver que la respetable Noriko San, en franca violación de las severas formalidades japonesas, se abalanzaba en brazos del extranjero orate.

Por estar junto al Mon, Noriko abandonó Osaka y se buscó un puesto docente en Tokyo; y al cabo del primer año de convivencia adulta, ambos supieron que ya no se separarían. Cuando el Mon terminara sus compromisos y regresara a Cuba, ella se iría con él.

Se casaron en Hiroshima en junio del 89, donde vivían los padres de Noriko; y dos meses después partieron juntos rumbo a La Habana. Él se reincorporó al Instituto Nacional de Investigaciones Biomédicas donde dirigiría el GIFAC (Grupo de Investigaciones Fármaco-Cinéticas) y ella ingresó como asesora voluntaria al elenco del Conjunto de Danza Moderna.

El Bebo era cincuenta horas menor que el Mon. Uno nació el 12 de agosto de 1960 a las 18 horas, y el otro el 10 de agosto a las 16; pero desde la adolescencia celebraban juntos el cumpleaños de ambos durante el 11 de agosto. La primera fiesta conjunta fue en el 68, al cumplir los 10 años, que compartieron con los demás jinetes y casi todos los niños de la cuadra.

La fiesta se armaba siempre en lo de doña Fefa, una buena amiga de la madre del Bebo, que después del doctor Bayona, tenía la mejor vivienda de aquella manzana y varias a la redonda: una amplísima casona que su difunto marido, militante del PC y combatiente de la clandestinidad, recibiera en propiedad al triunfo de la Revolución.

Al inicio, fue la típica fiesta infantil, en que los padres de ambos compraban refrescos, un cake de cumpleaños, e invitaban a los amigos y muchachitas del barrio a

bailar y besarse en los rincones. Pero a partir del regreso del Mon, ya casado, la fiesta consistía en una mesa sueca^[18] preparada por doña Esperanza, una vecina camagüeyana, hija de María Patrocinio, negra que fuera cocinera de los Falla Batista. Seguían la música, el baile, los tambores y el canto del Nitro, que además de su onda religiosa, se destacaba como guarachero y bolerista; y para tales ocasiones lo acompañaba un vecino en el piano de Isabelita, la hermana soltera del Mon. Para esa época, de los Cuatro Jinetes sólo quedaban tres, porque el Bayo, iniciado desde los 15 años en la delincuencia, ya no era amigo de nadie ni pertenecía al barrio.

Como nota simpática y curiosa, desde el 89, en que el Nitro cayera preso, su mejor sucedáneo en las fiestas de cumpleaños fue Noriko, que montaba un celebradísimo espectáculo de mímica, aplaudido por niños y adultos. Pero además, Noriko se acompañaba en guitarra el repertorio de los Beatles y resultó una virtuosa en la salsa, capaz de enredarse de tú por tú con los endiablados bailadores del Cerro, sin jamás perderse en las contorsiones y volteretas que le imponían, ni equivocar el paso en las ruedas de casino. Al menearse regalaba sonrisas, nalgas elásticas, gracejos de cintura quebrada y estremecidos hombros, y podía ajustarse a los ritmos cubanos como ya se quisieran muchas criollas de ciudadela^[19]. Ella sola era una fiesta y participaba en todo con un entusiasmo contagioso. Ayudaba en la cocina y a servir la mesa, y sobre todo a comer, con una complacencia que llenaba de orgullo a la cocinera.

Noriko se enamoró de la ruina donde vivían, ya solas, la madre y hermana del Mon. Construida hacia 1880, había sido la vivienda de un sacarócrata. Ocupaba una esquina por donde tenía su entrada, en medio de un portal en ángulo recto, con veinte metros hacia cada calle. El barandaje marmóreo de balaustres verdosos incluía cuatro columnas corintias de grano rosado, traído de Pinar del Río.

Como japonesa, acostumbrada a las viviendas frágiles de techos muy bajos, a Noriko la enamoraban las paredes gruesas de la sala, que se elevaban casi seis metros hasta un cielo raso donde aún se adivinaban antiguas escayolas y yesos policromos; y el piso en grandes losas de colores con diseños de alfombras; y los arabescos en la forja enrejada del portal; y las persíanerías con hojas de cuatro pliegues; y sobre todo, los vitrales en arco que coronaban puertas y ventanas, todavía intactas a pesar del frecuente béisbol callejero.

Noriko adoraba también el Cerro por su ambiente de rumba y santería. Y en cuanto sus yenes permitieron hacer las obras que exigía la restauración de la casona, de mil amores abandonó el cómodo pero descafeinado apartamento que el instituto le asignara al Mon en el barrio de Atabey. Ella misma, en el argot que a diario se empecinaba en aprender, declaró que no iba a vivir en un cajoncito de Siboney, cuando disponía de semejante casona con aquel swing del carajo. Muerto el padre del Mon y emigrada a los Estados Unidos su hermana mayor con su marido y cuatro

hijos, aquella vivienda de ocho cuartos, dos salas, dos baños, antejardín y patrio trasero con árboles, era más que suficiente para cuatro personas.

Y Noriko adoraba también la cocina de Esperanza. Muy rápido comprendió por qué los Falla Batista, encumbrada familia que disponía de un cocinero parisino para la alta cocina cosmopolita, confiaba los platos criollos a la inspirada mano de la negra María Patrocinio.

Para el último 11 de agosto, en que el Bebo no pudiera dejarse homenajear por hallarse en la Sierra del Cristal, Esperanza preparó un *self service* de manjares criollos: masas de puerco frito, arroz congrí, yuca con mojo, guiso de kimbombó, tamales en cazuela, frituritas de malanga^[20], fufú de plátano, y como postres, boniatillo y cascos de guayaba con queso crema.

3. Cuchufli Arriba

Según recordaban los más ancianos, hubo por lo menos cuatro casos de tiesura que terminaron con gangrena y en paz descansan. Claro, todo eso antes de la Revolución, cuando para dar con un cirujano había que cargar los enfermos hasta Levisa o Nicaro. Y los montunos del Cristal atribuían tanto rabo tieso en su comarca a alguna secreta brujería.

¿De quién?

A saber...

En todo caso, de alguien que no daba la cara, pero que seguro, seguro, vivía entre ellos.

De regreso a La Habana en octubre del 91, el Bebo frecuentó durante varias tardes la biblioteca del Centro Nacional de Información de Ciencias Médicas, para documentarse sobre priapismo. Lo primero que le llamó la atención fue el origen del término, procedente de un tal Príapo (en griego Príapos), hijo de Dionisio y Afrodita. En el panteón de la Grecia clásica era un dios de la fecundidad, y un canalla impenitente con cuyo miembro en eterna erección violaba a cuanta incauta se le pusiera a tiro.

Averiguó también que en toda Cuba, entre 1970 y 1990, sólo se tenía noticia de 15 amputaciones y 248 penes drenados por priapismo, lo cual arrojaba un total de 263 casos agudos en veinte años.

Él, de su reciente estancia en Cuchufli (13 al 30 de septiembre), tras hablar con sus más viejos y memoriosos habitantes, estableció un aproximado de 18 casos en treinta años para el poblado y zonas aledañas. De modo que al promediar los datos, durante el mismo período de veinte años que registraba INFOMED en sus estadísticas, los 18 casos de Cuchufli equivalían a 12. Pero en toda Cuba vivían 11 millones de personas; y en Cuchufli y laderas inmediatas al Pico del Cristal, apenas llegaban a 300. Por simple regla de tres, el Bebo calculó que al ritmo de Cuchufli, el territorio nacional debería haber producido en ese lapso 440 000 casos de priapismo agudo; pero sólo produjo 263. Ergo: toda Cuba se enfermaba de priapismo 1673 veces menos que el caserío de Cuchufli; y eso no podía ser casual.

En INFOMED, su primer contacto con la literatura especializada lo sacudió. Comprendió hasta qué punto había metido la pata entre los montunos. El priapismo no se parecía, ni en su variante veno-oclusiva ni en la arterial (*low flow y high flow priapism*), a lo que él viera por allá. Según Rolle et aliter, 1987, en un artículo sobre la actividad fibrinolítica en la sangre del pene, se decía que las posibilidades de coagulación alcanzaban a sólo un tercio de la media en el circuito periférico. Por

tanto, debía descartarse toda posibilidad de trombosis, incluso en las erecciones más prolongadas; y en las bibliografías consultadas durante esos dos días, no halló referencias a casos de gangrena con sucesiva amputación.

Durante sus estudios médicos y prácticas de hospital, el Bebo tuvo contacto con un solo caso de priapismo, por cierto benigno; pero sí, desde luego, estaba familiarizado con trombosis y gangrenas. En el caso de Jacinto, por la dureza del cuerpo esponjoso y la coloración muy oscura de la epidermis, no cabían dudas del trombo. ¿Ya qué otra terapéutica habría recurrido entonces, en la dura emergencia, un médico recién graduado, solitario entre lomas, sin conocimientos de tan rara patología, y sin más literatura de consulta que el par de manualitos disponibles en su consultorio? Drenarlo resultaba imposible por la avanzada trombosis; y ante una erección de tantas horas, dejar pasar más tiempo significaba exponerlo a una gangrena. Eso pensó el Bebo en medio del apurón y de su propio susto; pero ahora reconocía haber practicado una mutilación innecesaria; y tras haberse documentado, sabía que el paciente habría hecho una gangrena seca, sin corrupción ni necesidad de amputar; y en el peor de los casos, el pene se le habría caído solo, poco a poco y sin dolor. Pero, coño, se trataba de un paciente de 73 años; y aquel miembro de tan dudosa utilidad se le veía horrible. El Bebo, que nunca viera algo similar, ni era cirujano ni la cabeza 'e un guanajo^[21], desconocía las técnicas para incisiones menores, desvíos y otros procedimientos depurativos descritos en la literatura urológica. ¿A qué recurso echar mano entonces, en ayuda de un anciano como Jacinto, fuera de amputarle el pene?

No se trataba de que ahora lo abrumasen cargos de conciencia. Resolvió como pudo, coño.

Otro error suyo, tras hablar con los montunos de Cuchuflí, fue el dar por sentado que la coagulación de la sangre peniana se presentaba como trastorno habitual en el priapismo; y ahora el doctor Rolle y compañía, un team de eminentes urólogos, negaba esa posibilidad.

Inquietante fue también enterarse, por Sharpsteen *et al*, 1988, que el glande y el cuerpo esponjoso no se afectaban; de modo que la incidencia del llamado «priapismo tricorpóreo» resultaba mínima, casi nula. Pero lo que él viera y palpara en La Zanja sí era tricorpóreo, sin duda posible. ¿Qué rayos pasaba entonces con los pitos de Cuchuflí?

Cualquiera que fuese la respuesta, el Bebo agradeció a su buena estrella el haberlo enfrentado con el enigma. Aunque por temperamento y habilidad manual, él aspiraba a ser admitido en una especialidad quirúrgica, habría sido pusilánime y tonto de su parte no zambullirse de cabeza en una investigación que se le ofrecía en bandeja y pintaba apasionante. El minúsculo y apartado poblado de Cuchuflí Arriba atesoraba un secreto científico que develado, quizá contribuyera al mejor

conocimiento de las patologías penianas y de la hemodinámica en general. Tan persuadido estaba que tomó la decisión de volver al poblado en pos de su secreto. No descansaría hasta develarlo.

Mucho se sorprendieron los funcionarios del Ministerio de Salud Pública de que el doctor Mario Lujan y Torralba solicitase cumplir un año más de servicio en la Sierra del Cristal. Algo nunca visto. La medicina revolucionaria no registraba antecedentes de un médico habanero dispuesto a enterrarse durante un año adicional en aquellas lomas del recontracarajo, por meterse a investigar lo que un humorista del Departamento de Personal llamara «la parapingosis de un puñado de guajiros».

4. El Nitro: Narciso Matamoros y de la O

Nacido el 3 de enero del 59, Narciso se crió en el Fons, un solar de mucho ambiente marginal, frente a la casa del Bayo. Vivió entre broncas diarias, peligro, abusos, cárcel, ignorancia, alcohol, marihuana.

Narciso era y no era un hijo típico de aquel ambiente. Como muchos potenciales beneficiarios de la Revolución, nunca la entendió; pero tampoco fue su enemigo. Sin ser un delincuente, rehusó «trabajar para el gobierno», como decían los enemigos internos de la Revolución; o «sumarse al proceso», en la versión oficial.

Narciso no conoció a su padre. Quizá Gertrudis de la O tampoco lo conociera, porque ya estaba ida cuando parió a Narciso. Pero como Hilario Matamoros, su primer marido, no tuvo reparos en reconocerlo, Narciso heredó los mismos apellidos de su media hermana Asunción.

Después del parto, Gertrudis sufrió un proceso de acelerado deterioro mental y hubo que ingresarla en el Hospital Psiquiátrico de Mazorra, donde murió catatónica a fines del 59, cuando Narciso tenía 10 meses.

Sunci, siete años mayor, mulata clara, fue su primera madre. Lo crió hasta que Narciso cumplió los seis; pero en septiembre del 65, al ingresar ella en la secundaria militar de los Camilitos, se lo confió a Ramona, la aguerrida encargada del solar, segunda madre de Narciso. Desde entonces, Sunci sólo vería a su hermanito negro en fines de semana.

En realidad, la gran madre nutricia, la que alimentó y conformó el espíritu de Narciso Matamoros y de la O, fue la calle, el barrio, hembra y hombre, que te conquista y se te entrega, bisexual como las deidades sincréticas, con sus tradiciones, códigos, tabúes, y a veces, barbarie estimulante. Amó el tambor ubicuo de sus antepasados, que aun callado, resuena en las caderas y el andar de sus mujeres.

Ramona le cocinaba el arroz, los frijoles, los espaguetis y huevos asignados a Narciso y Sunci en la libreta de racionamiento. Además, Ramona vendía o cambiaba la cuota de café y cigarros, con lo que solventaba para Narciso un poco más de carne y mucha leche, que él consumía con avidez.

Sunci le agradecía a la severa Ramona su honradez en el manejo de los mandados^[22]; y sobre todo, que a punta de tirones de oreja, enseñase a Narciso a llegar puntual al juramento de su bandera cubana en la escuelita de la calle Domínguez, de uniforme planchado, zapatos brillantes, cara y uñas limpias, como persona decente.

Antes de juramentarse en un juego abacú^[23], aquella disciplina de oreja fue casi la única que Narciso recibiera en su vida. Gracias también a su gran oreja para el canto y el baile, ya desde los cinco años se había ganado la admiración del solar, tanto del lumpen como de los más civiles. Por su afinación y potencia, los mayores lo

incluían como soprano de sus coros yorubas en fiestas y ceremonias religiosas. Pero Narciso destacaba sobre todo por su gracia como bailaror de guaguancó^[24] y columbia.

Aquella excelencia danzaría, su clave^[25] impecable y destreza en los tambores bata^[26], ya desde los nueve años, comenzaron a producirle algunos ingresos semanales, que él compartiría con su hermana. Hasta entonces, su comida y su ropa salían del racionamiento revolucionario, y de los 80 pesos mensuales que Hilario Matamoros, en su cuarto matrimonio y con siete hijos, le pasaba a su abandonada primogénita Sunci. Ella, por disponer de una beca en los Camilitos, donde se aseguró comida abundante y buena, dejaba todas las provisiones de la libreta para el hermano.

Antes de los nueve años, Narciso dispuso de lo indispensable para alimentarse, pero siempre andaba corto de ropas y muy mal calzado. El Bayo y el Bebo, cuyas familias eran entonces más solventes, le regalaban algún pulóver o un par de botas rusas, que bien lustradas servían para la escuela, o hasta para salir, cuando los Cuatro Jinetes incursionaban por el zoológico, iban al cine Maravillas en la Calzada del Cerro, o salían a buscar novias entre niñas becadas de Miramar o el Vedado.

Narciso fue también el más valiente y el indiscutido líder de los jinetes. Decidía a qué se jugaba, dónde y cómo. A la hora del cuatro esquinas^[27] o la quimbumbia o durante las prácticas de los Bárbaros Rojos en los descampados de la zona, era Narciso quien imponía las reglas del terreno, o en plan de manager fijaba el lainop^[28]; y en los juegos contra los del Platanito, la calle Patria o Puentes Grandes, era el primero en guapear bate^[29] en mano, contra cualquier intento de mayorear a los suyos.

A la edad de 14 años, cuando sólo frecuentaba el barrio en fines de semana, porque pasaba el resto como alumno interno en una secundaria de Calabazar, Narciso seguía siendo cuarto bate y capitán de los Bárbaros Rojos.

Fue poco después de fundarse el equipo, que Narciso se ganara su apodo de Nitro, tras una trifulca resultante de un discutido out en la goma^[30] contra la novena del Canal. Formada la bronca, Pepe Rocafuerte, alias el Roquí, un capirro^[31] matasiete de 16 años que ya tenía barba dura y bigote, le dio a Narciso piñazos de todos los colores. Lo tiró, según la cuenta del Mon, siete veces por tierra. Eran 16 años contra 14, y 200 libras contra 130. Pero Narciso siguió ahí, guapo y fajao. El forzado volvía a tirarlo y él se levantaba. Aburrido ya y hasta un poco avergonzado de masacrar a un muchacho más débil, el Roqui hizo un par de intentos por acabar la pelea e irse, pero Narciso lo obligaba a seguir, y se paraba una y otra vez a insultarlo, lleno de sangre y moretones; y con los labios partidos y los ojos hinchados, seguía arremetiendo sin tregua, diciéndole rajao, come pingas, hasta que el Roqui enfurecido y dispuesto a acabar de una vez por todas, se le encaramó a horcajadas sobre el pecho para noquearlo tras una andanada de puñetazos en la cara.

Cuando los otros jinetes despertaron a Narciso, ya los enemigos, tras recoger sus bates y demás tarecos^[32], se habían alejado como trescientos metros, en triunfal retorno hacia el Canal. Rocafuerte, el héroe de la jornada, seguido de sus acólitos, sintió de pronto una pedrada en la espalda que le quitó el resuello. Era otra vez Narciso, aquel adefesio, bulto de mugre y sangre, sin un zapato, con los genitales al aire por rotura del short, que le seguía diciendo rajao y comepinga, no me huyas, maricón hijueputa, y Roqui, ya con el miedo que inspira el desprecio del contrario ante el dolor y la muerte, tuvo un momento de vacilación. La ferocidad suicida de aquel negrito flaco, que no aceptaba su derrota, lo paralizó durante dos segundos en que Narciso, con su intuición de combatiente, aprovechó para abalanzársele, cogerlo por los pelos, torcerle la cabeza y darle un mordisco en plena mejilla que le arrancó un grito de espanto. Como los perros molosos, que traban sus molares a modo de cerrojo y se ahogan o se desbarrancan sin soltar su presa, Narciso se volteó de lado y el Roqui se fue con él, halado por el terrible dolor. Uno del Canal intentó ayudarlo, pero el Bebo lo apartó de una patada en los hombros, mientras el Mon, con su bate en alto, se disponía a masacrar al que tocase al negro, cuya locura combativa admiraba. Narciso siguió tironeando y sacudiendo la cabeza hasta arrancarle un pedazo de mejilla, que para espanto de los presentes quedó colgando como una chuleta. Tan salvaje había sido el desgarrón, que cuando el Roqui cayó sin sentido sobre la acera, por el hueco abierto entre la base del pómulo y el maxilar inferior, se le veía el hueso ensangrentado de una encía. Los compinches del caído, paralizados ante la saña de aquel negrito kamikazi, y temerosos de los bates que blandían los otros dos jinetes (sí, dos solamente, tras la deserción del Bayo), no atinaron sino a retroceder. Ni siquiera intervinieron cuando Narciso la emprendió a patadas en la cabeza y costillas del Roqui, al que lo salvó el repentino frenazo de un patrullero.

Ante el imprevisto, los jinetes huyeron de inmediato hacia sus predios, y los dos policías, nada dispuestos a correr en pos de los escurridizos muchachones, montaron al herido en su carro y lo trasladaron al cercano Hospital de la Covadonga.

Cuando los jinetes regresaron a su cuadra, Narciso, semidesnudo y desbaratado como quedara, no quiso llegar al solar para no disgustar a Ramona. En el espejo de la barbería, cuando se vio los párpados hinchados que le impedían abrir un ojo, la boca partida, un diente de menos y la nariz hecha un boniato, de lo que no se diera cuenta mientras le duró el ardor de la pelea, renovó su ira contra el Roqui; y con una navaja que le escamoteó al barbero, anunció que volvía a su bronca y echó a andar rumbo al campo enemigo. Un cuarto de hora después, ya limpio, con ropas prestadas, pero monstruosamente hinchado, aquel adolescente de 14 años, escoltado por sus dos amigos, penetraba cuchillo en mano en la ciudadela del Canal, una de las más temibles del Cerro.

Entró dando gritos, desorbitado.

—Vengo a cagarme en la madre, el padre, los hermanos y todos los socios del Roqui, y a fajarme con el hijueputa que saque la cara por él.

Nadie había oído en el Canal un desplante tan osado, y mucho menos de un chama como aquél, que no tenía ni 15 años. Pero nadie más certero que el lumpen para captar si en la ferocidad de una amenaza hay sólo aguaje^[33], o verdaderas ganas de morirse. Y ningún lumpen enfrenta una navaja barbera en manos de un loco suicida. Además, como ya se corriera la voz de la obstinación y valentía de aquel negrito, pese a la paliza recibida, fajarse con él era un mal rollo del que sólo se podía salir perdiendo, pasara lo que pasase.

En una mesa del patio central alguien se puso a dar agua^[34] al dominó con mucho ruido, otro destapó un chispa 'e tren^[35], echó al piso el buchito de los santos y hubo una ronda de aguardiente a pico de botella. Dos mirones siguieron discutiendo la última data como si Narciso no existiera. Una negra temba^[36] de buen ver y mejor andar, con una palangana llena de ropa a la cintura, pasó chancleteando entre halagos y silbidos aprobatorios; y ella fue la única que se dirigió a Narciso en un tono que podía ser de burla o cariño:

—Ay, niño, mira cómo te han puesto, si pareces Franquestéin...

Sólo una vieja sin dientes, acodada sobre la baranda de la segunda planta, le celebró el chiste con una risita entrecortada y chusma; pero los emplazados parientes y amigos del Roqui no vivían allí, o eran todos, en efecto, una partida de rajasos.

Un poco más tarde, el mismo cirujano máxilo-facial de la Covadonga, que durante su accidentada permanencia en el Cuerpo de Guardia remendara, cosiera y tapara el terrible hueco maxilar del Roqui, tuvo que atender también a Narciso. Y al enterarse de que aquel negrito flaco era el victimario del capirro grandote, no pudo evitar un comentario:

—¿Verdá que fuiste tú? —le preguntó incrédulo—. Pero, chico ¿cómo se te ocurrió fajarte con un grandulón de ese tamaño?

—Y que además se llama Rocafuerte —bromeó el enfermero, mientras le desinfectaba con un algodón las heridas a Narciso.

—Verdá —comentó el médico—; pero éste le resultó nitroglicerina.

El enfermero, un mulato jodedor, mientras le cogía puntos en los párpados, comisuras y pómulos, comenzó a decirle: «Vírate p'acá Nitro»; «no te me muevas, Nitro»; y el Mon, que estaba presente y conocía el uso de la nitroglicerina como revientarrocas, celebró el apodo y lo impuso en el barrio.

Al año siguiente, en su secundaria rural, al Nitro le robaron unas botas extranjeras que le obsequiara el novio de Sunci. Al tiempo, con ellas puestas apareció otro alumno, un negro guaposo que fuera boxeador juvenil ranqueado^[37]. El Nitro se las reclamó, pero el tipo dijo que las suyas eran regalo de su mamá. Por supuesto, se formó la bronca y el ladrón cínico, mucho más diestro que el Nitro, lo tiró once

veces; pero el Nitro se levantó doce, cada vez más furioso. Así lo informó Changuito, vecino de Santa Catalina y condiscípulo del Nitro, que presenciara la pelea y viera al tipo por fin decirle al Nitro:

—Ta bien, broder, ganaste...

Y para salvar su honrilla, alzó los brazos en medio de los espectadores y argumentó:

—Coño, lo único que me queda es matarlo; y por unas botas de mierda yo no me voy a meter una pila de años en el tanque^[38].

Allí mismo se las quitó y regresó a la escuela descalzo, aunque nunca reconoció haberlas robado.

Cuando al Nitro le tocaba repetir el octavo grado, ya cumplidos los quince, desertó de la escuela y se quedó en el barrio. El buen dinerito que ganaba durante los fines de semana gracias a sus habilidades musicales y danzarías, ya le permitía solventarse la vida.

Ese mismo año, Sunci, trabajadora civil de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y ya casada con el ahora capitán de Guardiafronteras, asignado a la comandancia del puerto de Casilda, quiso llevárselo a vivir con ellos; pero el Nitro prefirió la libertad y su bohemia en el Cerro. Desde entonces, volvió a su vida solitaria en el mismo cuarto del Fons donde naciera. A veces convivía con alguna pareja, pero era esencialmente picaflor, de los que liban de dos y tres flores a la vez. ¿Quién ha dicho que no se puede amar con igual pasión, pese a sus diferentes colores y perfumes, la rosa y el clavel, el jazmín y las orquídeas? Y claro, con un corazón tan universal, las parejas le duraban poco.

Cumplidos sus 18 años, Narciso inauguró la etapa más atractiva de su vida, signada por dos acontecimientos capitales para él: la creación del grupo Zarabanda y su admisión en un juego abacúá.

Zarabanda fue un cuarteto de percusión, en que los otros tres eran talentos naturales descubiertos por el Nitro en diferentes plantes^[39] y bembés^[40] del barrio. Rey Valiente era tan buen tamborero como el Nitro y excelente cantante. Con su voz rota y muy sonora a la vez, nasal o gutural según el caso, lograba ese timbre estreñado del mejor canto de santería, al estilo de Lázaro Ross. El registro tenor del Rey armonizaba de maravilla con el barítono mágico, orillero, en que se convirtiera la voz del Nitro en su adultez. El menor de los zarabandos era Pepe Fraile, que a los 16 años, según los entendidos, bailaba la segunda columbia del Cerro; porque la mejor era la del Nitro. Y el cuarto integrante era Terencio Ferguson, un mulato claro, nieto de jamaíquinos, criado en La Habana, que gracias a sus dos años de inglés en el Instituto Superior Pedagógico, a su gran apostura y buena labia, oficiaba como presentador bilingüe del cuarteto.

Con aquel conjunto, acreditado ya desde el 75 en el ambiente del Cerro, e

invitado con frecuencia a otros barrios y a residencias de extranjeros, el Nitro disfrutaba de su santería, su música, y de los buenos pesos que se ganaba. Disfrutaba también de la amistad fiel y asidua de los amigos, del respeto y admiración de sus alumnos en el tambor, y de una legión de mujeres que tenía atrás.

Pero su realización plena como ciudadano del Cerro fue su admisión en el juego de los Iroko Eyé^[41]. Para su ingreso a la secta abacúa, todo aspirante debe acreditar, entre otras virtudes, no haber huido nunca en la pelea, ser buen hijo, buen padre, buen amigo y «hombre a todo». Esta última frase, con su rara sintaxis, significa que a un juramentado no se le admite ni sombra de homosexualidad. Por eso, muchos abacúas evitan mostrar sus nalgas desnudas. No deben verlas ni sus amantes. Los fundamentalistas de la secta no se las dejan ver ni a sus esposas y hacen el amor en calzoncillos; y si alguien, en el loco fervor de un carnaval, roza con la mano o con su bragueta las nalgas de un abacúa, se expone a morir en el acto de un punzonazo.

En el barrio, al Nitro se lo consideraba un ciudadano decente y cumplidor de su palabra. Aunque respetuoso de la Revolución y tolerante con el apoyo que le prestaban el Mon y el Bebo, su mundo real era el de los santos. Preocupado por la trascendencia y eternidad del alma, revolución más, revolución menos, los efímeros cataclismos sociales no le merecían mayor interés.

A la edad de 30 años, durante un insoportable día de julio, mientras se tomaba unas láguer^[42] en una piloto^[43] clandestina de la calle Falgueras, el Nitro vio a Rompeyugos, matón de mala entraña, en plan de insultar y golpear a Armandito, un vecino del solar, criado con él desde la infancia. Se trataba de un mariconcito inofensivo y servicial, que solía sacarle los mandados, y que en alguna ocasión se había ocupado de cuidarlo cuando estaba enfermo. Pese al severo juicio de la secta abacúa, que desprecia a los homosexuales, el Nitro estimaba y protegía a Armandito.

En aquella ocasión, tras haber visto y oído la bronca desde el inicio, y comprobado que Rompeyugos borracho maltrataba al muchacho sin motivo, el Nitro intervino en buena forma. Trató de apaciguar al matón que la cogió entonces con él, lo insultó ante el público presente con vocablos tan irrespetuosos como singao, defensor de maricones, y hasta se atrevió a amagarle un gaznatón; pero el Nitro, de un solo y fulgurante punzonazo entre las costillas, lo mandó a la Covadonga y de ahí, sin escalas, al Cementerio de Colón.

A él lo mandaron al Combinado del Este^[44], sentenciado a quince años por homicidio.

Al difundirse lo ocurrido en la piloto, el barrio en pleno exoneró de culpas al Nitro. Había matado por honor, por fidelidad a sus principios y por cumplir con dos mandamientos del código abacúa: ser buen amigo y hombre a todo.

El padre del Bebo había sido una amalgama de católico, martiano y patriota antiimperialista, pero más buscavidas que revolucionario; y el del Mon,

decididamente un gusano. Sin embargo, el Bebo resultó fidelista y simpatizante de Marx, *ma non troppo*; y el Mon, desde temprana edad, un comunista firme, de Patria o Muerte; pero ambos, igual que el Nitro, estaban marcados por el cuño indeleble de aquel barrio, donde muchas veces, sobre la moral revolucionaria prevalecen viejos códigos no escritos, nacidos de la miseria, la ignorancia y la solidaridad humana, que respetan el valor físico como en tiempos de Aquiles y no exigen de nadie una pureza sin mácula.

Puesto que el Nitro cayera preso en defensa de un desvalido contra un abusador, sus viejos amigos lo confirmaron como paradigma de hombría y lealtad. Por eso, los dos jinetes se honraban de seguir siendo sus amigos, y en ocho años jamás le fallaron en una visita a la cárcel.

5. Zacarías

Al enterarse de que sus tres pacientes de priapismo solían pasar buena parte de la primavera en Poza Redonda, el Bebo se entusiasmó. Por ahí sí, a lo mejor iba y aparecían pistas. Se trataba de una zona situada del otro lado del Río Levisa, a unos cinco kilómetros de Cuchuflí, adonde acudían algunos lugareños, desde que empezaban las lluvias. Iban a cosechar mameyetes, un fruto silvestre de la región, cuyas matas paren a partir de marzo. Por el tronco y ramaje, los árboles se parecían un poco a los mameyes, y como tales, tampoco fructificaban antes de alcanzar la edad de unos veinticinco años. Pero su pulpa incomible permitía elaborar un vino amarillento del que, una vez destilado, se extraía el Mameyazo, un excelente aguardiente seco, con un delicado bouquet que recordaba el perfume muy tenue de las orquídeas; y que por su aroma superaba con mucho la media del aguardiente industrial. Los guajiros lo pasaban por alambique o lo destilaban con olla de presión, y su venta constituía una importante fuente de ingresos para algunos cuchufleños; como asimismo para muchos habitantes de la vasta zona montañosa que culmina en el Pico del Cristal. El Mameyazo gozaba de gran demanda en los poblados que circundan la zona de Nicaro y la Bahía de Levisa; y el Bebo lo incluyó de inmediato en su lista de sospechosos como posible inductor de la erección; pero lo desechó al constatar que en los otros poblados donde la gente lo fabricaba y consumía sin miseria, no se conocían casos de priapismo.

El Bebo retornó a La Zanja en el 92, a principios de junio; y desde allí, todos los viernes a media tarde, se trasladaba a lomo de mula a Cuchuflí, donde permanecía hasta el lunes por la madrugada, en que regresaba al consultorio. Por insistencia de Jacinto, se hospedaba en su casita de madera. Allí le habilitaban un espacio en el cuarto de los nietos, para colgar su hamaca.

Durante el fin de semana, desde muy temprano, el Bebo recorría los alrededores del caserío y dialogaba con cuanto guajiro se tropezara, sobre la flora, la fauna, los hábitos culinarios, alimenticios, higiénicos, sexuales, y toda particularidad atinente a la vida de los cuchufleños.

Al descubrir que muchos carboneros se lavaban el tizne con esponjinas que arrancaban de unas matas abundantes en la zona, anduvo un tiempo indagando si alguno de los afectados de priapismo, vivos o muertos, solía usarlas; y así se enteró de que sólo uno de los dieciocho casos conocidos, trabajaba monte abajo en hornos de carbón.

Pasaron días, semanas; pasaron diez meses y nada. Ni el mínimo indicio.

En marzo del 93, cuando los cosecheros de mameyete partieron hacia Poza Redonda con sus mulas, el Bebo se les sumó. Allí se estuvo los dos primeros días con sus noches, y al tercero regresó a La Zanja. En semanas sucesivas, tras atender la

consulta por el día, se iba los lunes y jueves al campamento de los cosecheros y allí pernoctaba. La fuerte caminata le imponía un esfuerzo a su pierna incompleta, pero él necesitaba observar al grupo in situ, por si le aparecía alguna pista. Era casi su última esperanza.

De entrada aprendió que el vino se elaboraba con frutos cortados en noche de luna, porque si no, el Mameyazo perdía su aroma.

El ingrediente lunar tampoco le sirvió de nada para su pesquisa. No detectó una sola variación importante en los hábitos de aquellos hombres durante su permanencia en Poza Redonda. Excepto su vida marital, observaban la misma rutina que en Cuchufli. Mantenían su dieta regular, realizaban un trabajo análogo, y de noche jugaban al dominó y tomaban aguardiente, igual que en el poblado. Además, la naturaleza de Poza Redonda era idéntica a la de todos los caseríos ubicados sobre las laderas del Pico del Cristal.

El 5 de mayo del 93, cumplido el plazo de un año que establecía su contrato con el ministerio, el Bebo regresó a La Habana. Para esa época, casi lamentaba haberse lanzado a pesquisar las causas de la «tiesura esa». Aquel año, durante el doble festejo del 11 de agosto en casa del Mon, el Bebo estuvo a punto de comentar su propio fracaso en Cuchufli y Poza Redonda. Pero le dolía el asunto y prefirió callarse. Se dedicó a hartarse de ron, a disfrutar los bailes, la música, los manjares de Esperanza, y a fajarle a una mulata culona, compañera de trabajo de la hermana del Mon. De fracasos no hablaría con nadie. Ni cojones. No le gustaba perder ni tenía inclinaciones masoquistas.

Lo que sí lamentaba en esos días era haber aplazado tanto tiempo su propósito de cursar la especialidad en Cirugía General; y todo por dedicarse a investigar el priapismo. Ya cumplidos los 33, quizás hasta lo rechazaran por viejo. No ignoraba que los médicos noveles iniciaban sus cursos de especialidades sobre una media de 27 años.

De todos modos, con cierto miedo, optó por solicitar la especialidad; y a poco se enteraría de que su voluntaria y prolongada estancia en la Sierra del Cristal, había producido en Salud Pública un efecto muy favorable. Tan infrecuente mérito durante el Servicio Social, sumado a su Medalla al Valor obtenida con los bomberos, le abrieron las puertas de la muy solicitada especialidad quirúrgica, sin dilación ni reparos.

Así, desde septiembre del 93, quedó vinculado al Hospital Fajardo, para prestar servicios de medicina general y recibir docencia quirúrgica. Pero el Bebo Lujan era un cabeciduro; y en el 94, a finales del verano, cogió unas vacaciones y regresó a Cuchufli.

En esta ocasión fue más afortunado. Un anciano que cosechara mameyetes durante cincuenta años, lo sorprendió con una revelación importantísima. Zacarías se

llamaba el viejo, pero a sus espaldas, muchos le decían Bagatela. Sesentón introvertido y cascarrabias, llevaba mucho tiempo enemistado con medio caserío. A su propia mujer tampoco le dirigía la palabra, porque diez años atrás, en medio de una disputa, ella se atrevió a llamarlo Bagatela. Desenvainado el machete, Zacarías se abalanzó iracundo, y si no intervienen sus hijos, la tasajea. Desde entonces, ella le lavaba, le cocinaba, le servía la mesa, le tendía la cama, se la abría todas las noches para que él se acostara, le ponía las chancletas al pie, y mientras él comía, ella monologaba para informarlo de las necesidades hogareñas o las novedades de la familia; pero Zacarías no le respondía. A ella no le importaba. Sufrió mucho al principio, pero ya no le hacía caso. Zacarías tampoco dirigía la palabra a sus dos hijos mayores; y los tres menores vivían con sus hermanos, porque no se aguantaban al viejo.

Zacarías le estaba muy agradecido al médico por haberle aliviado, con acupuntura y manipulación digital sobre sus chacras, una jaqueca que lo mortificara durante años.

El viejo, enterado un día de su interés por el priapismo, se le apareció en la consulta, muy reticente y misterioso. Fue a principios de agosto, cuando el Bebo ya se disponía a regresar a La Habana. Proyectaba llegar con tiempo para celebrar su cumpleaños en casa del Mon y olvidarse para siempre de los enigmáticos penes cuchufleños.

—Hace unos años, a mí también me dio la tiesura esa, en dos ocasiones —le confesó de sopetón Zacarías.

El Bebo lo acribilló a preguntas sobre sus contingencias de esos días, pero no encontró nada llamativo. Al preguntarle sobre la duración de sus tiesuras, el viejo se demoró un rato mirando al techo.

—La primera vez fue un par de horas —soltó por fin—; pero cuando me repitió, estuve todo un día con aquello tieso qu'era una barbaridá.

—¿Muy, muy duro?

—Coño, como un palo de jiquí.

Sólo su mujer, única que lo viera, conocía la historia.

—Y eso me ocurrió hace como quince años.

El viejo le reveló entonces su convicción, causante de tanto pitorreo entre los estúpidos cuchufleños.

—La culpa de la tiesura la tiene el dulce de bagatelas.

El Bebo oyó incrédulo la revelación.

La bagatela era un fruto desconocido en los mercados agrícolas y quizás en el resto de Cuba. El fruto amargo, ácido, incomible, daba no obstante un dulce exquisito, con sabor a guanábana y ecos de ajonjolí o almendra que ya el Bebo probará, invitado por la mujer de Manolo, su último paciente de priapismo.

Fue una tarde en Poza Redonda, en plena faena de cosechar mameyetes con sus paisanos del caserío, cuando Zacarías divulgó por primera vez sus sospechas sobre la bagatela.

Los demás no lo dejaron ni terminar. Le cayeron en pandilla a burlarse. Hubo quien lo descalificara con el argumento de que en el poblado todo el mundo comía dulce de bagatela, hasta los niños chiquitos...

—Y como no quisieron escucharme, m'encabroné y nunca más le hablé a ninguno.

Era un hombre amargado, tozudo; pero capaz de observaciones muy inteligentes.

—Lo primero que me di cuenta fue que la tiesura esa, siempre le daba a la gente al poco tiempo de volver de Poza Redonda.

Al otro día, en efecto, el médico comprobó que Zacarías no andaba errado. Casi todos los casos conocidos se habían producido entre marzo y junio, al regreso de Poza Redonda. Se lo confirmaron los propios afectados y, en un par de casos, los parientes de los muertos.

—¿No se lo dije yo? —comentó el viejo.

Entonces se puso a explicar la cosa, según la entendía él. Durante la temporada de cosecha, los cuchufleños permanecían con sus arrias en Poza Redonda de lunes a viernes, y regresaban el sábado para dar mantenimiento a sus guajiras y volver a marcharse el lunes de madrugada. En la temporada de lluvias cada uno daba diez o doce viajes; y algunos, al atravesar el río por su habitual Vado de las Yeguas, recogían bagatelas.

—Porque donde único se dan es ahí.

El viejo estuvo un rato describiéndole el arbusto, que según él nacía silvestre, sobre la margen izquierda del Levisa.

—¿Y no se da en ninguna otra parte?

—No señor, sólo en el Vado 'e las Yeguas, donde mesmo nos dentramos con las mulas y en más ninguna otra parte.

De toda una vida, cuando los cuchufleños llevaban su café a Nicaro, seguían la margen derecha del Levisa; y en esa ruta, Zacarías jamás se encontró una mata de bagatela.

Le explicó también que los de Cuchufli la llamaban así por parecerse al fruto del bagá, con su piel lisa; y el árbol, aunque más pequeño y flacuchento, también se le parecía.

—¿Y no han intentado sembrarlo?

—Sí, muchos han probado ya, pero ¡qué va!, no prende ni a jodidas; y como l'iba diciendo, los cosecheros recogemos bagatelas para preparar dulce.

El viejo se demoraba en largas pausas y a veces tartamudeaba un poco.

—Y una vez, la paradera de pitos nos dio a varios en lote y al mismo tiempo.

Aquél sí era un dato vital que excitó sobremanera al Bebo. Si el viejo no mentía, quizás apareciera por fin la pista de algo importante.

—Hubieron tres o cuatro como yo que se nos bajó enseguida; pero a Martinete el Rubio lo tuvieron que llevar a La Zanja pa sangrarlo; y mi compay Alfonso, un cristiano de mi edad pero muy consumido, se murió por el camino con aquello tieso y más negro que los cojones de un burro.

La sospecha de Zacarías parecía muy atinada; y según enfatizara, la causa del priapismo no era exactamente el dulce de bagatelas comido de vez en cuando.

—Pa entiesarse hay que comer muchos días de seguido.

Ése era quizás el gran descubrimiento del viejo.

—Si en el poblado no hay más pitos tiesos es porque la gente come el dulce salteado, un poco una semana, otro poco la otra; y así nadie se enferma.

Según explicara, cada sábado, cuando los arrieros vadeaban el Levisa, sólo recogían un saco de bagatelas, a lo sumo dos.

—Eso no da más que pa una olla de dulce, que dura un par de días; y ya la gente no vuelve a comerlo hasta la otra semana.

—¿Y por qué no recogen más?

—Lo que pasa es que cuando uno llega al río con las mulas desde Poza Redonda y todavía hay que meterse tres horas más subiendo a Cuchufli, lo que uno quiere es llegar de una vez a las casas; y los más retardados no quieren que los coja la noche, o por no apearse, ni se acuerdan de las bagatelas. Otros, por cumplir con la mujer, recogen unas pocas. Pero las dos veces que me atacó a mí, el río venía muy crecido y hubo que esperar un día entero a que el agua bajara; y muchos como yo, de puro aburridos y pa entretenernos, llenábamos más sacos que de costumbre. En aquella ocasión, yo llené como diez.

—¿Y para cuánto tiempo les dio el dulce?

—Mi mujer sólo lo probaba, pero yo soy gandío^[45] y estuve como dos meses comiendo dulce, sobre todo de noche.

—¿Y los hijos suyos?

—Ellos ya no vivían con nosotros.

—¿Entonces, no comieron?

—Pue' que mi mujer, sin decirme na' les llevara un poco; pero el que más comí fui yo. Y hubieron otros en el poblao que también se atracaron de dulce muchos días seguidos.

La versión de Zacarías apuntaba a la hipótesis de que alguna sustancia presente en el dulce actuase como droga de depósito. Quizá. Sí. La cosa no carecía de sentido.

Al buscar más información sobre las bagatelas, el Bebo constató que nadie de la zona conocía otro lugar para hallarlas, fuera del Vado de las Yeguas. Supo también que por ese lugar, a orillas del Levisa, camino obligado entre Poza Redonda y

Cuchufli, no pasaban otros arrieros. Entonces, si por caprichos de la naturaleza las bagatelas sólo se daban en la zona aledaña al Vado de las Yeguas, se explicaría que los cosecheros de mameyete procedentes de El Culebro y Limoncillo nunca hubieran dado con ellas; porque al rumbeo hacia Poza Redonda cruzaban el Levisa mucho más abajo; y si no pasaban por el vado, era lógico que desconocieran las matas de bagatela y que el dulce fuese una receta exclusiva de Cuchufli Arriba, ignorado en los demás caseríos de la Sierra del Cristal.

Tras quince días de afanosos interrogatorios a los afectados, el Bebo quedó convencido de que las sospechas del viejo iban muy bien endilgadas. Descubrió también que los casos de priapismo leve sumaban un número mucho mayor; y que los más violentos y duraderos se presentaban, como dijera Zacarías, poco después de regresar de Poza Redonda. De otra parte, todos los amputados y drenados, sin excepción, recordaron haber consumido el famoso dulce a diario y durante períodos prolongados, por encima de quince días.

Se confirmaban las sospechas de Zacarías.

Por cierto, el dulce de bagatela representaba el único añadido a la dieta muy poco variada de los campesinos. El Bebo comprobó también que no gustaba a los niños por su rebote de almendras amargas y un picor ácido, como decían los montunos.

El médico fue reafirmando más y más en la idea, implícita en las conjeturas de Zacarías: quizás el fruto silvestre contuviera algún principio activo acumulable, y por ello la incidencia del priapismo dependía de determinados niveles cuantitativos en el consumo del dulce.

En este punto, el Bebo se propuso experimentar sobre sí mismo; pero para ello necesitaba llevarse a La Habana una buena cantidad de dulce, que a esas alturas del verano avanzado no era posible acopiar, porque las matas ya no parían. Decidió entonces aplazar su experimento hasta el final de la próxima primavera. Volvería cuando fructificaran las bagatelas.

6. El Bayo: Salvador Bayona y Góngora

Nacido unos meses después que Narciso, Salvador el Bayo fue el segundo jinete en mayoría de edad; y en su comportamiento infantil, nada anticipaba al adolescente conflictivo que habría de ser con los años.

Debía el apodo a su bisabuelo don Cosme Bayona, un inmigrante español que hacia 1860 hiciera fortuna en Matanzas con un ingenio azucarero. Al cerrar el siglo, don Cosme mandó construir su lujosa residencia en el Cerro, hacia donde ya emigraban las familias pudientes de intramuros. La atestada Habana colonial cedía paso a las amenas colinas de aquel paraje cuyos aires salutíferos y elegantes viviendas, lo convertirían hasta la década del 30, en zona residencial y sede de embajadas. Nadie imaginaría tras la escabrosa fachada de hoy, docenas de veces mal restaurada y nunca vuelta a pintar, la lujosa sede de la Embajada de Estados Unidos, convertida en lamentable depósito estatal en la esquina de Domínguez y Falgueras; ni el fasto de lo que fuera la Gran Logia Masónica, ni el de la Nunciatura Apostólica; ni el Palacio de los Fantasmas, celebérrimo otrora por sus saraos y muníficos banquetes, donde aún a ciento catorce años de la tragedia que conmoviera al barrio, ningún inquilino de carne y hueso se ha atrevido a habitar; ni el fasto del eclecticismo arquitectónico en mansiones con caballerizas, a las que se entraba por una calle y se salía por la paralela, hoy convertidas en solares, refugios de malhechores perseguidos que buscan escape entre tendales, pasadizos y vericuetos añadidos durante más de un siglo, con la complicidad del vecindario marginal. Tal es el caso del laberíntico Fons, al que se entra por Domínguez y se sale por San Pablo.

En la casona que los Bayona ocuparan desde fines del XIX, nacería en 1920 Luis Bayona y Rodríguez, que luego se destacara como médico, catedrático de Otorrinolaringología y jefe de ese servicio en un hospital habanero. Hombre de principios, patriota, que por línea materna descendía de un coronel mambí^[46], ya era una eminencia a los 39 años; y cuando se produjo el triunfo revolucionario de 1959, fue de los pocos médicos de renombre que prefirieron quedarse en Cuba y rechazar muy favorables ofertas para emigrar a Estados Unidos. No estaba dispuesto a venderse ni a abandonar su amada casona, donde nacieran y se criaran su padre, él y Salvador, su único hijo.

El doctor Luis Bayona, criado como niño bitongo^[47] en las más altas capas de la sociedad habanera de los años 20 y 30, miembro del Vedado Tennis y del Havana Yatch Club, no sólo demostró ser un patriota y hombre de principios: gozaba, además, de mucho prestigio en su barrio, por la fraterna ayuda que prestaba a sus vecinos, no sólo en su especialidad, sino como médico general. Jamás perdió el instinto altruista que lo llevara a la medicina y al socorro de los humildes. Porque en aquel barrio de alas gachas, venido a menos, ya no moraban los encumbrados

sacarócratas y descendientes de esclavistas del siglo XIX, sino familias obreras en las mismas viviendas que alquilaban antes del triunfo de la Revolución y que la Ley de la Reforma Urbana les entregara en propiedad. Vivían también algunos marginales que, tras haberse jugado o bebido las viviendas recibidas de la Revolución, luego se refugiaron en ciudadelas y solares. Allí, los hediondos escapes del gas metano se sumaban a los miasmas emanados de las paredes rajadas, de las cloacas y sótanos heridos por el tiempo, y de los basurales cercanos, donde se amontonaban a veces durante varios días, desechos que los insuficientes servicios higiénicos del municipio veían pudrirse en las esquinas.

El doctor Bayona jamás le negó su asistencia a un enfermo necesitado de cuidados domiciliarios, aunque tuviese que caminar de madrugada varias cuadras o dejarse ingurgitar por los antros malolientes de las ciudadelas. Se lo consideraba un humanista revolucionario, y de no haberse negado en términos rotundos, sin duda alguna habría sido escogido por sus vecinos para representarlos en las Asambleas del Poder Popular.

Del prestigio de su padre derivaba en gran parte la benevolencia con que el barrio trataba al Bayo, niño bonitillo, el mejor vestido de la cuadra. Los vecinos lo cuidaban. Cuando pequeño lo llamaban para darle una golosina o le tocaban la cabeza rubia al pasar.

Salvador veneraba a su padre, que lo mimara desde muy pequeño. El doctor, como pocos hombres, sabía dar amor e inspirarlo en su hijo. Salvador lo quería más que a su madre, un ser distante y malhumorado, mayor que el doctor e incapaz de tratar a nadie con dulzura. El interés maternal de Rosario Góngora por el muchacho se expresaba sólo en su severidad y exigencia de que obtuviese buenas notas en la escuela, se bañase, comiese y se acostase a sus horas; pero desde cumplidos los seis años, Salvador no recordaba una caricia materna. En general, viniera de donde viniese, la madre lo recibía con algún regaño, por la hora de llegar, la ropa, el pelo revuelto o el mal estado de sus zapatos. Rosario era abogada y trabajaba en un bufete de la Calzada del Cerro. Católica practicante, se había ocupado también, en cuanto Salvador cumpliera los siete años, de que no faltara a misa y asistiera al catecismo del padre Anselmo en la parroquia del Sagrado Corazón de María. Después, ya tomada su primera comunión, durante varios años, Salvador comulgaría todos los domingos. Cuando fue más grande, se preguntó muchas veces si el doctor Bayona habría sido de verdad su padre. No se parecían en nada. El médico era un hombre algo obeso, cetrino, de sonrientes ojos negros, nariz pequeña y armoniosas facciones. Un hombre buen mozo, podía decirse. Salvador también lo era, pero al estilo de los Góngora, con sus pómulos prominentes, ojos algo hundidos y el esqueleto huesudo. De su madre heredó también la hosquedad, de la que comenzara a dar muestras a partir del año 70, cuando aquello.

A Rosario se la llevó una leucemia fulminante en menos de dos meses; y de ahí a poco, el doctor Bayona introdujo en su casa y en su cama a Pilar Lantigua, una vecinita de sólo diecisiete años, de la que el Bayo estaba enamorado. A ese amor, los vecinos asignaron el primer sentimiento de inquina que el Bayo albergara contra su padre; porque desde el día en que Pilar se instalara a vivir en su casa, el muchacho dejó de hablarle. Antes se desvivía por tenerla cerca; se babeaba ante la hembra pizpireta, toqueteadora, de las que te coge el brazo para hablar, o se te apoya en el hombro cuando se quita una piedrecilla del zapato; de las que no tienen empacho en seducir y calentar niños de once años.

Luego, el mal humor del Bayo se extendió a los jinetes. Sólo se mostraba ecuánime con el Nitro, quien por instinto solidario no se le despegara durante las vacaciones del 70, cuando ambos terminaban su cuarto grado de primaria.

A poco de morir Rosario, el doctor Bayona, en otro gesto de solidaridad, cedió uno de los cuartos de su casona a un tal Quiqui, mulato altísimo, buen mozo e indisimulado gay. Mocetón de 35 años, ex voleyvolista de la selección provincial y graduado en la Escuela de Alta Cocina del Hotel Sevilla, Quiqui se desempeñaba como segundo chef de un restaurante en Varadero, donde trabajaba turnos de quince horas diarias, en semanas alternas. De modo que cuando estaba libre, pasaba siete días en La Habana, y desde hacía un tiempo, con serios problemas de albergue. La intención del doctor Bayona, según Pilar informara al barrio, era que Quiqui la ayudara en los mandados y limpieza de la enorme casona, con sus dos plantas, seis cuartos, tres baños, sala, saleta, comedor, cocina, portal y dos patios; y sobre todo, que le enseñara a cocinar fino.

—Porque yo, chica, nunca cociné en casa de mi mamá, y lo único que sé es sancochar arroz y frijoles, freír huevos y va que chifla^[48].

El doctor Bayona, un gourmet a quien la difunta Rosario martirizara durante quince años con su ineptia, *fast food* y falta de imaginación culinaria, pensó que con Quiqui, Pilar podría aprender a prepararle algunos platos muy elaborados, de los que él consumiera en su infancia y adolescencia. De modo que Quiqui, tras acondicionar y pintar una de las cuatro habitaciones desocupadas de la planta alta resultaba, a juicio de todo el vecindario y la propia Pilar, una valiosa adquisición.

Salvador tenía once años cuando desertara de los otros jinetes. Al atribuir su nefasta y repentina transformación al amancebamiento del padre con Pilar, el barrio acertaba a medias, o mejor calculado, quizás acertara en una centésima. Sólo el Nitro conocería las otras noventa y nueve centésimas de la verdadera causa, que jamás reveló.

Una tarde en que de una acera a la otra, el Nitro pichaba^[49] para el Bayo, cácher^[50] y primer bate en los Bárbaros Rojos, se les fue una bola por encima de una tapia. Al encaramarse a un murito para recogerla, un vecino que los observaba desde

lo alto le gritó al Bayo:

—Cayó en el patio de tu casa, Salvador.

En efecto, tras rebotar en lo alto de un muro y encaminarse por un alero en pendiente, la bola cayó en el patio de tierra del doctor Bayona.

Como los muchachos se hallaban más cerca de la bola desde San Pablo, en vez de dar vuelta a la manzana y entrar por la puerta de la calle opuesta, pidieron permiso a un conocido para brincar desde su patio, colindante con el de Bayona.

Aquél fue el instante más horrible en la vida del Bayo. Junto al cobertizo donde se guardaban herramientas y otros trastos le pareció oír voces, y al abrir la puerta seguido del Nitro, se encontraron al doctor Bayona de rodillas sobre un cojín, con el falo del Quiqui en una mano, en plena felación. Al verse sorprendido, el doctor Bayona bajó la cabeza y comenzó a llorar.

Desde ese instante, el Bayo odió y despreció a su padre. Y nunca le perdonó al Nitro haber sido testigo de su infinita vergüenza.

El pobre doctor Bayona, que no podía explicar a su hijito amado los misterios del alma humana, ni la bioquímica de las hormonas, ni las desconocidas determinantes de su bisexualidad, lloró varios días seguidos y se ausentó de la casa durante una semana, so pretexto de un viaje al interior. El Quiqui desapareció de la casa y del barrio para siempre. Pilar se olió algo raro, pero nunca supo explicárselo.

Cuando el doctor regresó a la casa, ojeroso, demacrado, ni siquiera intentó un acercamiento, y mucho menos un diálogo con su hijo. El muchacho, enmudecido, lo miraba con furia. Los pocos momentos que pasaba en su cuarto, ponía el cerrojo y no abría ni contestaba a los llamados. Comía de noche, furtivamente, lo que Pilar le dejaba sobre la mesa de la cocina; y al día siguiente, desde temprano, se iba a buscar distancia, a caminar por desconocidas y lejanas calles, a caminar hacia dentro de sí mismo, en busca de algún alivio a su miseria y vergüenza por lo que le hiciera su padre, y a lamentar que lo hubiese traído al mundo; y a poco terminó por refugiarse en la execración de todo lo que le enseñaran a amar y respetar en el hogar y la escuela.

En septiembre, cuando empezaron las clases, ya el Bayo no vivía en su casa. Comenzó a verse con Carlitos, un huérfano de trece años, nacido y criado en la ciudadela del Canal. Carlitos, dos años mayor que Salvador y también desertor de la primaria, merodeaba siempre lejos del barrio, para que el CDR^[51] y el policía jefe del sector no le fastidiaran la vida. Robaba lo que podía para comer y vestirse, y dormía donde lo cogiera la noche. A su lado, el Bayo sintió que aquella diaria lucha por la supervivencia, la inmediatez de aplacar el hambre, el sueño, lo ayudaban a olvidar.

Las ganas de morir que sintiera todos los días durante varios meses, lo convirtieron también en un peleador encarnizado. Descubrió que dar y sobre todo recibir golpes, actuaba como un notable sedante. Ganara o perdiera, después se sentía

mejor. Así, como bronquero sistemático, se ganó el respeto de Carlitos y demás vagabundos de su edad con los que se fue relacionando.

Ya en el mes de noviembre, el Bayo y Carlitos dominaban ciertos trucos para introducirse en lugares donde veían ropa tendida o cualquier objeto robable; y mientras el uno entretenía al ama de casa o al empleado de un negocio, el otro consumaba la fechoría. La celebración de estas cotidianas trastadas le devolvieron su risa al Bayo. Fueron sus primeras alegrías después de aquello.

Por indicaciones de Ganzúa, un caco patibulario y reincidente, morador del Canal, el Bayo fue pieza fundamental de un robo tripartito en un apartamento cuyos dueños pasaban vacaciones en Santa María del Mar. Mediante una escalada suicida hasta un tercer piso, el Bayo se coló de madrugada por una ventana de baño y abrió la entrada a sus cómplices. Sin que la guardia del CDR notara nada, se llevaron un televisor, una grabadora y muchísima ropa. Según el acuerdo, al Bayo le tocaron 600 pesos y a Carlitos 300; y con 500 que reunieron a medias, pagaron un año de arriendo en una mínima barbacoa^[52] del Batey, hueco fétido donde sólo se podía andar a gatas; y a poco de ocuparlo, sin saber cómo ni por qué, un día de mucho frío, el Bayo sintió deseos de masturbar a Carlitos, que no puso reparos. Desde ese día se alternaron en ambas funciones del amor.

Al descubrir que se excitaba con el recuerdo de su padre arrodillado ante Quiqui, Salvador se aceptó sin resistencia alguna como otro cochino vicioso, hijo de tal palo; y al poseer a Carlitos o entregársele, se imbuía de una amalgama de odio y lujuria que jamás intentaría explicarse.

Antes de cumplir los quince años, el Bayo era un delincuente irredimible. En noviembre del 73, de consuno con sus nuevos amigotes del Canal, desvalijó la casa de su padre, que conservaba joyas de sus antepasados y otros valores. Cuando lo capturaron, unos dos meses después, fue enviado a una correccional de menores, de la que se fugó en la Nochebuena del 74; y en la madrugada de la Navidad, violentó una ventana de su casa y atacó al padre con un bate de béisbol. Le partió una clavícula y dos costillas.

Condenado a dos años en abril de 1975, permaneció en la Cárcel de Menores hasta marzo del 77, en que cumpliera los 18; y cuatro años después, un robo con violencia lo condenó a pasar completos el 81 y 82 en el Combinado del Este.

Su estancia más prolongada en la cárcel transcurrió en Matanzas, entre los años 84 y 92, por homicidio culposo. Le salieron quince años, pero cumplió sólo ocho, por buena conducta.

Tres años después, en septiembre del 95, por proxenetismo y lesiones a una mujer, reingresó al Combinado. Al recuperar su libertad en abril del 97, recién cumplidos los 37, su permanencia tras las rejas sumaba ya quince años.

El Bayo habría preferido no regresar al Cerro, pero muerto su padre, y él sin

vivienda, decidió pelear un espacio en la casa donde naciera, que ya no le correspondía por ley. Pero se sabía un sujeto temible, con quien nadie deseaba convivir y mucho menos enfrentarse. Ésa fue su carta de triunfo.

Pilar, la joven barragana y viuda de su padre, ocupaba la casona. Con ella vivía su nuevo marido, su mamá y dos hermanos adultos, ambos casados y con hijos. Pero cuando el Bayo les planteó el reclamo, con su escualidez de patíbulo, ojos hundidos, cicatriz en la mejilla huesuda, dientes de oro, accedieron a desocupar dos de los seis cuartos, más un baño y un tercio del patio trasero; y para no tener ni que ver al maleante, le costearon la construcción de una pequeña cocina al fondo y levantaron una pared divisoria.

En mayo del 97, a los pocos días de su regreso al barrio, el Bayo se encontró con el Bebo y el Mon. Los vio apearse de una camioneta roja, marca Toyota. Se saludaron e intercambiaron un diálogo rápido, sin preguntas.

—Coño, el Bebo, para ti no pasan los años.

—Tú sabes que yo me cuido, Bayo.

—Sí, chico, vaya; que te veo de lo más bien; y el Mon, ni se diga —comentó el Bayo mientras acariciaba un guardafango de la camioneta—. ¿Te sacaste la lotería, man?

—No, pero me saqué una japonesa...

—Coño, asere^[53], felicidades...

El cubaneo es un buen recurso para no abordar temas engorrosos; porque desde luego, entre ellos no subsistían ni cenizas de la antigua amistad. Muy bien que lo sabía el Bayo. A su juicio, bastante hacían los jinetes con no negarle el saludo. No podían negárselo. El Bebo y el Mon cumplían con las leyes del barrio bravo. En el Cerro, dos graduados universitarios, aun militantes del Partido, no le niegan el saludo a un amigo de la infancia recién salido de la cárcel. Es uno de los misterios de la tolerancia cubana.

De todos modos, el ex recluso Salvador Bayona y Góngora traía el propósito de vivir en paz con el barrio. Saludar al vecindario no costaba nada, y con mayor razón a los que fueran sus inseparables amigos. Ya no le importaba un pito si el Nitro les había contado o no lo que vieran juntos aquella tarde. Procuraría también, para evitarse fricciones con la policía del barrio, no delinquir en sus proximidades; no meterse en negocios, robos, ni compraventas ilegales; no relacionarse con putas, ni chulos ni con los gerifaltes de la pringue local. También le sería fácil, porque desde mediados de los 80, su centro de operaciones ya no era el Cerro, sino el Cotorro y San Antonio de Padua.

7. La noche del apagón

El primero de junio del 95, el Bebo obtuvo, en el Hospital Fajardo, dos semanas de licencia que pasó completas en Cuchufli Arriba. En cuanto llegó, hizo que la mujer de Jacinto le enseñara a preparar el dulce de bagatelas. Decidido a un gran acopio, se hizo acompañar por Manolo hasta el Vado de las Yeguas, donde cargó cinco mulas hasta los topes. Así consiguió preparar y acopiar 70 libras de dulce con las que regresó a La Habana dispuesto a experimentar sobre su persona.

Según el relato del viejo Zacarías sobre su primera crisis priápica, él habría estado consumiendo durante más de un mes, un par de tazones por día. El Bebo calculó media libra diaria; y ya en La Habana, en su doble función de experimentador y cobayo, se sometió a una dosis diaria de 240 gramos, en tres tandas diarias de 80: al desayuno, almuerzo y cena.

El 25 de junio, cuando sólo llevaba ocho días con aquel tratamiento, comenzó a sentir el primer efecto insólito: su erección matinal resultaba más turgente y cada día más pertinaz.

De conformidad con su protocolo de experimentación, el Bebo se abstuvo de copular durante cuarenta y cinco días. Quería dar tiempo a que la presunta droga de depósito le permitiera afirmar o negar sin duda posible, si el dulce inducía efectos inequívocos, significativos en su conducta sexual.

El 3 de agosto, a los cincuenta y un días de iniciado el consumo diario del dulce de bagatelas, tras una eyaculación normal, el Bebo notó que el miembro se le mantenía erecto y con excelente turgencia. Aquello lo estimuló a proseguir la cópula sin interrupción. A los diez minutos fingió un segundo orgasmo y poco después un tercero. En total, alcanzó a copular durante veinticinco minutos sin desmontarse.

Jamás le había sucedido algo semejante.

A su pareja tampoco. Ella, mujer lenta a quien él solía satisfacer a posteriori con sus artes orales, al sentir aquella duradera y férrea penetración, lo acompañó al final con un auténtico orgasmo, de estremecido vientre, ojos estrábicos y rugidos de lujuria satisfecha.

Al cabo de los diez días siguientes, en que el Bebo aumentara su dosis del dulce a 350 gramos, tuvo en efecto una erección patológica que como persistiese al cabo de tres dolorosas horas, él mismo se interrumpió mediante drenaje lateral, con una jeringuilla. Hubo de aplicar la misma técnica que a su segundo y tercer pacientes cuchufleños.

Aliviado con el descenso peniano, el Bebo respiró hasta colmar los pulmones. Pero lo que le colmó de satisfacción hasta el último alvéolo fue la certidumbre de haber efectuado un descubrimiento científico de inenarrable futuro. Muy pronto, Cuba produciría su propio VIAGRA; y los descreídos humoristas del Departamento

de Personal, en Salud Pública, ya verían lo que él había averiguado gracias a los pitos enhiestos de Cuchufli Arriba.

Para celebrar los 35 años del Bebo y el Mon, Noriko costó un pastel con 70 velas y cada homenajeadó hubo de soplar su respectiva mitad. Para la ocasión contrató también a un tal Julito, singular pianista que ella y sus amigos de Danza Moderna descubrieran en el bar de un hotel.

Julito no sabía leer música. Tocaba de oído y a veces era deliciosamente tramposo. Se jactaba de acompañar cualquier cosa; y nadie sabía cómo, pero cuando improvisaba acompañamientos para piezas no ensayadas, solía embarajar acordes, arpeggios y disonancias varias con las que engañaba el oído de la mayoría, pero no así el de los muy expertos.

—¡Te felicito, pibe! Sos un gángster de la armonía —le dijo una noche un tanguero argentino de paso, al que Julito acompañara en *La última curda*.

Todos celebraron el apodo que resultó indeleble, sin que Julito se molestara. Era un tipo humilde, bonachón, de unos cuarenta años, que Noriko decidiera incorporar a las fiestas de los jinetes. Para ella, la falta de un buen pianista acompañante era un fallo organizativo; y razón llevaba Noriko, porque la velada de los 35 años resultó novedosa y divertidísima gracias al Gángster. Era incansable sobre el teclado y con expresivas sonrisas y anuencias de su cabeza calva, estimulaba a cualquier mal cantante que envalentonado por los tragos, quisiera desafinar junto al piano.

En aquella ocasión, a mitad de la fiesta, el Mon estaba de lo más inspirado cantando *Yesterday*, cuando de pronto, plop, se fue la luz.

¡Coño su madre!

Hacía como dos meses que no se producían apagones en aquella cuadra.

El Gángster fue también providencial en la emergencia, porque siguió tocando y acompañando boleros viejos, cantados a coro en medio de la oscuridad y el calor de la noche de agosto.

Alguien llamó a la compañía eléctrica donde le informaron que en ese sector del Cerro, sería imposible restablecer el fluido de inmediato. Se había producido una avería muy seria que los técnicos no podrían reparar antes de por lo menos un par de horas, quizá más.

El Mon decidió entonces ir al Instituto, en Atabey, en cuyos almacenes se disponía de faroles chinos de kerosene y acumuladores con suficiente energía para echar a andar los tres ventiladores del gran salón.

—Pero pesan mucho y necesito ayuda para cargarlos en la camioneta.

—Voy yo —se ofreció el Bebo.

Cuando la Toyota desembocó frente al Hospital de la Covadonga, ambos vieron que por la otra acera de la Calzada del Cerro, todo el mundo tenía luz.

—A éstos no se les va porque están enchufados al ramal de la Covadonga —

comentó el Mon.

Unos minutos después, cuando la camioneta avanzaba por la Calzada de Puentes Grandes, el Bebo decidió esbozar un resumen de sus pesquisas en Oriente, incluido el experimento sobre sí mismo.

El Mon lo oyó sin apartar la vista de su ruta. No le hizo una sola pregunta. Al final, torció la boca en un gesto de malhumor, que el Bebo no entendió.

—¿Por qué cono no me hablaste de esto hace un par de años?

—Chico, no quería que te sintieras comprometido por pura amistad.

El Mon, jefe de un grupo investigativo en el INIB, era también miembro del Consejo Científico, donde se aprobaba la inscripción de futuras pesquisas. Como investigador joven y accesible, le llovían propuestas, hasta de sus propios colaboradores. Demasiadas quejas le había oído el Bebo, sobre los engorrosos malabares a que se veía forzado, para priorizar trabajos de interés económico nacional, a costa de desechar con frecuencia investigaciones de alto nivel teórico, pero improductivas a corto plazo. Sabía de sus piruetas para mostrarse realista y selectivo sin malquistarse con algunos. En el medio científico la gente solía ser muy quisquillosa. De modo que si el Bebo se le hubiese aparecido, dos o tres años antes, con un proyecto tan peregrino, fundado en indicios tan endebles, para el Mon habría sido más jodienda que otra cosa.

Así pensaba el Bebo; y por eso su espera, hasta tener entre manos algo concreto y prometedor.

—Repíteme las cuentas que sacaste —se limitó a pedirle el Mon.

El Bebo citó varias cifras; pero sus conclusiones fueron que durante los últimos veinte años, los 300 habitantes de Cuchufli y vecinas laderas del Pico del Cristal, habían padecido 12 casos de priapismo, incluidos los tres suyos; en tanto que los 11 millones del territorio nacional, para alcanzar ese ritmo, deberían haber producido en ese mismo lapso unos 440 000 casos; y sólo produjeron 263. Ergo: Cuchufli era 1673 veces más priapista que toda Cuba.

—Pero a lo mejor, no es exactamente así... —aventuró el Bebo—. Ya tú sabes cómo exageran los guajiros...

—Eso no importa —dijo el Mon—: En veinte años, nada más que al ritmo de los tres casos tuyos, que no son mentiras de los guajiros porque tú los trataste, la equivalencia nacional habría sido de unos 110 000 casos. Eso significaría que Cuchufli padece la enfermedad 418 veces más que toda Cuba, y semejante desproporción tampoco puede ser aleatoria.

El Bebo volvía a admirarse del Mon, de su mágica aptitud para el cálculo mental, y para caer de lleno sobre el meollo de las cosas.

Al principio, el Mon no se interesó por la patología de los tres pacientes ni por el vía crucis del Bebo en pos de un fundamento etiológico en la flora, los alimentos, las

picadas de insectos, etc. Antes procedió a acosarlo con preguntas sobre su propio experimento, a embestirlo con su manía verificadora, en pos de precisiones sobre las dosis, la duración de las erecciones matinales, el grado de turgencia durante su cópula de veinticinco minutos y los pormenores de su reciente acceso priápico. Tomó también nota mental de los intervalos en que ocurrieran las diferentes instancias del singular experimento.

Ya en su oficina de Atabey, el Mon sentó al Bebo del otro lado de su buró, le sirvió un trago de Matusalén y, con una urgencia agresiva, le pidió repetir algunos detalles. El Bebo se los dio con cierto desagrado, molesto ante su mirada de escrutadora desconfianza. Tampoco le gustó que lo interrumpiera varias veces para soltarle preguntas de mala leche; pero al verlo tan atrapado por la historia, se abstuvo de formarle bronca. Quizás actuara como quienes se pellizcan para asegurarse de no estar soñando. A lo mejor la historia le gustaba demasiado y temía esperanzarse en vano.

Cuando el Bebo le reiteró su reciente eyaculación y sucesiva cópula durante veinte minutos, el Mon parecía resistirse a creerlo.

—¿Estás seguro de que nunca te pasó que mantuvieras la erección después de un palo^[54]?

—Más de dos minutos, quizá tres, nunca en mi vida.

—¿Y la erección, después de eyacular, te duró tanto rato?

—Claro, yo tenía el reloj puesto y me tomé el tiempo.

—¿Veinte minutos?

—Para ser más preciso, cuando sentí que me aflojaba y fingí el tercer orgasmo, ya llevaba encaramado dos minutos.

—¿Y el primer orgasmo?

—Ya te dije que fue a los cuatro minutos de penetrarla.

—¿Y cuándo te empezó la erección?

—Desde que me desnudé y me metí en la cama.

—Y el prelude, ¿fue muy largo?

—Ahí no tomé el tiempo, pero calculo que fueron unos diez minutos.

—¿Así que en total, te mantuviste erecto durante los diez minutos del prelude y luego otros cinco en la templadera^[55] antes de eyacular?

—Sí.

—En total quince minutos —puntualizó el Mon—. Y después, ¿seguiste templando con erección firme otros veinte minutos?

—Así mismo fue.

El Mon alzó las cejas, sacudió la cabeza y se volvió a mirarlo de frente.

—¿Y el acceso de priapismo, cómo fue? Repítame los detalles, anda.

—Chico, muy simple: me desperté a las siete, con la erección matinal, y cuando

fui al baño no pude orinar porque no se me bajaba. Y cuando ya llevaba como una hora de erección, empezó a dolerme, más y más, y el rabo cada vez más duro. Y cuando no tuve dudas de que era un acceso de priapismo, llamé al hospital para avisar que ese día no iba a trabajar. Y a las tres horas, cuando el dolor era ya muy fuerte, me sangré. Eso es todo.

—Chico, ¿tú me juras que no te has vuelto paquetero ni loco?

Esta vez, el Bebo se empujó de un solo viaje un trago doble y respiró hondo para no mandarlo a la mierda.

—Viejo, Mon, coño, yo no te juro nada. Para eso estás tú y tus laboratorios: dales la bagatela a tus cobayos y a tus perros, ponlos a templar y averigua...

Al final, el Mon se encarnó con lo de la manifestación tricorpórea y la historia de Jacinto.

—¿Todo el pito con trombo? ¿De verdad? ¿Lo puedes asegurar?

—No jodas, Mon, ¿cómo se te ocurre dudar? Yo entonces no sabía ni mierda de priapismo, pero de trombosis sí. En eso no podía equivocarme.

El Mon cabeceó como pidiendo disculpas y cambió de tema; pero era evidente que seguía obsesionado con el asunto.

El Bebo le recordó el propósito que traían y el Mon se paró de un brinco, como si se hubiera olvidado. Pero mientras cargaban en la camioneta, uno a uno, los tres pesadísimos acumuladores, el Mon no cedía en su preguntadera.

Ya de regreso por la Avenida 51, al timón del Toyota, el Mon seguía soltando todavía alguna que otra patadita de incredulidad.

—Coño, jinete, tú nunca fuiste paquetero... Pero ¿estás seguro de que esas guajiras no te dieron alguna burundanga^[56]?

Ya llegando al Cerro, agotada su capacidad de desconfiar, el Mon se lanzó a un monólogo eufórico, aferrado otra vez a la idea central de que tan alta incidencia de priapismo en un poblado insignificante como Cuchufli no debía de ser casual.

—Y con sólo ese dato, el Consejo Científico nos tiene que oír.

¡Coño, qué bien! Si el Mon hablaba ahora en plural y mencionaba el Consejo Científico era porque ya estaba valorando obtener la anuencia de la plana mayor del Instituto para una investigación oficial.

En indetenible verborrea, el Mon se puso a conjeturar que si en tan poco tiempo como el empleado por el Bebo sobre sí mismo, se demostraba con animales de laboratorio que en efecto, el dulce de bagatela estimulaba aquella singular erección, el caso merecería una investigación a fondo; y no sólo en relación con la etiología del extraño priapismo. Quizá pudiera revelarse algún principio farmacológico, válido como poderoso estimulante de la erección. La bagatela se convertiría así en materia prima para fármacos destinados a numerosas patologías, incluida la disfunción eréctil; y conocida la permanente demanda de que gozan los estimulantes de la

erección en el mercado mundial, los dirigentes del Instituto apoyarían de inmediato una pesquisa sobre el tema.

—¿Con todos los hierros?

—Al principio, no; porque en la etapa preclínica las cosas se abordan con mucha cautela; pero si los resultados fueran buenos, nos dotarían de personal, equipos, recursos amplísimos...

—¿Y cuánto duraría esa etapa preclínica?

—Figúrate, hay que hacer primero los *screenings* fitoquímicos, aislar el principio activo, y entonces iniciar los estudios farmacocinéticos con animales de laboratorio para caracterizar la biodisponibilidad del producto; y al final, los estudios farmacodinámicos, metabólicos...

—¿Cuánto tiempo?

—Nunca menos de tres años, pero pueden ser muchos más...

—¡Cojones!

—A decir verdad, hace años que sueño con un proyecto así —le confesó el Mon, atento a los baches, al doblar en la oscura calle Santa Catalina, desde donde ya se oía el piano del Gángster y la voz inconfundible de Noriko en *Quiéreme mucho*.

—Entonces, ¿tú le ves posibilidades al...?

—En principio, sí, coño...; pero no te mandes a correr que el camino es largo y muy difícil. Por cierto ¿cuándo fue que trataste tu primer caso?

—¿A Jacinto? Fue el 14 de octubre del 89.

—¿Casi seis años ya? —Y al apearse ambos, oyeron aplausos que lo mismo podían ser para el bolero de Noriko o para ellos, los portadores de la luz.

Antes de volver a zambullirse en la fiesta, el Mon le pidió al Bebo, esta vez a la luz de la luna callejera, que esa misma noche le pasara por teléfono la bibliografía sobre priapismo ya consultada por él.

—Así, mañana temprano me voy a INFOMED y me pongo a tomar notas...

—¿Y mañana no te toca ir al Combinado? —le recordó el Bebo.

—Verdá, coño, se me había olvidado lo del Nitro.

8. Michael Jackson & Bruce Coll

Victoria Casanova, o Viqui, o Máiquel Jackson, o la Máiquel, como la llamaban en el barrio, era una mulata de piel blanca, nacida y criada en la calle San Pablo. Despampanantemente sexy, sería inexacto decir que se parecía a Michael Jackson: era idéntica. Pero el Bebo se ocupó de puntualizar que el parangón funcionaba al revés: Michael Jackson, después de adquirir su quirúrgico *new look*, lucía casi idéntico a la Máiquel; y decía casi, porque ya se hubiese querido Michael Jackson su lozanía de piel, el fulgor de sus pómulos y la sonrisa adolescente, sin arrugas en las comisuras. Nada más mirarle la boca cuando separaba un poquitico los labios, era ya una fiesta.

El padre, que comenzara a procrear pasados los 50, era un obrero torcedor de tabaco llegado al barrio en 75, tras permutar su casa del Vedado por la que entonces habitaba la familia del Bebo Lujan. Pedro Casanova amaba a sus tres hijas; pero la Máiquel, su primogénita y la niña de sus ojos, lo movía al orgullo, le inflaba la vanidad, le demostraba no haber vivido en vano. Hombre decente, militante del viejo Partido Socialista Popular, por nada del mundo se habría metido a robar tabaco para fabricar puros caseros de no haber sido por la Máiquel. En pleno Período Especial, toda la comida de su casa no alcanzaba para lo que necesitaba ella sola. Cuando cursaba, a los 15 años, la Escuela Nacional de Danza, gastaba el triple de la energía que le reponían las escasas comidas de la beca. Por eso se salió; para no aguantar hambre; y también porque de todos modos, al final de ese terrible año 92, debería abandonar la escuela. Sabía que no iba a aprobar matemáticas ni español; y en esos días se enteró de un venidero concurso en Tropicana. El cabaret promovía nuevos ingresos en su cuerpo de baile, el más afamado de Cuba por el esplendor de sus mulatas. Desde luego, al presentarse con tamaño cuerpazo y su buena formación danzaría, la Máiquel ingresó sin dificultad en septiembre del año siguiente. Pero por desgracia, también en la escuela del cabaret, la comida de los artistas tenía sabor a muy poco; y después de cada día de clases, a cual más intenso, lo que llegaba al hogar de los Casanova era un Pantagruel. El pobre tabaquero no tuvo corazón para anteponer sus principios al hambre de sus tres hijas y comenzó a robar tabaco en la fábrica. Para vivir, coño.

No obstante, la situación alimentaria de la Máiquel mejoraría después de graduarse en la escuela del cabaret, desde su estreno como miembro estable del elenco, en julio del 95. Mejoraría más aún en noviembre, cuando se enamoró del Brusco y se fue a vivir con él. Ella tenía 18 años y él 34.

El Brusco debía su apodo al escarnio y violencia que le impusiera, cuando adolescente, su aborrecido y verdadero nombre de Atanasio. Ya en secundaria, cuando en el primer pase de lista mencionaban a Atanasio Coll Banderas, sabía que

algún gracioso se burlaría del nombre y tendría que fajarse a los piñazos. De nada valieron las explicaciones de su padre, de que Atanasio significaba «inmortal», ni la homonimia con su abuelo catalán. Aquel nombre era una mierda y a él no le importaba un carajo el abuelo, ni en qué lengua de los cojones Atanasio significaba «inmortal».

Su padre no le perdonó la ofensa al abolengo y se negó a tramitar el cambio de nombre. Esto derivó en reyertas cotidianas y definitiva ruptura. A los 15 años, el muchacho desgarró de la casa y se juntó con una mujer mayor, solvente y santera, dispuesta a mantenerlo y llamarlo Bruce, como él le exigiera, a su juicio con todo derecho, por considerarse karateca como Bruce Lee, duro como Bruce Willis y ronco como Bruce Springsteen. Pero el triple argumento no convenció a ciertos recalcitrantes de San Miguel del Padrón, tipos cuatro o cinco años mayores que él y empecinados en no renunciar al disfrute de escarnecerlo. De suerte que cuando el flamante Bruce Coll regresó a la vieja barriada ya con veinte años, debió convencerlos uno a uno. Él era ahora Bruce Coll y pa la pinga^[57]. Se impuso con golpes, amenazas y navaja en mano. El más testarudo resultó un tal Huguito, un cheo^[58] guaposo^[59] de unos 27 años que no creyó en amenazas ni le importó que Bruce Coll anduviera luciendo una novia nueva por la Virgen del Camino; y como siempre, se puso a gritarle: «¡Atanasio: caga despacio!»

La puñalada al Huguito y su amplia difusión en el barrio impusieron por fin el sangreado nombre de Bruce Coll; aunque un tiempo después debería resignarse a que los reclusos del Combinado del Este le endilgasen el apocopado mote del Brusco, con que años después conociera a la Máiquel en Tropicana.

Los tres años que el Brusco pasara en el tanque, entre el 84 y el 87, lo familiarizaron con el ambiente delictivo de La Habana y le permitieron confirmar que era un tipo duro como Bruce Willis. Por supuesto lo ayudó el kárate que le inspirara Bruce Lee. Tanto lo apasionaban las películas del celeberrimo chino que entre los 15 y 20 años se las ingenió para colarse en un tatami de la universidad, donde fue disciplinado, valiente y asiduo, y logró la cinta marrón que mucho le sirviera en el tanque. A los pocos días de su ingreso, cuando un preso veterano intentara mayorearlo y cobrarle su condición de novato, el tipo recibió a la vista de todos una soberana patada en la cara y terminó con un brazo partido. El kárate, pese a su tierna edad de 21 años, le deparó la simpatía de uno de los mandantes más duros del Combinado, con lo que resultara intocable para el resto de la población carcelaria.

Un año después de recobrar su libertad, el Brusco levantó un capitalito mediante el robo y venta de carne vacuna destinada a hoteles y restaurantes del Estado, y con él empezó a bancar bolita^[60] en su barriada nativa de San Miguel del Padrón. Para que le respetaran su zona, hasta entonces exclusiva del Nene, un bolitero^[61] viejo, el Brusco tuvo que exponer su vida; pero al final se salió con la suya.

En el 95, cuando conoció a la Máiquel, el Brusco se paseaba con su chofer y un guardaespaldas, en un Cadillac del 58 que su abundante dinero le permitía mantener impecable, como si fuera un modelo del año y no le hubieran pasado por encima los 36 de la Revolución.

La Máiquel se sintió atraída por aquel blanco alto, flaco, de rasgos duros, con una cicatriz de arma blanca en un pómulo. Le resultaba viril, dinámico, y a juzgar por la primera noche en un cabaret, de una encantadora solvencia. Además, cosa que toda mujer agradece, el Brusco la había hecho reír durante toda la velada; y como bailaror de salón, nada tenía que envidiar a los profesionales.

Al día siguiente, un domingo, la Máiquel aceptó pasarse la tarde con él y otra pareja amiga en la piscina del Hotel Comodoro. A bordo de aquel carrazo, con su bocina musical y el aroma de un exótico ambientador, la Máiquel se sentía un personaje de película. Le fascinó también que Bruce fuera pescador submarino y eximio surfeador.

Su maniática adhesión a todo lo que proviniese de Estados Unidos lo había inducido a comprarse un shampoo que le aclaraba el pelo para lucir más rubio todavía; a intercalar muchas expresiones en inglés, como *never mind, take it easy, man*, y siempre que cerraba un trato comentaba, aunque nadie lo entendiera, *okay, it's a deal*; o se ponía pulóveres agresivos con la bandera y el águila gringa; o con propagandas a favor de la US ARMY, la US NAVY; y adoptaba cuanta moda o costumbre lo vinculase al American Way of Life.

Otra película norteamericana, sobre pandillas de motociclistas y surfeadores en California, lo aficionó a los deportes náuticos, en los que invirtió considerables sumas para pertrecharse de equipos. Poseía acualones, un traje isotérmico, un torpedo, varias tablas de surf y todo lo necesario para la pesca submarina.

Aparte de su vocación por el mar y los deportes náuticos, el Brusco, especulador al fin, se servía de ellos en casi todos sus proyectos de seducción. El segundo día con una hembra que le gustase mucho, transcurría casi siempre en alguno de los hoteles de Miramar donde, generosas propinas mediante, los piscineros le guardaban sus tablas de surf, equipos de buceo y pesca submarina. En el caso de la Máiquel, a quien deseó desde que la viera por primera vez de espaldas, descontaba el impacto que le produciría aquel deporte tan peliculero y con tanto swing moderno. Muchas cubanitas de 18 años, criadas en el Cerro, hijas de obreros, no resisten que les enfilen los cañones de la seducción con semejante artillería made in USA.

A la Máiquel, apta para el equilibrio y las contorsiones como cualquier bailarina de escuela, le resultó facilísimo aprender a surfear con vela. El primer sorprendido fue el Brusco; y muy vanidoso de su conquista, comenzó a exhibirla ante sus amistades. A las pocas semanas de práctica, cuando aquella mulata monumental, en un bikini casi invisible, surcaba pirueteando sobre una tabla velera las orillas de Santa

María del Mar, Guanabo, Varadero, o se exhibía frente al mismo Malecón de La Habana, o ante los hoteles de turismo en las costas de Miramar, nadie, bañista o mirón, extranjero o nacional, madre o padre al cuidado de niños pequeños, tenía ojos para nada que no fuesen aquellas altas nalgas, piernas y cintura alucinantes, en su contrapunto con la vela y el viento.

Pero más que el surf y la pesca submarina; más que el dinero gastado por el Brusco a manos llenas para halagarla en buenos hoteles, restaurantes y cabarets, lo que le inspiró confianza en él fue su religiosidad.

Desde el primer día, el collar de cuentas blancas que llevaba al cuello, le revelaba ser hijo de Obbatalá^[62].

—Hijo de Oddúa^[63] con asentamiento en Obbatalá —le aclaró él.

Aparte de su desprendimiento al colmarla de placeres y regalos, ella recibiría poco después, como prueba de amoroso interés por sus cosas, la oferta de costearle el santo^[64] que ella tanto anhelaba hacerse.

Victoria Casanova era hija de Ochún^[65] y lo sabía desde que recibiera los guerreros^[66]; pero sabía también que su padre comunista nunca le aprobaría la hechura de un santo; ni sus desgarnecidos bolsillos podrían solventar la onerosa ceremonia.

Así llegaría el día en que, rendida de gratitud por Bruce, Máiquel Jackson pudo hacer su santo. San Miguel del Padrón no había visto en sus predios un Ochún tan fastuoso, ni un bembé tan lucido como el suyo.

Durante los inicios de aquella relación, ella se sintió muy bien; pero llegó el momento en que el Brusco comenzó a maltratarla sin motivos. Al recibir su cuarta golpiza, permaneció tres semanas encerrada. Con los ojos negros y moretones en la cara, no podía presentarse en su casa; y su prolongada ausencia de los escenarios, sin causa justificada, le costó la baja de Tropicana.

Por fin, un día recogió sus petates y huyó del monstruo sádico para refugiarse con su padre y hermanas. Pero el Brusco la echó de menos y se propuso recobrarla.

Al día siguiente la acechó desde un carro hasta verla salir. Cuando pasó cerca, le puso un puñal en el cuello y amenazó con degollarla, a ella y sus hermanas, si no montaba con él para oírle unas palabras.

Ella accedió espantada y el Brusco la condujo a un lugar solitario frente al mar donde, enmudecida, imploró la salvaguarda de Ochún y el favor de Yemayá. Pero el Brusco, en un convincente acto de contrición y propósito de enmienda, juró no volver a golpearla. Al verlo llorar con tan sincero arrepentimiento en la mirada, ella le creyó y esa noche durmieron juntos. Luego compartieron un nuevo período de fiestas, playas y vida apacible, hasta que una noche, enfurecido por un severo fracaso en sus negocios, el Brusco volvió a golpearla; y pese a la sinceridad de sus promesas, siguió maltratándola.

En junio del 97, cuando iban a cumplirse dos años de convivencia, la Máiquel lo odiaba, y no sólo por su sadismo y abusos, sino por haberle arruinado su carrera.

Una noche, tras soportar otra golpiza, ella comenzó a recoger sus cosas para intentar una nueva fuga. El Brusco se lo olió y al regresar temprano la sorprendió in fraganti.

Tras cogerla de los pelos, dio en desnudarla y besuquearla para luego pasarle la punta de su navaja por las mejillas, los senos, el pubis y amenazarla con un susurro alcohólico:

—Yo te quiero mucho, nena, pero si te me vuelves a escapar, te voy a hacer picadillo esa carita de Máiquel Jackson. —Pronunció el nombre con su mejor acento gringo. El contraste entre su sonrisa glacial y el fervor demente con que se besara los dedos en cruz, paralizó a Victoria.

Pasaron tres meses más de total sumisión. Para acabar de humillarla, el Brusco se consiguió otra mujer, una tal Sandra, y la instaló en un cuarto de la misma calle, a unos 200 metros. Era su nueva compañera de fiestas, surf y pesca submarina; y mientras él se divertía con la otra, la Máiquel debía mantenerse en la casa, lavar, planchar, cocinar y dejarse usar de madrugada, cuando él regresaba borracho.

Victoria comenzó entonces a revolver dos ideas obsesivas: matarse o matar al Brusco.

9. Un lince, el profe

El científico Ramón Barona y Alcázar, investigador, profesor, máster y doctor en Ciencias, debía desconfiar del médico Mario Lujan y Torralba. El relato de su estancia en la Sierra del Cristal, y del experimento sobre sí mismo con el dulce de bagatela, olía a mucha fantasía; pero el Mon no podía dudar del Bebo. De su cordura, imposible dudar. Lo conocía desde la infancia. Nada le permitía tampoco dudar de su honestidad. Mucho menos en materia sexual.

Una vez en que alguien alardeara de sus proezas repetitivas con una novia nueva, los demás jinetes y otros adolescentes del barrio, por no ser menos, también se pusieron a exagerar, que si cinco, que si siete, que si once en una tarde. Al Mon le vino de pronto, como si lo estuviera viendo, la imagen del Bebo al confesar con una mueca de desconsuelo su incapacidad de repetir siquiera una vez, de no mediar una prolongada pausa.

—Uno y va que chifla.

Ante las miradas compasivas de los jinetes y demás repetidores alardosos, todos alrededor de los 18 años, el Bebo declaró que para alcanzar una segunda erección, aunque fuera con la mejor hembra del mundo, él debía dejar pasar como una hora. Nadie en el barrio podría acusarlo de mentiroso ni farolero; y a juzgar por su comportamiento de los últimos meses, tampoco daba señales que indicasen algún reciente deterioro mental o moral.

¿El Bebo echarle mentiras a él, un jinete, su amigo de siempre?

Ni hablar.

Tampoco era dado a las bromas pesadas. Imposible atribuirle la irresponsabilidad de poner en ridículo a su amigo de la infancia ante las autoridades del Instituto; ni de ilusionarlo con el sueño científico de crear un día el VIAGRA cubano. Porque broma va, broma viene, ése constituía el principal objetivo del proyecto que entusiasmara al Mon.

La noche del apagón, cuando él conducía la camioneta y el Bebo, con absoluta seriedad, le refería lo de sus récords sexuales gracias al dulce de bagatela, el Mon llegó a dudar del amigo; y hasta desatendió el timón sobre la sinuosa Calzada de Puentes Grandes, por volverse varias veces a mirarlo de frente, en busca de algún síntoma de demencia repentina.

Luego, convencido ya, su fe en la veracidad del Bebo era lo único con que él contaba; pero mucho se temía que a punta de fe en su amigo, no pudiese interesar al director del Instituto; y menos todavía a algunos cincuentones del Consejo Científico. Sin barajar ninguna prueba, hasta se burlarían de él. En particular el sarcástico doctor Contreras, que para honrar su apellido jamás apoyara un proyecto sin primero bombardearlo con un surtido de objeciones. El hijueputa destilaba una perversa

envidia contra la gente joven. Lo espantaba el talento.

Para sorpresa del Mon, cuando con mucha cautela le esbozara el caso al director, el hombre reaccionó con un sospechoso entusiasmo; y fue él quien propuso la reunión del Consejo Científico.

En guardia contra la metralla graneada de Contreras y sus dos incondicionales tracatanes^[67] del Consejo Científico, el Mon confesó de entrada su total carencia de argumentos objetivos.

—Lo único con que cuento, profe —dijo al director—, es mi fe absoluta en la palabra del doctor Lujan.

—Pues yo cuento con mi propia fe en su racionalidad, Barona.

Y le propuso no convocar por el momento al Santo Oficio.

—Obviamente, si llegamos con las manos vacías los inquisidores no nos van a aprobar el proyecto.

El Mon no creía lo que estaba oyendo.

¿No nos van a aprobar el proyecto? ¿Eso había dicho?

En boca del profe, aquel «Santo Oficio» y el «nos» sonaban a entusiasmo.

¿Significarían su anuencia inmediata a una investigación que el Mon ni siquiera alcanzara todavía a proponerle?

De ser así, pretendía constituirse desde el inicio en uno de los padrinos del proyecto.

Genial, increíble.

Como director del Instituto, el doctor Álvaro Nin y Valdivia, si bien no era un Contreras como los inquisidores, adolecía de una enfermiza prudencia e incapacidad para asumir riesgos.

No era mala persona, el profe; y aparte de ser un genetista de indiscutido talento y mérito internacional, respetaba a los jóvenes y no era envidioso; pero en materia de asignar recursos para un proyecto, su pusilanimidad lo acercaba mucho más a Contreras que a la gente joven. No en vano los miembros del grupo científico que presidía el Mon, lo llamaban el Doctor Pendejísimum, quien como tal, jamás habría desmerecido en público a Contreras y los suyos con el mote de inquisidores. Pero ahora, cosa insólita, era obvio que aludía a ellos... ¿A quién si no? Y eso significaba a las claras que el profe ya estaba alineado junto al Mon y su proyecto.

—Vamos a no levantar la paloma y hacer las cosas callados.

«Vamos», otra vez aquel plural alentador.

—¿Usted dispone de medios para trasladarse por tierra a Oriente?

Bien sabía el muy cabrón que sí; que él contaba con la Toyota de Noriko.

—Bien: le propongo que se tome una semana de vacaciones y se vaya con ese doctor...

—Mario Lujan Torralba.

—Eso, con el doctor Lujan y con el ingeniero Fermín Feria a acopiar toda la información posible sobre las plantas...

Buena idea la del profe. Fermín Feria era un botánico considerado el mejor taxonomista joven del país...

—Como usted comprenderá, Barona, a los inquisidores no podemos caerles con las manos vacías.

El doctor Pendejísimus dijo entonces algo insólito, que el Mon no se esperaba:

—Hasta que podamos concluir por lo menos la etapa etnobotánica de la investigación, debemos actuar con nuestros recursos, a modo de trabajo voluntario, sin comprometer inversiones del Instituto.

Un lince, el profe.

De entrada captó los filos del proyecto. Figúrate, un VIAGRA cubano obtenido de la bagatela. Filo, contrafilo y punta; pero captó también la urgencia de terminar la fase etnobotánica antes de inscribir el proyecto como investigación oficial. Además, era oportuno acumular por lo menos algunos resultados fitoquímicos o farmacodinámicos, y sin mayor inversión de recursos. De lo contrario, sobre la sola fe de un farmacólogo joven en lo referido por un médico rural, el proyecto resultaría muy vulnerable. Pero ya con algunos resultados científicos en la mano, hasta Contreras se vería obligado a aceptar su inmediata admisión. Un cabrón el Pendejísimus, que por cierto, en esta ocasión se mostraba como un espadachín de la ciencia, dispuesto a batirse junto a los jóvenes.

¿No sería impotente el Profe?

¿Qué edad tendría? ¿Sesenta? ¿Sesenticinco?

A lo mejor ya no funcionaba bien y lo entusiasmaba la perspectiva de producir su propio VIAGRA.

¿Qué edad tendría la bella mujer del profe?

No más de treinta y ocho o cuarenta.

—Prepare el viaje a Oriente cuanto antes, porque p'ayer es tarde —le dijo el profe al despedirlo con un efusivo apretón de manos en la puerta de su despacho.

Sí; no debía descartarse que el insólito entusiasmo y el afán por hacer las cosas cuanto antes estuvieran asociados a alguna disfunción del profe.

Tortuosos eran a veces los caminos de la ciencia.

10. Buenas noticias

El 12 de agosto, el Mon llevó los cinco tomos de la edición cubana de *Los miserables* que Narciso pidiera, más 30 cajetillas de cigarros y una cesta llena de los mismos manjares servidos la víspera en la fiesta del apagón.

También el Nitro apreciaba la cocina de Esperanza. Lo apasionaba el kimbombó; y para frituras de malanga no tenía fondo.

Aparte de turnarse en llevarle alimentos, libros, cigarros y noticias del barrio, los dos jinetes le llevaban cariño y la confirmación de su amistad.

No obstante, según pasaban los años, la comunicación entre el Mon y Narciso se tornaba cada vez más escabrosa. Ya no hallaban de qué hablar. El negro repudiaba el ateísmo del Mon. Aunque nunca intentara catequizarlo, vivía convencido de que todo ateo es un ciego y un come-mierda; y como creyente, se cuestionaba el saber científico y la inteligencia de quien ha elegido vivir en la oscuridad. No creer era una locura que sólo se le ocurría a gente despistada, sin sentido práctico de la vida, como muchos intelectuales o comunistas arrebatados. Pero el Mon era un hombre, su amigo fiel y más que probado; y él, con la tolerancia que mamara desde chiquito en el barrio, no era quién para decirle al Mon lo que debía creer.

Por su parte, el Mon se horrorizaba de que hoy día, miles de cubanos, negros, mulatos, blancos, entre ellos algunos universitarios, invirtieran a veces su salario de un año entero en homenajes y ofrendas a sus santos, para obtener escudo y favor en sus empresas de amor, odio y dinero.

Le roncaba el mango^[68], chico, que hoy, en que se enviaban autómatas teledirigidos a recoger piedritas en la Luna y Marte, y se construían otros, capaces de millones de operaciones por segundo, un universitario, médico, licenciado en Física, en Química, como algunos conocidos del Mon, obedecieran a la hermenéutica de un babalao^[69], y a los mensajes de Orula^[70], de parte de Changó^[71] o Yemayá, divinidades creadas hace muchos siglos por el alma popular africana. Sí señor, le roncaba el mango.

Desde que el Mon regresara del Japón y se convirtiera en un personaje muy ocupado, los encuentros con Narciso ocurrían siempre dentro de un medio festivo. El Mon bailaba rumba, tocaba bien las claves y era afinado al cantar. Conocía de memoria el repertorio yoruba^[72] de Narciso, incluso las canciones votivas, aprendidas desde la infancia en los solares del barrio y en casa de su abuelo negro, babalao por cierto. Pero hacía ya varios años que los encuentros a solas con Narciso, sin música y en sobriedad, le resultaban incómodos. No encontraba temas de conversación que interesaran a un abacué con sólo siete grados de educación. Todo lo que abordaban se hacía muy forzado. Los diálogos terminaban en monosílabos y pretextos para una rápida despedida. Pero en aquella ocasión, el encuentro resultó

ameno y el tiempo pasó sin tropiezos. Cuando el Mon le contó, con gran reserva y la advertencia de no comentarlo con nadie, lo que el Bebo descubriera en Oriente, Narciso lo oyó embelesado. Hasta ese momento desconocía la existencia de semejante enfermedad.

—¿Priapi qué? ¿Cómo? Repíteme, anda, a ver si me lo aprendo.

Mientras oía al Mon, se reía incrédulo y se daba palmadas en los muslos.

—¡Coño, chico! ¿Y qué hay que hacer pa enfermarse d'eso?

El Mon le habló del proyecto ya diseñado para experimentar primero con ratones, perros y otros animales de laboratorio, hasta concluir con monos y seres humanos. Le describió algunos de los complejos equipos y las funciones que realizaban.

Qué maravilla. Narciso lo oía boquiabierto. Pensar que mientras unos daban pico y pala, otros se ganaban la vida estudiando la singadera^[73] de ratones y perros.

Cuando faltaban diez minutos para el término de la visita, el Mon le soltó la noticia bomba: unos días antes, un abogado amigo del Bebo que trabajaba en el Instituto Nacional de Prisiones, consiguió averiguar que Narciso saldría en libertad en julio del 97, cuando se cumpliera su octavo año de encarcelamiento. De quince que debía cumplir, sólo pagaría ocho, en atención a su buena conducta. Todavía faltaban veintitrés meses, pero el abogado daba la excarcelación por segura, aunque no se la confirmarían hasta un año antes de otorgársela.

—¿Y lo del Carnicero?

—Entendieron que actuaste por un sentimiento de justicia y no te lo van a tener en cuenta.

Un año antes, acusado de golpear a un guardia y promover una bronca tumultuaria en su pabellón, Narciso corría el riesgo de severas sanciones. Pero la comisión que estudiara el incidente dictaminó que el carcelero, por violar derechos elementales de los reclusos, era el único culpable del conato. La rebeldía de Narciso se consideró una reacción en defensa de la dignidad humana. Por tanto, no se la esgrimiría como antecedente de mala conducta al considerarse la reducción de su condena.

—¡Coño, gracias, mi hermano!

Con aquella noticia, quizá la mejor que el Nitro recibiera en su vida, su amigo acababa de regalarle siete años de libertad; porque no daba igual salir del tanque con 45 años que con 38.

SEGUNDA PARTE

11. Los inicios

En los dos años que siguieron a la revelación del Bebo, el Mon se entregó en cuerpo y alma al proyecto del VIAGRA cubano. El Bebo, aunque invitado por el Mon y la dirección del INIB a participar del proyecto, prefirió desvincularse. Tras comprender que el reclamo científico de las investigaciones excedía con mucho su nivel de aprendizaje de cirugía, así lo declaró con gran humildad y declinó la invitación. Lo único que pidió fue que lo mantuvieran al día sobre el avance del trabajo y el Mon se lo prometió. Él se encargaría personalmente. Y en efecto, a mediados de septiembre comenzó a enviarle información. Con motivo de su viaje al Vado de las Yeguas, le escribió un extenso e-mail, elaborado durante varios días:

26 de septiembre de 1995

Hola, jinete:

La verdad es que en la Toyota pudimos viajar mucho mejor que en los vehículos del Instituto. Lamentablemente tuvimos que dejarla en Pueblo Nuevo y luego remontar a pie el Río Cabonico. Es increíble que tú hayas podido caminar con tu prótesis en medio de estas lomas del carajo. Anduvimos una pila de horas y llegamos a La Zanja a media tarde.

Ahora estoy sentado en el portal de tu consultorio con mi lap top sobre las rodillas mirando estas serranías gloriosas y con ganas de no irme nunca.

Aquí, ya somos amigos de todo el mundo. Noriko y yo estamos en casa de Torriente y Fera en lo de Periquín. Mi narrita ha causado sensación por aquí. Los chamas la siguen y se acercan a mirarla como si fuera marciana. Ella dice que les va a hacer un show de mímica japonesa cuando regresemos del Vado de las Yeguas. Nos estamos preparando para salir mañana temprano. El propio Periquín se ofreció para servirnos de guía, con idea de subir después hasta Cuchufli. Ya se verá.

Por cierto, estos guajiros te adoran. Dicen que el doctor Lujan era un médico de lujo. Me llena de emoción saber que te portaste bien por aquí. En cuanto a tu sucesor, el doctor Gelasio Adad al que todo el mundo le dice doctor Adán, es un tipo cheverísimo que de entrada nos pidió que le dijéramos Chachi y armó una fiesta. Toca la guitarra, canta y echa cuentos con tremenda gracia. La gente parece muy contenta con él también.

Si algún día logramos crear el fármaco soñado, yo quisiera que se llamara OBELISCUS y así hemos empezado a llamarlo todos los integrantes del equipo. El nombre se le ocurrió al doctor Pendejísimum (por supuesto, en broma), pero a mí me encanta y ya lo impuse. Todo el mundo lo llama así, con lo cual hemos escandalizado al doctor Contreras y sus tracatanes. Pero yo voy a dar la batalla hasta el final contra

todos los comemierdas que pretendan cambiarle este nombre tan funcional.

Acaban de llegar Fermín y Noriko y nos vamos a comer en casa de tu amiga la gorda Matilde que nos preparó unos tamales. Más tarde te digo cómo estaban, pa que te mueras de envidia. Dentro de dos o tres días cuando volvamos del Vado de las Yeguas, te sigo la historia. No quiero llevarme el lap top por miedo a que se desbarranque una mula y se me joda.

28 de septiembre

Qué bolá^[74] Bebo:

Las serranías son hermosas, pero el Vado de las Yeguas es paradisíaco. Qué paisaje, compadre. Cuando uno se para en la poceta donde están las matas y mira a lo alto del farallón, con la cascada y las tinosas volando en lo alto, recibe una impresión inolvidable. Lo único que no me gustó fueron las nueve horas, cinco de ida y cuatro de vuelta, a lomo de mula. Tengo desbaratadas las nalgas y las entrepiernas y camino todo gambao^[75] como Pecos Bill. De sólo pensar en lo que anduvieron a caballo Maceo y Máximo Gómez me duele el culo. Mi narrita, más inteligente, hizo todo el viaje a pie y fue la que llegó mejor.

1 de octubre

Feria es un tipo aburrido, pero me inspira confianza científica. Dice que nunca ha visto una mata como la bagatela, y tampoco el fruto, pero anticipa, casi con seguridad, que pertenece a la familia de las anonáceas.

Te equivocaste: en total no hay 17 sino 21 matas. Feria las numeró una por una y les sacó fotos desde distintos ángulos. Lo primero que le llamó la atención fue la coloración del suelo, porque en toda la orilla derecha del río, al pie del farallón grande, y sobre todo en la poceta semicircular donde crecen las matas, la tierra es de un gris cenizo, en notorio contraste con el carmelita oscuro de la otra orilla. Y el tipo se ha pasado el día tomando fotos, muestras de la tierra gris, del leño, las hojas, raíces y frutos del árbol. Todo parece indicar que se trata de una variedad híbrida o de una mutación natural. El presume la existencia de más especímenes en la región o en algún otro lugar de Cuba, pero no descarta que éstos sean los únicos, tal como te dijera Zacarías. Ojalá no sea así, porque sin materia prima suficiente, se afectarían nuestros planes. Mañana regresaremos a La Zanja con las muestras y lo que quede de nuestras nalgas. Pasado mañana seguiremos a Pueblo Nuevo y de ahí a Mayarí, Holguín y La Habana.

2 de octubre

Tenías razón. Quizás ese color gris del suelo esté asociado a la rareza de las matas. El botánico Feria ya regresó de su segunda estancia en las lomas donde esta vez, en plan de alpinista, se puso a trepar con sogas por el farallón. Allí se encontró con que el suelo de las cuevas está repleto de guano, porque ahí viven miles de murciélagos. Según él, la extraña coloración gris de la tierra se debe a la caída del guano sobre la poceta, cuando las lluvias de viento norte azotan el farallón.

Fermín atribuye también al guano la mutación natural de la planta. Y a estas alturas ya está seguro de que esas 21 matas son las únicas existentes en Cuba y quizás en el mundo. Todavía está esperando respuestas de un par de taxonomistas en provincias, pero ya la mayoría de los que vieron las fotos y su descripción de la planta y el fruto, no recuerdan nada parecido. En el *attachment* te incluyo la descripción preparada por Feria, para publicarse en *la Revista del Jardín Botánico Nacional*. Por cierto, ya depositó en el herbario de la Chata varios ejemplares de control y cuando la planta quede registrada oficialmente, también va a aparecer descrita en los repertorios internacionales. Eso le va a permitir cubrirse de gloria taxonómica con su *Annona verrucosa Feriae*. Como ves, se siente un Linneo y está que no le cabe un alpiste^[76]. Piensa immortalizarse estampándole su propio apellido a TU bagatela, y tú vas a padecer la misma injusticia que Colón, cuyo continente debería llamarse Cristoforia y no América. ¡Qué mierda!

Me dijo además que ahora, tras descubrir la incidencia del guano sobre el suelo, se nos abre una buena posibilidad de reproducir la planta en un vivero. Dice que en Pinar del Río, en las cuevas de los mogotes^[77], lo que sobra es guano. Ya el profe lo autorizó a crear varios en la zona de Viñales y en los alrededores de la Sierra del Rosario, muy poblada de murciélagos, donde existen fincas experimentales del Instituto. Según prevé Feria, una vez preparados los viveros no debe haber dificultad para obtener las plántulas, hacia la primavera del año próximo. Pero ahora cruza los dedos, porque lo que él no puede asegurar es que las maricas del vivero, una vez trasplantadas a las condiciones de campo sobre suelos normales, se desarrollen sin dificultad; y, sobre todo, alberga dudas de que fructifiquen. En todo caso, pronostica que esta comprobación nos impondrá una espera de un año y medio, que es la media en que fructifica el bagá silvestre, desde que asoma la plántula sobre el terreno. De modo que mientras eso no se defina, ni pensar en inscribir el proyecto oficialmente. En silencio tendrá que ser. Caballero, qué jodienda, porque si se demuestra la imposibilidad de una cosecha masiva que garantice los experimentos y sobre todo una producción sostenida en gran escala, adiós Lola, casi todo el proyecto se nos viene abajo. Cuando vayas a ver al Nitro, pídele que prenda velas a sus santos, a ver si ayudan a que no se caiga el Obeliscus, y así puedan levantarse un día algunos pitos

cansados de la Patria.

Un abrazo,
MON

Y entre septiembre del 95 y julio del 97, con devota paciencia, el Mon le fue haciendo breves y didácticos resúmenes trimestrales de sus éxitos y fracasos, que incluían las intrigas de Contreras y su gente, las incomprendiones del Ministerio de Salud Pública, el dogmatismo de quienes fiscalizaban sus prácticas de laboratorio, las trabas de algunos dirigentes fundamentalistas, la desesperante lentitud con que se iba cumpliendo la rigurosa preceptiva científica y los fastidiosos controles que se requieren para lanzar al mercado un nuevo fármaco.

Ya en abril del 96, el Mon se mostraba muy entusiasta por el éxito del botánico Fera en Pinar del Río, donde había prendido el ochenta y cuatro por ciento de las plántulas trasladadas a campo raso, lo cual aseguraría más que suficiente material de experimentación y la perspectiva de una gran producción futura a escala nacional. En mayo logró la autorización de las instituciones competentes para comenzar el *screening* fitoquímico y determinar si las bagatelas u otras anonáceas, podían actuar como droga de depósito e inductoras de la erección en pequeños roedores de laboratorio. Luego, en octubre, se explayaba sobre el exitoso trabajo que concluyera, para determinar con toda exactitud, los principios activos de la bagatela mediante cromatografía de placa delgada. Eso abría ya las puertas para que se le autorizara a iniciar la experimentación con animales superiores.

12. Fiesta de los 74 y homenaje al Nitro

—Ah, sí, muy bien, en diez minutos estamos ahí —dijo el mayor Antuña—. Vamos, negro, ya llegaron.

Aquel lunes 28 de julio, tras haber cumplido ocho años y un día, el Nitro obtuvo la libertad a las 9 de la mañana. Pero en vez de montarse a las 10 en el camión celular que habitualmente trasladaba a los reclusos liberados a La Habana, esperó por el Mon que prometiera recogerlo en su camioneta sobre las once.

El propio mayor Antuña, jefe de su pabellón, lo montó en un jeep y lo condujo hasta el enrejado portón corredizo que daba a la carretera. Allí lo despidió con un palmotazo, un apretón de manos y un amistoso «cuídate negro».

Enfrente, a los reglamentarios cincuenta metros de la puerta, el Nitro divisó al Bebo que le hacía señas junto a una camioneta. Ya más cerca, vio apearse por el lado del timón a una japonesa, evidentemente Noriko, a quien sólo conocía de oídas y por foto.

—¡Coño! —Para recibirlo, lucía un peinado japonés, como en las películas, con palitos enganchados en el moño y un kimono grueso que debía de ser insoportable fuera de la camioneta refrigerada.

El Bebo le salió al encuentro y se dieron un palmoteado abrazo. Al Nitro se le humedecieron los ojos.

Noriko, situada más atrás, no le dio la mano, ni le sonrió ni le dijo nada. Descorrió la espaciosa puerta de la Toyota y en medio de apresuradas y reverentes flexiones de cintura, agachada todo el tiempo, le hizo señas de que montara.

Desconcertado, el Nitro se volvió al Bebo.

—Monta, viejo, dale.

Los postas, que observaban desde la garita, se miraron perplejos.

El Nitro, nervioso por las reverencias de Noriko, se dio al entrar un trastazo en la frente y en vez de sentarse junto al timón se instaló en la segunda hilera de asientos, donde el tenue aroma del ambientador le dio la bienvenida a un mundo olvidado, con su olor a limpio, a bienestar, a riqueza.

Claro... Ya el Bebo le había dicho que Noriko era tremenda maceta^[78].

¿Y por qué no estaría allí el Mon? ¿Se habría enmarañado?

—Eso mismo —le confirmó el Bebo—: Le sonaron un consejo de dirección.

—Consejo maratón —amplió Noriko con su voz opaca.

Hablaba rarísimo. El Nitro no le entendió y otra vez miró al Bebo.

Cuando Noriko se enamoraba de alguna palabra la usaba a troche y moche. Ese era el caso del adjetivo «maratónico», que le oyera una vez al Mon, y desde entonces lo usaba para significar cualquier cosa demasiado extensa: trabajo maratón, ensayo maratón, película maratón.

Ya al timón del carro, se puso a decir que Narciso era un samurai bueno.

—¿Y eso?

—Tú, cárcel maratón por justicia. El Nitro no entendió ni pío y volvió a mirar al Bebo.

—Dice que pagaste una pila de años por defender una causa justa.

Qué bien la narrita, carajo.

Mientras Noriko conducía a gran velocidad hacia el túnel de La Habana, prosiguió en sus elogios al Nitro.

—Mon me dice tú abacué defendiendo muchacho gay. Eso bueno, eso alma buena, porque mucho gay buena persona, como Máximo amigo mío, ¿verdad, Bebo?

Y pasó a explicar que en Japón existían samurais malos y buenos.

—Malo vende sable a gente rica, pero samurái bueno no quiere dinero, quiere honor y justicia... Como tú lucha para pobre, lucha para débil.

Agotado el tema del Nitro samurai, Noriko se puso a hablar con el Bebo del inminente cumpleaños de los 37.

El Nitro recordó haber estado por última vez en la celebración de los 28, en agosto del 88, casi un año antes de caer preso; y absorto en el paisaje, se desentendió de Noriko y el Bebo, que valoraban si hacerle al Nitro una fiesta para él solo y luego celebrar el cumpleaños, o si era mejor homenajear al Nitro el mismo 11 de agosto como proponía el Mon.

El Nitro siguió embriagándose de olor a nuevo, de olor a muchos billetes. Mientras miraba el mar repantigado en la amplitud de aquella camioneta de ampanga^[79], pensó que si alguna vez volvía a caer en el tanque le iba a pedir al Mon que le llevara un poco de ese ambientador chévere^[80], para que su celda no oliera tanapestosa.

Qué clase de perol^[81] coño; y qué narra más chévere... El Mon, carajo... Seguía teniendo mendó^[82] pa las jebas. Y se merecía lo mejor.

Cuando la Toyota avanzaba ya por el Malecón, el Nitro sintió de pronto una repentina tristeza. La tuvo al volver a ver el monumento del Parque Maceo, su punto fijo de siempre durante los carnavales. Tuvo la sensación de haber pasado por allí la víspera para visitar a Cristina, su última novia, que ocho años atrás vivía en la calle Virtudes. Fue como si nunca se hubiese alejado de aquel Malecón que ahora encontraba igualitico, sin vestigios del tiempo transcurrido. Y entonces comprendió su tristeza: aquel Maceo ecuestre permanecería inmutable al paso de los siglos, idéntico a como él lo viera hacía ya unos 33 años, cuando su hermana Sunci lo llevara por primera vez a los carnavales. Pero él era ahora 33 años más viejo... La Habana, el Malecón y Maceo quedarían para siempre; y él, un soplo, una sombra, se iría de esta vida dentro de unos pocos años.

Menos mal que seguiría en la otra...; pero ésta, con sus mujeres, sus carnavales,

era tan linda, coño...

La Habana queda y yo me voy. Se lo repetiría todo ese día.

Al barrio regresó en triunfo. El pasillo del solar se repletó de visitas que no cabían en su cuarto. Debieron bajar al patio central donde se armó una rumba de cajón^[83] y empezó a correr el ron a pico de botella. A media tarde, sus tres alumnos del grupo Zarabanda se lo llevaron a un plante de su juego abacuá, al que ingresarán hacia ya cinco años, apadrinados por él desde la cárcel.

Por las calles del Cerro no podía andar ni media cuadra sin que alguien lo parase para reiterarle su amistad, mostrarle sus hijos crecidos y ofrecerle su casa, café recién colado, una láguer, un buchito de ron.

El habitual 11 de agosto, ese año caía en un lunes. Pero ante el inaplazable empeño de dedicarle un homenaje al Nitro, los otros dos jinetes y Noriko no acababan de ponerse de acuerdo. Pese a las variadas propuestas, ella no concebía celebrar ninguna festividad de los jinetes fuera de la casona de su adoración y sin la comida criolla de Esperanza. Por fin, el Mon dio con una solución aceptable para todos. Él y Noriko se irían de vacaciones a Varadero desde el 2 de agosto, para pasar dos semanas en una casa frente a la playa. Se convino en que el martes 5, él mismo iría en la Toyota de Noriko a buscar al Nitro, al Bebo con su novia y a la cocinera, para celebrar los 74 con una semana de adelanto. Los recogería bien temprano en la mañana. Pasarían un día de playa juntos, para luego festejar en la intimidad y con los ya imprescindibles manjares de Esperanza.

Así se hizo. Desayunaron a las diez en un hotel y a las once estaban en la playa. El sol picaba mucho. Las mujeres y el Bebo permanecieron en la casa, desde donde observaban a los otros dos jinetes jugando al fútbol en la playa. El Nitro, al cabo de ocho años a la sombra, retozaba como un niño. Cuando se metieron al agua, el Bebo se les sumó brincando en una sola pierna desde la casa, que daba sobre la misma orilla de la arena.

Tras la siesta vinieron los aperitivos, el Happy Birthday, la sopladera a cuatro pulmones de las 74 velas y la picada del cake.

Luego, Noriko anunció que el homenaje al Nitro tendría lugar el 12 de agosto; y con su formalidad nipona, le pidió permiso para invitar ese día al Gángster de la Armonía y a tres compañeros suyos...

—Por supuesto, chica, eso ni se pregunta.

Desde luego, ella se proponía contratar, como hicieran durante los dos últimos años, al grupo Zarabanda...

—Contratar nada. Ellos van a estar ahí y más na. Pa eso yo soy su ecobio^[84].

—Y dinos también con tiempo —intervino el Mon—, a quién más vas a invitar, así podemos calcular lo que haga falta pa la mesa sueca.

Los invitados del Nitro eran sólo cinco. No iba a llevar a nadie de su juego

abacué, porque con ellos ya había celebrado en un plante, el mismo día de salir en libertad. Pero en fin, ya que lo proponían ellos, al Nitro le gustaría invitar a algunas personas muy queridas.

El primero era Armandito, en cuya defensa él matara a Rompeyugos. Durante sus ocho años en el tanque, el muchacho nunca fue a verlo para que nadie lo supusiera su amante, pero no dejó pasar una visita sin enviarle cigarros, libros, comida, una notica cariñosa a través de los jinetes. Agradecido como nadie, Armandito.

—No era para menos —comentó el Mon.

—Y también quisiera invitar a Pedro Casanova.

—¿Y ése quién es?

—El tabaquero que permutó la casa con mi familia, chico —intervino el Bebo—. El padre de la Máiquel Jackson.

—Pedro Jackson, entonces —bromeó el Mon.

—Tremendo tipo —lo cortó el Nitro—. Siempre me agradeció que yo le tirara de vez en cuando un cabo cuando no tenía jama^[85] que darle a las hijas, y en ocho años tampoco dejó de mandarme nunca mi pareja de fumas^[86] así de grandes y una rueda de cigarros, y ya tú sabes... En el tanque el tabaco es oro...

Sus otros dos invitados eran Rogelio Martínez Furé, un gran conocedor de la lengua y la cultura yoruba, por quien el Nitro sentía una vieja admiración. Rogelio elogiaba sus artes de tamborero y bailarín, y no dejaba de insistir en llevárselo para el Conjunto Folclórico Nacional.

—¿Y tú no aceptaste? Te habrías paseado por el mundo, Nitro.

—Yo no tengo na que buscar fuera del Cerro, chico; y el Conjunto es más pincha^[87] que astilla^[88]; tienes que ser puntual, ir a los ensayos y el copón divino^[89]. A mí déjame mejor con mi Zarabanda, mi santería y mis rumbas que dan billetes con cojones, y además, nunca me gustó tocar pa extranjeros que no entienden ni hostia.

Los últimos invitados del Nitro eran el mayor Antuña y su hijo.

—¿Tú, invitando a un guardia? —gritó alarmado el Bebo—. No me lo creo, vaya.

—Fue el jefe de mi pabellón y conmigo se portó como un padre.

Durante la comida, salió el tema de Salvador el Bayo. Ya el Nitro sabía que tras pagar otra condena en el Combinado, había vuelto al barrio hacía unos tres meses.

—¿Y la amistad qué? —preguntó el Nitro.

—De amista naa. El saludo, dos palabras cuando nos cruzamos y ya. El es inteligente y sabe que después de lo que hizo, no puede ser amigo de nosotros.

—¿De qué cosa que hizo tú hablas?

—Coño, chico, cuando le entró a batazos al pobre doctor... ¿Te parece poco?

—Ah, sí, coño —admitió el Nitro, pensativo—. Meterle al puro^[90] no tiene perdón de Dios.

—Y sobre todo a ese puro encojonao; y con lo bien que vivía el Bayo, en la mejor

casa del barrio, ¿que necesidá tenía de meterse a fachar^[91] con la tralla^[92] esa del Canal?

El Nitro dio por sentado que el barrio seguía ignorando la bisexualidad del doctor Bayona. Descontaba que Salvador se lo callara, como era lógico; y por lo visto, Pilar nunca se enteró; o si llegó a enterarse no lo divulgó. Mejor así. No por el Bayo, que ya no era su amigo, sino por la memoria del doctor, tan buena persona, tan servicial y humano, coño.

Al final, el Nitro se dedicó a indagar sobre el proyecto del fármaco levantabrazos ese, je je, que tenían sus dos amigos; y se enteró de que en dos años, el equipo que dirigía el Mon en el Instituto Nacional de Investigaciones Biomédicas, tras aislar una sustancia muy promisoriosa según los resultados en animales, batallaba ahora ante las autoridades de Salud Pública para obtener el permiso de experimentar con animales superiores.

—Cuando llegue la hora —dijo el Nitro—, acuérdate que yo también soy un animal superior...

—¿Te prestarías para las pruebas?

—Encantado de la vida...

La broma generó un tiroteo de comentarios picantes.

El martes 12 de agosto, a eso de las seis, comenzaron a caer los invitados. El primero fue el mayor Antuña, que llegó en compañía de un hijo de 18 años, por cierto muy apuesto, con una larga melena rubia y estupenda figura. Al recibirlos en el portal, Isabelita, la hermana del Mon, tuvo la certeza de haberlo visto. El Mon les ofreció asiento y les preguntó qué iban a beber. El mayor quiso ron añejo y el muchacho, cerveza. Cuando el Mon fue a buscar las bebidas, Isabelita le dijo:

—Yo creo que ese muchacho apareció bailando hace unos días en el televisor.

—¿Bailando qué cosa?

—Ballet, en un programa que estaba presentando Alicia Alonso.

—No puede ser —le respondió el Mon, agachado de espaldas a ella, junto al refrigerador.

—¿Cómo que no puede ser? Estoy casi segura que era él, con esa melena rubia...

—No, chica, no. Ningún militar en este país tiene hijos en el ballet.

—No seas bobo, chico. ¿Tú también eres de los que se creen que esos muchachos preciosos son todos maricones?

—Yo no, pero los militares son muy cuadrados y sí se lo creen.

No obstante, picado de curiosidad, cuando regresó con las bebidas al portal, le preguntó al muchacho a boca de jarro.

—¿Tú saliste hace unos días por televisión?

—Sí, en un programa con Alicia.

Al Mon se le escapó una sonrisa y un gesto de sorpresa que el mayor captó.

—Pero no es maricón —le aclaró, mientras el muchacho fijaba la vista en el piso.

Vaya, carajo. Por lo visto, con los Antuña no se cumplía aquello del tal palo y la tal astilla. Dado el prejuicio que suponía en todo bailarín clásico un homosexual, Antuña debía ser el único militar cincuentón que tenía un hijo en el ballet. Extraño caso.

En eso se oyó el chirrido de unos frenos junto al portal.

Era el Nitro con su grupo Zarabanda, que llegaba en un camión. Con ellos venía también Pedro Casanova. «Pedro Jackson», pensó el Mon al recordar su chiste.

Casanova había ido a recogerlo con su grupo y los instrumentos, en el camión de un vecino que trabajaba en su misma fábrica de tabaco y era también amigo del Nitro; y, entre ambos, los ayudaron a bajar los tambores bata, el cajón, las cuatro tumbadoras y una bolsa donde venían las claves, el güiro y los cencerros, que trasladaron al patio del fondo. Allí era donde más tarde tendría lugar la rumba.

En eso comenzó a lloviznar. Los zarabandos, los Antuña y Casanova se instalaron a beber y picar saladitos en el gran salón, donde estaba el bar y se ofrecería la cena.

Por idea de Noriko, la mesa sueca se surtía desde una puertecita mandada a abrir en medio de una pared lateral, que permitía el acceso a la cocina a través del pasillo exterior. Fue un ingenioso recurso para poder ubicar y luego reponer los manjares desde el otro lado de la mesa, sin interferir con el movimiento del salón.

Antes de abrir la mesa, Esperanza y sus ayudantes colocaban los manjares por detrás de una pesada cortina de raso azul, cuyos grandes flecos barrían el piso. Era una rutina que les propiciaba presentar los condumios con arte, en elegantes fuentes, entre frutas decoradas y arreglos florales, a cubierto de mirones hambrientos.

Cuando todo estaba listo, Esperanza tañía tres veces la gruesa campana de un ingenio, colgada de una viga del techo; y mientras se acallaban las estremecedoras vibraciones, Noriko descorría las cortinas y presentaba las exquisiteces del día; pero en aquella ocasión, a la espera de los demás invitados, sin los cuales no sonarían los anhelados campanazos, la tertulia derivó en luctuosos trenos por las antiguas casonas del Cerro, tan míseras hoy, tan fustigadas por el tiempo; pero menudearon también los elogios a Noriko, inspirada restauradora de estucos, graciosas molduras, rosetas, zócalos, rejas, vitrales venerables.

La última vez que el Nitro estuvo en aquella casa, no existía el simpático caminito de mosaicos desde la cocina hasta la glorieta, ni el toldo verdiblanco que protegía de la llovizna al grupo, instalado ahora en el patio.

La glorieta, cuando Narciso dejara de verla ocho años antes, era una ruina intransitable. Le faltaba una de las columnas y tenía un piso de baldosas rajadas, descoloridas. Desde que él era un chama, sobre ese piso siempre hubo un cúmulo de trastos viejos y unos sacos de cemento petrificado. Ahora, la glorieta resplandecía con sus columnas de lustrosa caoba torneada, su techo de tejas nuevas, el piso de

grandes baldosas, y una mesa semicircular de caoba con su banco isomorfo, donde cabían doce personas. Pero lo que más le llamó la atención fue otro círculo de diez metros de diámetro, frente a la entrada de la glorieta. Sobre su base de cemento habían tendido otro embaldosado de losas graníticas. Era una pista de baile.

—¿Y quién viene a bailar aquí?

—Hasta ahora nadie.

—¿Y entonces?

—La mandamos hacer pa que tú la estrenaras —dijo el Mon—, y hoy es cuando es.

Al Nitro, sentimental como era, se le endureció la nuez y tragó en seco.

A las siete y media llegaron el Bebo y Sonia, su octava novia en dos años. Se trataba esta vez de una negra psicóloga.

«Negra de salir^[93]», pensó el Nitro al verla: cintura estrecha, nalgas inquietantes, piernas de Miss Universo con nerviosos hoyuelos en las corvas y tobillos. Vestía con descuidada elegancia una camisa de hombre y una discreta minifalda. Calzaba zapatos de gamuza sin tacón.

Por encargo de Noriko, el Bebo había recogido también a sus amigos el Gángster de la Armonía, el escenógrafo Máximo, y Raquel, la vestuarista de Danza Moderna.

Entre los contertulios, apretujados de nuevo en el salón, hubo todavía una buena media hora de coloquios dispersos; pero al cesar la lluvia, algunos se reordenaron en el portal; otros de pie junto a la generosa barra abierta, atendida por Isabelita y varias invitadas jóvenes del barrio.

Luego, a pedido del Bebo, Noriko brindó su celebrado espectáculo de mímica; y para terminar, se acompañó con guitarra una canción tradicional japonesa dedicada al Nitro. Como era de esperar, el Nitro cantó un bolero de los años 50. El Gángster, sorprendido por la afinación y calidez interpretativa de aquel negro rumbero, declaró que como bolerista bien podía hombrearse con los mejores de Cuba.

Llegada la hora de inaugurar la mesa sueca, el Mon preguntó al Nitro si no prefería esperar a sus dos invitados faltantes.

El Nitro le explicó que Furé no vendría porque andaba de gira por Europa con el Conjunto Folclórico Nacional; y Armandito no vendría hasta después de las diez, porque estaba de guardia en el Hospital Ortopédico, donde prestaba servicios como fisioterapeuta. Pero antes que Armandito llegó la Máiquel, que al visitar a su padre se había enterado de la fiesta y...

—Pero, claro, chica, adelante —se apresuró a decir el Bebo, que la cogió de una mano y le plantó un beso en la mejilla, con un entusiasmo no aprobado por la psicóloga, a juzgar por sus cejas fruncidas y sarcástica sonrisa.

—¡Bertico! —gritó la Máiquel al descubrir entre los invitados al hijo del mayor; y se abrazó de él.

—Cuando él ingresó en Danza, yo estaba ya en tercero.

Para el Bebo, la efusividad del abrazo y un furtivo cruce de miradas burlonas eran vestigios inequívocos de alguna vieja llama juvenil.

A las nueve, según lo anunciado, Esperanza dio sus tres demoleedores campanazos y Noriko haló de los cordones que abrían las cortinas de raso. Sobre la mesa sueca engalanada con flores, aparte de los condumios criollos, destacaba una bandeja con lascas de pavo arrolladas, sujetas con palitos y rellenas de aguacate sazonado con ajo y especias varias, para comer a mano, según explicara el Mon.

El relleno del pavo, los tamales y un falso arroz congrí enriquecido con pedacitos de huevo hervido, aceitunas y un ligero sabor agridulce, promovieron nuevas loas a las benditas manos de Esperanza.

Bruce Coll se había marchado a Matanzas, de donde no regresaría hasta la tarde siguiente; pero le había dado permiso a la Máiquel para pasar aquella noche con su padre y hermanas.

Don Pedro le presentó su hija al Nitro, que dejara de verla cuando ella era una niña flacuchenta de 12 años. Ella lo saludó afectuosa. Lo recordaba con simpatía; sobre todo como cantante y tamborero en fiestas del barrio; y algo conocía sobre su historia de honor y cárcel. Pero ahora, con apreciaciones de hembra adulta, lo vio más atractivo, muy elegante. En realidad, lo era. Con sus 38 bien llevados, piel lisa, dentadura perfecta y su figura longilínea, Narciso podía rebajarse diez años.

Avasallado por la imponente figura de la Máiquel, él reaccionó con la fingida indiferencia que semejantes hembras instigan en algunos hombres duros y tímidos. Ni siquiera la miró durante la presentación, y enseguida se retiró a un aparte con Antuña y el Mon junto al mostrador del bar, desde donde siguió admirándola al disimulo, de soslayo.

Con 57 años y muchos méritos acumulados en Lucha contra Bandidos, y luego en Angola y Etiopía, el mayor Antuña habría podido retirarse desde hacía diez años. Pero él adoraba su trabajo en prisiones, que asumiera con más espíritu de redentor que de carcelero. Nacido y criado en un solar de La Habana Vieja, Antuña no tenía empacho en reconocer su infancia marginal ante cualquiera. Hasta atracador a mano armada había sido.

A los 17 años, un tío suyo le dio participación en el asalto a un garito de Luyanó; y al año siguiente a una agencia bancaria en Las Villas. Ese mismo año, que fue el 58, Antuña cayó preso pero no por atracador, sino por revolucionario. Hasta ese momento, en puridad, no lo era, pero con tal de oponerse al gobierno de Batista y su policía sanguinaria, se metió a vender bonos del Movimiento «26 de Julio». A sus seis meses de prisión política, y al intenso trabajo proselitista de otros reclusos, pero sobre todo al triunfo de la Revolución, debería luego la definitiva transformación de su vida.

Desde que ingresara al Instituto de Prisiones, Antuña descubrió que aquél era su lugar. Nadie mejor que él para ubicar su sentido de la justicia entre la Revolución y los presos, entre lo oficial y lo humano. Nadie mejor para comprender que las contradicciones del bienintencionado Estado socialista, o el fundamentalismo de algún funcionario cavernícola, marxista de la variante Neanderthal o simple comemierda, podían arruinar la vida de muchos hombres de buena madera moral; y desde su trinchera en el Combinado del Este, Antuña batallaba a diario por rescatar a quien se lo permitiese, entre los muchos desviados por su incultura, herencia del subdesarrollo ancestral, o simple mala suerte. Y si en esa fiesta participaban Antuña y su hijo, era porque el Nitro nunca olvidó con cuánta valentía lo defendiera, cuando su bronca con aquel carcelero extremista y abusador, que luego derivara en peligroso motín. Al sacar en aquella ocasión la cara en defensa de un amotinado, Antuña había puesto en peligro su cargo en el Instituto de Prisiones, y hasta su prestigio revolucionario. Por eso estaba en aquella fiesta, junto a los jinetes. Desde hacía ya dos años, el Nitro lo quería como a un hermano mayor.

Nacido y criado entre abacúas, cuando el mayor Antuña leyó el expediente judicial de Narciso Matamoros, supuso sin todavía conocerlo que debía ser un hombre bueno. Porque un abacúa capaz de desestimar el desprecio de la secta por los maricones, y de oír el reclamo de su corazón que le pedía defender a un pobre muchacho contra un abusador, no podía ser un hijueputa.

—P'hacer lo que tú hiciste, no sólo hay que ser timbalúo^[94], sino persona de buenos sentimientos —le dijo el mayor el día en que tuvo su primera entrevista con él.

Luego, en numerosas charlas, se fueron conociendo de a poco, hasta el día en que Antuña se la jugó por él y se ganó su amistad para siempre. Al verlo ahora en libertad, feliz entre sus amigos, personas decentes, progresistas, el mayor se felicitó por haber puesto su granito de arena para construir aquella felicidad. Y para acallar su emoción, se empujó otro lingotazo de ron.

Cuando Armandito, hacia las once, se encaminó a casa del Mon, desde dos cuadras antes ya se oían los tambores de Zarabanda. Al llegar, entre la gente reunida en el patio, en la glorieta, en algunas mesas a la orilla de la pista, vio al Nitro bailando una columbia.

La madre del Mon e Isabelita le prepararon una bandeja con comida y cerveza y Noriko lo sentó a la mesa de Pedro Casanova, amigo suyo desde que lo atendiera una vez como masajista para un problema de la cervical. En la misma mesa estaban la Máiquel, Bertico y el mayor Antuña.

La Máiquel se veía tan absorta en el baile que ni advirtió la llegada de Armandito.

El Nitro bailaba lento, clásico, esencial, sin alardes acrobáticos ni tembladeras. De pronto se inmovilizaba en posturas sencillas, pero de un garbo estatuario lleno de

tradicción y plasticidad, que ella sabía apreciar.

Sí, coño, aquel negro divino tenía la bola^[95]. Su baile era la verdad; y al final, lo inevitable de siempre, el público exigió que la única rumbera profesional saliera a bailar un guaguancó. La Máiquel sacó a Albertico que, aunque formado en el ballet clásico, demostró ser buen rumbero; pero a poco, desde la orilla de la pista, como es el uso, el Nitro levantó un dedo y Albertico le cedió la mujer.

A las doce de la noche, cuando se acabaron los tambores por consideración a los vecinos, los festejantes regresaron al gran salón, donde el Gángster de la Armonía acompañó a todo el que quiso cantar, incluida la Máiquel que para sorpresa de todos, le hizo una impecable segunda al Nitro, y luego a Armandito, en un bolero feeling de Marta Valdés. Después cantaron Isabelita, Esperanza, Noriko; pero al final se impusieron el Nitro y la Máiquel, como dueto estelar de la noche.

Armandito, muy borracho hacia la media noche, sentado en el portal, se puso a contarle a la Máiquel y Bertico cuánto quería él al Nitro; el mejor amigo que tuviera.

—Figúrate, nos criamos juntos...; y él sabía bien, como sabe todo el mundo en el barrio, que yo soy como soy —y le rodaron dos lagrimones sobre las mejillas—; pero así y todo sacaba la cara por mí; y yo nunca he encontrado consuelo de que por mi culpa pasara tantos años preso.

Terminó por entrecortársele la voz y soltó el llanto.

—Es tan triste la vida, coño..., y te da unos golpes tan terri... ibles... De gratis te los da... Porque yo nunca le he hecho mal a nadie, y..., y a todo el que puedo ayudar lo ayudo, coño...

La Máiquel también se puso a llorar y le acarició la nuca a Armandito, que de rodillas recogidas y juntitas como una niña, ahora se tapaba los ojos con un pañuelo.

Al otro día, la Máiquel le pidió a su padre que le contara la historia de su amistad con el Nitro. Parecía muy interesada. A Pedro Casanova le llamó la atención, pero no hizo preguntas.

—Él tenía un socio que le traía tabaco de Pinar del Río y yo se lo torcía del largo y forma que a él le gusta; y nunca quise cobrarle nada.

Por eso, después, cuando empezó el Período Especial y escaseaba la comida, el Nitro le estuvo prestando dinero durante varios meses, sin ningún interés ni reclamo de pago.

—Fueron casi dos mil, que se los terminé de pagar cuando él ya llevaba como cinco años preso.

Tres meses después, durante un amanecer de octubre, la Máiquel se apeaba de un taxi en la ciudadela del Fons con la cara envuelta en una pañoleta, como una beduina. Se dirigió escaleras arriba al cuarto del Nitro y lo despertó. El Brusco había vuelto a golpearla.

13. Paño de lágrimas

Al despertarse con el toque a la puerta y ver que eran las 05:10 de la mañana, el Nitro frunció el ceño, se paró de un brinco y se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Viqui, la hija de Casanova.

¿Y eso? ¿Le habría pasado algo a Pedro? ¿O sería que la jebita se había fumado un pito y quería...?

Por encima de los calzoncillos se puso un pantalón de pijama y le abrió.

La Máiquel entró y cuando él cerró la puerta se le paró enfrente.

—Mira, a ver si me reconoces.

Al quitarse la pañoleta y descubrirse los pómulos tumefactos, la frente con un moretón verduoso, el ojo hinchadísimo que apenas podía abrirlo, el Nitro tuvo la visión fulgurante de Antuña, que volvía a acogerlo en la cárcel para otra estancia de muchos años.

—¿Quién te hizo esto, niña?

—Bruce —sollozó la Máiquel.

—¿Y quién es él?

—Era..., mi marido...

—¡Qué clase de singao...! Pero siéntate, ven, voy a buscar a un médico que vive en la otra cuadra.

Ella permaneció de pie.

—No, no, ahora quiero que me oigas. Dame un poco de agua, hazme el favor.

Mientras le llenaba el vaso, el Nitro cayó en cuenta. Si quería hablar con él, era porque necesitaba ayuda contra el marido. ¿Quién sería el punto, eh?

Narciso volvió a verse en su celda, bañándose con un jarrito, defecando en cuclillas en el hueco del piso, o mirando boca arriba en su camita, las dos pulgadas de cielo que asomaban por el tragaluz enrejado, hacia donde escapaban su soledad y el humo de los cigarros. Si volvía a entrar por homicidio reincidente, cumpliría los quince años completicos. El ya tenía 38. Saldría con 53, hecho un viejo. Pero... qué clase de singao.

Ella tomó el agua con avidez. Le temblaba el pulso. Luego, muy descompuesta, voz entrecortada, le contó que a punto de cumplirse dos años de su pareja con Bruce, iba ya como por diez golpeaduras. Siempre la ponía así, impresentable.

—Por eso tuve que dejar mi carrera.

—Coño, chica, y por qué entonces...

—Después de la segunda entrada que me dio, yo quise terminar...

Se interrumpió para sollozar y él la cogió de una mano, para atraerla hacia un sofá desvencijado.

—..., pero me tiene amenazada, que va a matar a papi y a mis hermanas.

—Claro, le cogiste miedo y él...

—¡Cómo no se lo voy a coger, Narciso! Mira lo que me hizo con un tabaco. —Y se alzó la falda hasta la mitad del muslo, donde tenía la cicatriz de una quemadura.

Y le contó que unos meses atrás, el Brusco y ella estaban desayunando cuando llegó un apostador, cliente viejo y amigo suyo, a reclamarle el pago de 4000 pesos, por un parlé^[96] que acertara el día anterior. El Brusco estaba seguro de haber entregado ya ese dinero al apuntador; y al enterarse de allí a poco que el tipo estaba dado a la fuga con unos 20 000 pesos de varios aciertos, se paró y le metió una patada a la mesa. Volaron tazas, cubiertos, platos. El café con leche que Victoria se estaba tomando se le derramó sobre el pecho. Ella se puso a llorar.

—«No llores, coño, déjame pensar qué hago» —me gritó él y le dio otra patada a la mesa.

Bestializado por tener que pagar de nuevo la apuesta, mientras amenazaba con que al apuntador ladrón lo iba a mandar matar, pero primero él mismo le iba a arrancar los cojones, el Brusco miraba a la Máiquel y le sacudía las manos ante la cara como si ella fuera la culpable. Cada vez más asustada, ella hacía vanos esfuerzos por no llorar. Y como ya le sucediera otras veces, aquel esfuerzo le provocó un temblor en todo el cuerpo, muy notorio en los hombros, que irritaba sobremanera al Brusco. Entonces se puso a gritarle:

—No te sacudas más, puta de mierda, que me mareas, coño.

Ella salió corriendo a encerrarse en el cuarto. El Brusco despidió al cliente y subió tras ella. La encontró llorando boca abajo en la cama y se excitó; y como hacía siempre antes de copular, encendió un tabaco. Luego, con calma, se abrió la bragueta y de pie junto a la cama le pidió que lo besara. Como ella se negase, la cogió de los pelos, la tiró al piso y le ordenó que parara de llorar.

—Entonces me dobló un brazo por atrás y me puso la brasa del tabaco en el muslo, y me dijo que si no paraba de gritar no me la sacaba...

—Ya, chica, no sigas —la interrumpió el Nitro—. No vale la pena que te machaques con eso.

Le apoyó la cabeza sobre su hombro y comenzó a darle palmaditas en la nuca mientras ella sollozaba.

—Tú tranquila, que todo se va a arreglar...

Permanecieron unos minutos abrazados, hasta que el Nitro se paró del sofá.

—¿Dónde vive el tipo ese?

—No, Narciso, viejo, yo no quiero que tú te fajes con él y vuelvas a caer preso. Lo que quiero es que me busques dónde esconderme...

De frente, un ojo se le veía muy hinchado. Apenas podía abrirlo.

¿Pretendería esconderse en su cuarto? ¿Vivir con él?

—No, niña, tú verás que no tienes necesidad de esconderte —le dijo el Nitro desde atrás del biombo.

Mientras ella se secaba las lágrimas, él se quitó los pantalones del pijama, se puso un pitusa^[97] y una camisa.

—¿Y adonde tú vas?

—Contigo a la Covadonga, a que te curen.

—Pero...

—Lo otro déjame a mí, que en esta vida todo tiene arreglo.

14. Guapo y fajao

El Brusco se despertó ese día a las once. Al levantarse y no ver a la Máiquel, tuvo la vaga idea de haberle formado bronca por la madrugada. Como siempre, estaba enlagunado. Tenía todavía una fuerte resaca y la lengua pastosa.

En efecto, al llegar a la cocina vio dispersos por el piso y sobre la mesa los añicos de un plato. En una de las paredes se veía un manchón pringoso del que bajaba un hilo de yema de huevo endurecida; y al pie, un bisté, dos claras y un reguero de papas fritas. De sólo ver las papas, se dio cuenta de que la muy bruta de la Máiquel otra vez le había freído las papas demasiado chiquitas y cascarudas. De sólo verlas en el piso volvió a airarse. Cómo era qu'esa comemierda no aprendía que a él le gustaban las papas grandes y no muy cocinadas. Y claro, empingado^[98], debió reventar el plato contra la pared y casi seguro la cogió de puchinbá^[99].

Qué bruta era, chico. Dos años llevaba ya con él y no acababa de aprender a freírle las papas. Siempre eran la misma mierda tiesa, cascarria, chiquitica. Y mire que él le había dicho veces, cojones, que le gustaban grandes, blanditas, medio crudas, para enchumbarlas de yema y del jugo del bisté. Pero ella era un leño... Y ahora, escapada de nuevo, seguro estaba en casa del padre. Mejor así, coño. Ya el asunto con ella no daba pa más. Porque si ella seguía haciendo burradas y a él se le iba un día la mano, la comemierda iba terminar en un hospital; y no fuera ahora que por un encabronamiento^[100] con la Máiquel él tuviese que cumplir otra pareja de años en el tanque.

Pateó con rabia un pedazo del plato roto y regresó a la sala, donde apretó un timbre y se metió en el baño. Mientras se estaba duchando alguien golpeó en la puerta.

—Entra.

Un muchacho veinteañero asomó la cabeza.

—Dígame, jefe.

—Límpiame la cagazón de la cocina y vete a buscar a Sandra. Dile que no se demore.

Cuando bebía mucho, siempre amanecía con ganas de una mujer.

Seguro que Sandra se sorprendería. No conocía su casa.

Se enjabonó la erección y pensó en ella. No era tan buena hembra como la Máiquel, pero en la cama era diez veces mejor.

Tras anunciar a Sandra la botadura de la Máiquel y que ella viviría desde ese día con él, le hizo el amor. Ella le preparó un bisté de puerco con papas fritas claritas, grandotas, ni quemadas ni cascarúas, bien blandas, tres pulgadas de largo por media de ancho, más dos tazones de café con leche. Por fin, tras un eructo espeluznante, encendió un Cohíba^[101] y salió para el habitual encuentro dominical con sus

apuntadores y matones.

Domingos y jueves pagaba los aciertos de su clientela en la bolita, contaba el dinero de sus ganancias, liquidaba las comisiones de sus apuntadores, bebía, alardeaba, pontificaba.

Las reuniones eran siempre en casa de Chucho, su principal apuntador, adonde podía llegar sin ser visto, desde una arboleda colindante por el fondo.

Ese día, entre una docena de tracatanos que le celebraban los comentarios y compartían el ron, el Brusco se puso a explicar el misterio de sus relaciones con las jebas, algo, coño, que ni él mismo entendía, porque las que a él le gustaban no eran las que le gustaban a todo el mundo, o mejor dicho, bueno sí, la Máiquel por ejemplo era tremenda jeba y a todo el mundo le gustaba; pero a él la Sandra le gustaba más, y ése era un misterio inexplicable, porque a él lo privaban las mulatas locas y rebencúas^[102], chico, y cuando una tipa, aunque fuese un monumento como la Máiquel, era de las que siempre se portan bien, sí papi, como tú digas papi y el cara, y se cagan apenas uno le suena una galleta, a él le entraban más ganas de darles golpes que de templárselas, y al final lo aburrían, coño, pero tipas como la Sandra, que sin estar tan buena como la Máiquel Jackson ni mucho menos, se fajaba y se entraba a piñazos con él de tú por tú, y si él le daba una galleta, ella le metía tres arañazos y dos mordiscos y le espantaba lo que tuviera a mano por el moropo^[103], y la verdá, pa templar rico rico, a él le gustaba primero entrarse a golpes con las jebas, darles y que te den, ¿tú m' entiendes?

—Oiga, Bruce, hay un negro ahí que lo busca.

—¿Un niche^[104]? ¿Tú lo conoces?

—Del barrio no es...

El Brusco se puso de pie, pasó al bañito contiguo y desde allí, mediante una mínima apertura de las persianas, vio a un negro tocado con un sombrero gris de ala corta echao sobre los espejuelos oscuros. Calzaba unos zapatos de dos colores y llevaba una cadena de oro al cuello. Con esa pinta guaposa, no parecía fiana^[105].

—Dile que pase, a ver qué coño quiere —ordenó el Brusco y se mantuvo de pie, a la espera, en medio del salón.

Cuando el hombre entró, el Brusco alcanzó a divisarle también, sobre la piel muy negra del antebrazo, un tatuaje típicamente carcelario.

—¿Tú eres el Brusco?

El Brusco se abrió de piernas, se rascó los huevos, soltó una sonrisa perversa y le dio una chupada al Cohíba.

—Chico..., negro..., la gente que no me conoce, ni me tutea ni me dice Brusco.

Sobre los mismos huevos que se estaba rascando le cayó la furibunda patada. La segunda lo alcanzó en plena cara, cuando se doblaba por el dolor.

Al ver la Bereta en manos del negro, nadie atinó a reaccionar. Los que se pusieron

de pie volvieron a sentarse, espantados.

—Sírreme un ron, ahí —ordenó el Nitro al que tenía cara de más indignado y le puso el arma en el entrecejo.

Mientras el Brusco se retorció y gemía en el piso, el Nitro se rascó la barbilla con la pistola y se empujó el ron.

Los presentes se miraban indecisos. No creían lo que estaban viendo.

—Quiero ver a todo el mundo sentado —ordenó el Nitro, y con la punta de la pistola les señaló el piso a dos tipos que estaban de pie.

Ambos se sentaron en el suelo, de espaldas a la pared.

—Y tú, pásame la botella.

El mismo que le sirviera el trago cogió la botella de la mesa y la destapó. Enseguida se levantó, dio dos pasos, se la entregó al Nitro y volvió a sentarse.

El negro miró la botella con una inquietante tranquilidad, se echó a pechos dos tragos cortos y tiró la botella parada hacia la mesa. El mismo que se la diera intentó cogerla en el aire, pero sólo consiguió desviarla y le cayó entre las piernas a otro que tenía al lado. El tipo consiguió rescatarla antes de que cayera al piso y la repuso sobre la mesa. Los demás seguían mirándose espantados.

En eso, el Nitro se agachó, cogió de los pelos al Brusco y lo forzó a pararse. Uno de los guardaespaldas dio un paso adelante, pero el mismo Brusco le hizo un ademán para que se quedara quieto.

El Nitro lo haló de los pelos y se lo llevó hacia un rincón de la sala, donde se apoyó de espaldas. Cuando vio que controlaba los movimientos de los demás, le sonó un culatazo al Brusco en un ojo, con toda la intención de hinchárselo.

—Abre la boca hijueputa.

A punto del desmayo por el dolor del culatazo en el ojo, el Brusco separó los labios y el Nitro le embutió la pistola entre los dientes. Se la empujó hasta la garganta, al punto de provocarle arcadas.

En eso, volvieron a tocar a la puerta.

—Abran ahí —ordenó el Nitro.

Los dos abacuás venidos con él y que vigilaban desde la arboleda el movimiento de la casa, entraron con sendos punzones en sus manos.

Para el Nitro, ya era hora de hablar con el hijueputa.

—Soy un amigo de Victoria Casanova. Me dicen el Nitro. Vivo a una cuadra de la Covadonga. Allí me tienes, pa cuando gustes, tú o cualquiera de tus tracatanos.

De un culatazo le partió la nariz. Luego, sin soltarle el pelo, le dio dos más en la frente y de un tercero le dislocó la mandíbula.

Por más kárate que supiera el Brusco, no trató de defenderse. Se figuró que ante cualquier intento, aquel negro energúmeno lo iba a enfriar.

Nadie se movió.

El Brusco cayó gimiendo y ensangrentado al piso.

—Coge tu ñapa^[106] —le dijo el Nitro al marcharse, y le metió dos patadas en las costillas.

Los tres hombres se retiraron por donde vinieran, hacia un extremo de la arboleda.

Al igual que los guagüeros^[107] de La Habana cuando se apean en medio de su ruta a tomar café en casas de sus amigas, los tres abacúas se alejaron sin prisa, a paso lento y guaposo, persuadidos de que nadie se muere ni antes ni después de la hora marcada en su destino.

—Caigámosles antes que se alejen —propuso uno, puñal en mano.

—No, Dañino, ni al Brusco ni a nadie le conviene formar matazón aquí —lo detuvo el Doctor Pimienta, secretario del herido.

Hubo una pequeña discusión, pero el Doctor Pimienta apaciguó los ánimos y aseguró que el Brusco no se iba a quedar dado^[108].

—Ese niche ya huele a cadáver, pero éste no es el momento ni el lugar de pasarle la cuenta.

Y los convenció de que ellos debían llevar la guerra al campo enemigo.

Los tres agresores, protegidos por la pared trasera de la casa, sortearon con buen paso los veinte metros que los separaban de la arboleda y montaron en un Chevrolet 57, donde ya los esperaba un mulato con el motor encendido.

Dos apuntadores cargaron al Brusco para trasladarlo a un hospital.

Con una costilla, el tabique nasal y dos dientes quebracios; más la hinchazón de ambos ojos, el maxilar dislocado y hematomas variopintos en la frente y los pómulos, el Brusco no pudo salir a la calle hasta pasado un mes y medio.

Durante los terribles primeros días de la hinchazón, el Doctor Pimienta, único intelectual a su servicio, se ocupó de controlar a sus apuntadores y del curso de las apuestas. Los únicos visitantes que admitió en su cuarto penumbroso fueron la Sandra y Pimienta, que de inmediato se trasladó al Cerro en procura de informaciones sobre el Nitro. Y al apearse de un taxi frente al Hospital de la Covadonga, se tropezó con Sangría, compañero de su pabellón en la cárcel, unos años atrás.

Poco después, láguer va, láguer viene en un tiro^[109] clandestino de la calle Auditor, el ex estudiante de Derecho y ahora *consigliere* del Brusco, se enteraba de que el Nitro pertenecía a Iroko Eyé, un juego abacúá del Cerro, gente durísima.

El Doctor Pimienta supo también de los ocho años cumplidos por el Nitro en el tanque, donde encabezara un motín. En el barrio se lo tenía por tipo timbalúo y hombre a todo. La prueba era justamente que hubiese actuado contra el Brusco a cara descubierta, y hasta le dejara sus señas, sin miedo a la policía ni a las represalias de los sanmiguelinos.

Ante semejantes noticias, el Brusco decidió, de momento, no improvisar nada

contra el Nitro. Nada de atacarlo abiertamente. Para echar una bronca contra todo un juego abacué había que prepararse con tiempo. Esos puntos juramentados, por temible que fuera una bronca, iban siempre hasta el final. Con ellos, nadie salía ganando.

«Soy un amigo de Victoria Casanova. Me dicen el Nitro.» La frase lo asedió implacable desde el primer momento. Instalada como sonsonete, remachada en la memoria, lo martilló sin tregua.

Qué amigo ni qué cojones. Ese niche debía ser un singante^[110].

Ahora la Máiquel pertenecía a otro y él no se conformaba. Mentira que la hubiese botado porque ya lo tenía hasta los cojones. Reconoció haberse cuenteado a sí mismo. La echaba de menos como nunca.

Fueron días aciagos; pero le sirvieron para cultivar, acrecer, burilar y sacarle brillo a su odio contra el Nitro. En medio de la peor depresión en su vida, cuando no se atrevía a mirarse al espejo, ni a exhibir siquiera a un médico sus facciones desfiguradas, tumefactas, monstruosas, urdió su plan de venganza. Ante todo, se convenció de que debía proceder sin prisa, con máxima cautela. No fuera que al final su desespero por desquitarse le resultara una salación^[111].

El 30 de diciembre de 1997, a los dos meses exactos de la irrupción del Nitro en casa de Chucho, el Brusco volvió a circular y envió de nuevo al Cerro al doctor Pimienta.

—Averigua bien en qué anda, con quién y dónde; porque ahora es cuando es.

Ya no eran generalidades. El Brusco declaró llegada la hora de actuar y necesitaba datos precisos para una venganza ejemplarizante.

El niche pagaría con su vida, claro; y pagaría muy pronto, porque los tipos duros como el Brusco nunca se quedan dados. Si de una cosa podía estar seguro el hijueputa, era que los golpes, la humillación y el mes y medio de encierro que le impusiera, lo harían sufrir lo que nunca sufriera en su puñetera vida. Ni se imaginaba lo que le iba a caer encima, dentro de muy poco.

Máiquel Jackson, agradecida primero y enamorada después, se quedó a vivir en el solar con Narciso. Cuando el tabaquero se enteró de lo que su hija sufriera con el Brusco, no pudo menos que agradecer la intervención de Narciso. Pero el verla en un concubinato solariego, lo deprimía. No obstante, tragó en seco y aceptó la pareja. Nada le reprochaba a Narciso. Lo sabía decente, honorable; y la cárcel, en lugar de infamarlo, lo enaltecía. Pero les rogó que se fueran a vivir en su casa, en el cuarto de ella. Narciso aceptó, y desde ese octubre del 97, vivió el mejor pedazo de su vida. La Máiquel se incorporó como bailarina y cantante al grupo Zarabanda, que mucho ganó con ella, sobre todo cuando presentaban espectáculos ante extranjeros.

Al principio, el Nitro se preparó para enfrentar al Brusco. Desde luego, ante la alternativa de volver a matar, no vacilaría. Por la Máiquel haría lo que fuese. Tras

haber empeñado su palabra de protegerla, no le iba a fallar ahora. Pero por siaca, llenó de ofrendas su altar a Changó en el cuarto del solar; y le imploró un par de ahitos más; y hasta con uno solo se daba por satisfecho. En brazos de aquella niña monumental que tanta ternura, placer y prestigio introdujera en su vida, un solo añito bien valía quince en el tanque por homicidio culposo.

Pero pasaron días, semanas; un mes y medio pasó, y el Brusco no aparecía.

¿Sería que no era tan duro naa? ¿O se habría apendejao?

Ya en el mes de diciembre, al acercarse las Navidades, el Nitro se forjaba la ilusión de que los orishas^[112] hubiesen atendido a sus plegarias.

15. Luna de hiel

Narciso Matamoros y De la O y Victoria Casanova Méndez invitan a usted y familia a asistir el próximo día 23 de mayo a las 7 p.m. en la capilla del Sagrado Corazón de María, sita en Calzada del Cerro y Tulipán, a la confirmación, ante Dios Nuestro Señor y Jesucristo su Único Hijo, de la boda que ya consumaran bajo los auspicios de Changó y Ochún.

Al día siguiente, cuando Sonia, la novia del Bebo, le mostró el texto al Nitro, él la abrazó emocionado.

—Se la comió^[113], doctora —fue lo único que se le ocurrió decir, evidentemente muy emocionado.

Le había hecho el encargo a Sonia, porque ni él ni la Máiquel sabían redactar una invitación de matrimonio. Y eso mismítico era lo que él quería que se dijera en la tarjeta: que consentía en casarse por lo cristiano, pero que ya estaban casados por los santos.

También la Máiquel mostraba una indisimulable simpatía por Sonia, a quien el Nitro bautizara la Doctora Filtro^[114]. Así la llamaba desde que la supo directora de una clínica para niños sordociegos. Si aquella negra de imponente figura, digna de reinar en cualquier carnaval, lograba comunicarse por el tacto y olfato, y educar a niños tan discapacitados, debía tener por fuerza una inteligencia superior. Y se lo confirmaba el verla superar en ajedrez al Mon, otro filtro.

Por su parte, Sonía los apreciaba como seres valerosos y limpios. De entrada, se emocionó con la historia del Nitro y sus ocho años en el tanque por defender a Armandito; pero lo que más apreciaba en aquel negro surgido de un medio tan deprimente era su renuncia a la farándula, la alharaca y vanidad imperantes en el mundo del espectáculo, para hacer la música y llevar la vida que a él le gustaba.

La boda se realizó por todo lo alto. Raquel, la vestuarista de Danza Moderna cosió el traje. La novia lo quiso a la usanza más tradicional, con todos sus tules, satines, encajes, tafetanes y sedas; pero el toque de inspiración se lo dio Raquel al teñir las telas con los amarillos y ocres de Ochún, y así confirmar la presencia de la orisha durante la boda en la capilla del Sagrado Corazón de María.

Por inspiración de Noriko, otra vez autonominada empresaria de la boda, al terminar la ceremonia en la capillita, la pareja recorrió por la Calzada cuatro cuadras a pie. Tomados del brazo, caminaron desde Tulipán hasta San Pablo, y luego tres cuadras más hasta la casa de Pedro Casanova.

Noriko y Sonia los convencieron de renunciar a la picudencia^[115] de usar carros de lujo, descapotados, de los que se alquilan junto a los Palacios de los Matrimonios para pasear a los recién casados con su alharaca de bocinazos estridentes, que

remedan las notas de la Marcha Nupcial. Ni siquiera se transó por una carroza con caballos como aventurara alguien. Insistió en que debían dejarse ver, seguidos por un gran cortejo pedestre.

El desfile de tan nutrida comitiva fue un espectáculo sin paralelo en el Cerro. Según los más memoriosos ancianos, nunca, ni siquiera a principios de siglo, cuando en esa misma capilla o en la parroquia del Salvador del Mundo, erigida en la Calzada y Plaza de Galicia, se desposaban las hijas de la sacarocracia cubana, se había visto una novia tan bella, ni mejor vestida, en aquellos tonos de Ochún que potenciaban la tersura y brillo de su piel morena.

También el Nitro estaba hermoso, en su traje beige de camisa negra y corbata clara, que hacía juego con unos Florshein, regalo del Mon.

El barrio en pleno, desde los comercios, los bares, las paradas de guaguas, los balcones altísimos repletos de curiosos, los vio en éxtasis pasar del brazo, al frente del alborozado cortejo.

Ciclistas boquiabiertos se detuvieron a admirarlos junto al paradero de la Covadonga, y también los chóferes de las guaguas desde el atolladero que formaran, renuentes a perderse el insólito espectáculo.

Mezclado entre los curiosos estaba también el Venado, que se sumó a la retaguardia de la comitiva hasta detenerse en la esquina de la calle Falgueras. Podía actuar sin preocuparse. La gente sólo tenía ojos para el desfile de la boda. Por fin, sentado en el Chevy que él mismo estacionara allí mientras la gente se apiñaba en la capilla, se dispuso a esperar. Desde luego, él no participaría de la fiesta. Cumplía compromisos laborales.

Noriko había mandado pintar, con sus generosos yenes, la deteriorada casa de los Casanova por dentro y por fuera.

A las ocho de la noche, al abrirse el buffet y aparecer las primeras bandejas con bebidas, no cabía un alma.

Aturdidos en medio del gentío, cansados ya de los buenos augurios y de los elogios a la singularísima boda, los recién casados no veían la hora de marcharse. Se deseaban intensamente en aquel momento. Se deseaban como si fuera esa noche la última vez...

Para contratar al Venado, el Doctor Pimienta se guió por los consejos del Dañino, notorio bugarrón^[116] y apuntador de bolita. Según el Dañino, el Venado había escogido para su estancia en el Combinado del Este el piso de los homosexuales. Y el nombre se lo pusieron los presos, por ser el marido de la Venada, un mulato bisexual condenado a treinta años y temible por su violencia. A Pimienta le interesó, sobre todo, que el Venado fuera de otro barrio y nadie pudiera relacionarlo con el Brusco.

En la mañana del 23 de mayo, el Venado y Chankaiché recibieron instrucciones

sobre el uso de sendos teléfonos celulares, alquilados por Pimienta a través de un extranjero que negociaba con él.

A las 21:30, el Venado los vio salir bajo una lluvia de arroz, entre el molote de amigos y parientes. Los vio montarse en la Toyota con el Mon y su mujer.

El Venado sacó el celular, disco el número memorizado y dijo:

—En este momento están saliendo. Van en una camioneta Toyota, de color rojo, chapa HK 8897. Repito: una Toyota roja, con chapa HK 8897. Adentro van ellos dos y otra pareja.

Ya varios días antes, por las habladurías del barrio, el Venado supo que la negra del Bebo les había conseguido la casa de una tía suya, en la playa de Guanabo, para pasar la luna de miel; pero por no forzar las cosas ni demostrar demasiado interés, renunció a averiguar la dirección.

Al elaborar el plan, un par de días antes, se convino en que Chankaiché y el Doctor Pimienta esperasen a la salida del túnel de La Habana, para seguir a los recién casados en la máquina del Chucho y así saber dónde se alojarían. En efecto, a las 21:50, tal como Pimienta supusiera, la camioneta roja pasó frente al Hospital Naval; y a las 22:20 se detenía en una casa situada sobre la carretera costanera, a medio camino entre el Hotel Itabo y la entrada de Guanabo, en un paraje bastante solitario, excelente para la misión del Venado.

Con alivio confirmó el Doctor Pimienta que la otra pareja no se apeaba en la casa. Era previsible que permaneciesen solos, por lo menos durante los primeros días de su luna de miel.

Casi a la medianoche, tras un último coloquio en el Café del Oriente, frente a la Lonja del Comercio, Chucho y el Doctor regresaron a San Miguel del Padrón. Chankaiché y el Venado volvieron a Guanabo a cumplir con su misión.

La casa daba a la avenida costanera; y con sólo atravesarla y caminar unos cuarenta metros sobre un médano arbolado con pinos, se accedía a la orilla del mar.

Desde el frente, el ángulo izquierdo de la fachada coincidía con el mismo ángulo anterior del terreno, rodeado por un muro alto, de unos tres metros.

La construcción más cercana con fachada hacia la playa, distaba unos sesenta metros por la derecha; y por la izquierda se veía un gran terreno donde se estaban practicando excavaciones, sin duda para cimientos de un edificio. Luego se divisaba otra vivienda, distante unos cien metros.

Durante el examen que hicieran por la tarde, no vieron ningún perro en el patio. Ya podía el Venado deshacerse de las bolas de carne envenenadas, pero él prefirió conservarlas en el bolso.

A las dos de la mañana, tras circundar la manzana completa, se veían iluminadas las dos ventanas más traseras en la planta alta de la casa; una que daba hacia el fondo, y la otra hacia el terreno lateral. Evidentemente, ambas ventanas correspondían a la

misma habitación, que hacía esquina.

El Venado pensó que si la cerradura era fácil de manipular, intentaría penetrar a la casa por el frente.

Hizo que Chankaiché siguiera de largo y volviera a pasar por el frente de la casa. Cuando se aseguró de que nadie lo veía, y de que no circulaban otros vehículos, se apeó de prisa y bordeó el murito por la izquierda. Se detuvo a pocos pasos del fondo y lanzó hacia arriba el gancho silenciado por gruesas telas de lana. Enseguida, por los nudos de la sogá, escaló sin dificultad los tres metros de la tapia y saltó a un pasillo de tierra.

De inmediato se dirigió al frente, escogió la ganzúa adecuada y comprobó que penetraría sin dificultad por la puerta principal. Mejor. Así no lo oirían desde el fondo.

Examinado el terreno, decidió ubicarse junto a lo que parecía un gallinero abandonado. Allí esperaría el momento de forzar su entrada a la casa, hasta el límite de las seis de la mañana, cuando comenzara a clarear. Pero lo previsible era penetrar mucho antes, en cuanto apagasen la luz.

Mientras tanto, Chankaiché quedó en esperarlo dentro del vehículo, a menos de un kilómetro, en un parqueo que escogiera por la tarde. Allí fingiría dormir, y si algún sereno o policía le averiguaba algo, se haría pasar por chofer de uno que estaba pegando un tarro^[117] en el Hotel Atlántico, y permanecería a la espera de que el Venado lo convocara por el celular.

A las 03:20, el Venado vio iluminarse la segunda ventana, pero enseguida la apagaron. Supuso que de las tres ventanas, idénticas por ese lado, la encendida correspondía a un baño, tal vez intermedio entre dos cuartos.

La misma luz se encendió casi enseguida y volvieron a apagarla como a los diez minutos. Ahora sólo quedó iluminada la del ángulo.

Bien; seguro que en cuanto acabaron de templar fueron al baño, y ahora estaban de regreso en el cuarto.

Hacia las 03:30, a sabiendas de que iba a cometer una imprudencia, decidió fumarse un cigarro. Lo necesitaba para aplacarse. Lo encendió detrás de unas tablas y luego lo mantuvo con la brasa hacia él; y cuando estaba acabando de fumárselo, apagaron la luz.

Eran las 03:48.

Decidió esperar hasta las 05:30 y el tiempo pasó con desesperante lentitud.

Ya adentro, se colocó la capucha, los guantes y el cinturón con su 38 corto en el estuche. Se descalzó y puso los zapatos en la mochila que volvió a acomodarse a la espalda.

En la planta alta, tal como supusiera, su linterna le confirmó la existencia de un baño central entre dos cuartos. Al fondo del pasillo, la puerta de sus víctimas estaba

entornada.

¿Cuántas casas habría violado en su vida? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

En sus primeros trabajos lo apasionaba la nocturnidad, ponerse al acecho, forzar puertas, tabiques, cristales. Una vez dentro, temblaba de miedo y lujuria al oír el maullido de un gato, voces o ronquidos, mientras iniciaba una faena. En dos o tres ocasiones lo sorprendieron in fraganti, pero siempre se las ingenió para escurrirse sin que lo cogieran.

Ahora estaba fuera de training. Sus negocios eran otros. Pero últimamente no andaban bien y por eso estaba ahí. Los 5000 fulas que le completaría el Brusco, los necesitaba de vida o muerte. Barbarito estaba a punto de salir del tanque y lo perseguiría con saña para rescatar los 3000 que él le tumbara de cuando el asalto a la Tecnienda. Con Barbarito suelto, le tocaba pagarle o matarlo. O esconderse muy lejos de La Habana. No había otra vuelta.

Al aproximarse en puntas de pie a la puerta entornada de la alcoba, oyó ronquidos. Más cerca ya, captó también una respiración regular y pausada. Esperó un minuto y ya no tuvo dudas: ambos dormían.

Empujó la puerta un centímetro y no la sintió chirriar. Abrió otro poco, y otro, hasta disponer de un hueco que le permitiera entrar de lado.

Aunque no establecido en el acuerdo con el Brusco, el Venado le había aclarado después, que si en plena acción la cosa se enmarañaba, le caería a palos al Nitro; y si se veía en peligro, lo degollaría en el acto o le entraría a tiros. El Brusco aceptó, pero con la salvedad de que si lo mataba sin ejecutar la humillación convenida, en vez de 5000, sólo le pagaría 2500; y si no alcanzaba a matarlo, debería devolver el anticipo y no vería un kilo^[118].

En la izquierda llevaba la linterna; enganchadas del cinto por delante, le colgaban las esposas que consiguiera el Doctor; y en la derecha empuñaba el pequeño bate de caoba.

Tanteó la pared en busca del chucho de la luz. Quería saber dónde encenderla, en caso de necesidad.

Allí mismo estaba, junto a la puerta, a su derecha.

A la luz de la linterna los vio abrazados, sólo cubiertos por una sábana. Dormían como benditos. Uno de los pies del Nitro, empeine negro, planta amarillenta, asomaba por un extremo.

Trazado su plan inmediato, se apretó la linterna en la pretina, cogió las esposas y encendió la luz. Ella, que estaba boca arriba, frunció el ceño pero no abrió los ojos. El Nitro siguió roncando. Con una rápida maniobra, el Venado le enganchó un tobillo y con la otra esposa, el de la Máiquel.

Al despertarse el Nitro, muy aturdido, se acodó en la cama y vio a un encapuchado blandiendo un bate recortado. En la otra mano, enguantada, tenía un

revólver cuyo caño se llevaba a la boca de la capucha, al tiempo que emitía un chistido para pedirle silencio. Como el Nitro dormía boca abajo y ella boca arriba, el Venado los había esposado a ambos por su tobillo derecho.

¿Sería un hombre del Brusco el encapuchado? Ya sabía Narciso que tanta felicidad como la que disfrutara durante los últimos ocho meses, no podía durarle para siempre.

En plena vigilia ya, al verse sujeto con aquellas esposas ante un hombre armado, el Nitro comprendió en el acto que no tenía defensa posible. Si aquél era un hombre del Brusco, estaba perdido.

¿Y qué otra cosa podía ser?

¿Un ladrón?

No, qué va. Los ladrones roban y se van sin despertar a nadie. Y éste, además de despertarlos, los había amarrado con esposas.

En centésimas de segundos se supo perdido. Aquel hombre se encontraba allí para matarlo por cuenta del Brusco. Un hormigueo entre los pelos, dolorosos temblores en el plexo, mejillas crispadas, sensación de volverse una máscara de goma, como si un torniquete le estirase los pómulos y sienes para formarle un moño de piel en la nuca.

Nunca había pasado tanto miedo. Ni tanta tristeza. Quizá también la mataran a ella.

¿Qué hacer?

Nada. Pedir auxilio a gritos no era digno de un abacué, amén de que no le serviría de nada. El tipo lo callaría a batazos y luego lo mataría.

Pensó en lo mentirosas que eran esas películas donde el héroe bueno siempre consigue zafarse de sus ligaduras y escapar.

—Ayúdame, Changó...

Al quitarles la sábana de un tirón, el Venado vio a la muchacha desnuda, pero el Nitro tenía puestos unos calzoncillos a media pierna, tela de florecitas, modelo matapasiones.

Mientras el encapuchado caminaba ahora hacia el lado donde Victoria dormía boca arriba, el Nitro interrumpió la invocación y se ladeó para observarlo, con dificultad y dolor en el pie amarrado.

Intentó decirle algo, amenazarlo, o implorarle que no la maltratarla, pero no le nació la voz. Paralizado, sin vibración en las cuerdas, lo vio golpetearle un muslo con la cachiporra. Victoria soltó un gruñido pero siguió dormida. El hombre la golpeó entonces con más fuerza; pero como tampoco se despertara, le separó hacia fuera la pierna libre y tras hurgar un momento consiguió introducirle la punta del revólver en la vagina, donde inició un remedo de cópula con vaivenes malévolos.

El Nitro, en un vano intento porque no se le viera el flujo de las lágrimas, cerró los ojos. Ella abrió los suyos e intentó juntar las piernas. Al acodarse boca arriba en la

cama y llevarse una mano al sexo penetrado, topó con el frío del revólver, y aún en las brumas del sueño intentó levantar las rodillas para sentarse. El dolor en el pie trabado por las esposas comenzó a despertarla. Sentada no obstante, descubrió a la derecha unas esposas que aprisionaban un pie suyo y otro del Nitro, otra vez inmovilizado boca abajo; y a su derecha, más arriba, distinguió los cuatro huecos de la capucha, unos labios, unos ojos que la miraban inexpresivos.

—Narciso, amor... —Y se puso a sacudirlo. Cuando el Nitro se acodó de lado para mirarla, sobre sus pómulos corrían gruesas lágrimas.

Más que el encapuchado y su horrible figura de pie ante ella; más que la mano enguantada con el revólver, la cachiporra, las esposas, la espantó el ver llorar a Narciso, cosa que nunca imaginó posible. Algo terrible debía haber sucedido. Y se dijo que su invencible Narciso no lloraría ante el peor de los tormentos. Todo valeroso abacué como él, hombre a todo, aguantaría lo que fuera sin quejarse. Por tanto, el llanto de Narciso era por ella. Seguro que algo terrible le esperaba y Narciso lo sabía. Y al ver en ese momento que el encapuchado daba un paso hacia ella, lanzó un alarido, ¡Narcisooooo!, y se tapó los senos desnudos con ambos brazos.

El encapuchado alzó el bate decidido a callarla a golpes.

—No, no... —alcanzó a detenerlo ella con ambas palmas en alto.

—Si vuelves a gritar te despingo^[119] toa.

Para forzarse a tragar el llanto, Victoria cerró los ojos y se tapó los labios con los dedos; y el sufrimiento y terror que no podía liberar se convirtió en temblor que le empezó en los hombros y siguió hacia abajo.

Controlados los gritos, el Venado se asomó a la ventana y miró en derredor. No vio nada que lo alarmara y regresó junto a la cama.

El Nitro seguía boca abajo. Con el bate, el encapuchado le dio un golpe sobre las corvas y lo obligó a encararlo. Enseguida, mediante expresivas señas, le indicó que ambos debían desplazarse hacia los pies de la cama. Los quería levantados.

El Nitro retrocedió en la cama boca abajo y ella, cogida de su mano, se desplazó boca arriba. Al ponerse de pie, se cogieron de lado por la cintura para guardar mejor el equilibrio. El encapuchado les indicó que caminaran, amarrados como estaban por los tobillos, hacia un rincón del cuarto.

El caminó hacia atrás y ella hacia adelante. Dieron seis pasos cortos y cuando llegaron al rincón, el encapuchado les hizo señas de que se sentaran en el piso.

Chankaiché recibió el llamado del Venado a las 05:55 y llegó a las 06:02 También entró cubierto con una capucha. Traía una cámara de vídeo y otra fotográfica colgada del cuello.

El Venado se llevó al chino a un aparte y en voz muy baja le explicó su plan para un amarre más seguro del Nitro.

—Vamos a quitarle la esposa a ella para ponérsela a él y sujetarle las dos patas

¿m'entiendes cómo es?

Chankaiché asintió, dejó las cámaras sobre una mesita y con la llave que le pasó el Venado se agachó junto a la Máiquel.

El Venado permaneció de pie, dispuesto a intervenir si se daba el caso. Se situó a unos dos metros, con el bate en la derecha y una navaja en la izquierda. El revólver lo llevaba terciado por atrás, en el cinto.

En cuanto Chankaiché liberó el tobillo de la muchacha, el Nitro se paró de un brinco felino y se tiró con ambas manos extendidas al cuello del Venado; pero el chino alcanzó a estirar una pierna en zancadilla y el Nitro cayó a lo pies del Venado que lo desmayó de un furibundo batazo en la mollera.

Mientras el chino silenciaba los gritos de la Máiquel mediante dos terribles puñetazos en la cara, el Venado amarró de prisa las muñecas del Nitro con alambres de cobre, y antes de que se despertara, le aseguró el tobillo libre con la otra esposa.

A la Máiquel, primero la amordazaron con varias vueltas de una ancha tela adhesiva sobre los labios y enseguida la ataron de pies y manos, también con alambre eléctrico. Cuando terminaron con ella volvieron al Nitro, que aún seguía aturdido y también lo amordazaron.

Al despertarse, el Nitro se vio de lado en el piso. Con alambre eléctrico le habían inmovilizado las muñecas, y también las piernas a la altura de las corvas, y luego, con sogas de nylon, le unieron ambos amarres para obligarlo a una posición casi fetal. Impedido de estirar las piernas no podía erguirse, ni avanzar ni retroceder. Sólo podía estarse tumbado de lado, de rodillas o sentado, pero quedaba siempre agachado.

A la muchacha, atadas las manos por delante, amordazada, la obligaron a regresar dando saltitos a la cama y a arrodillarse en posición cuadrúpeda. Al ver que el primer encapuchado ponía el revólver y el bate sobre una cómoda y se abría la bragueta, ella comenzó otra vez a llorar. Se le estremecían los hombros.

Para favorecer su plan de filmación, Chankaiché propuso sentar al Nitro en una butaca, donde quedaría como trasfondo del acto violatorio.

Con la boca amordazada por la cinta adhesiva, doblado sobre sus rodillas, el Nitro comenzó a lanzar desesperados gemidos nasales en un tono de alarma muy agudo; pero se refrenó ante el chirrido espeluznante de una navaja que el Venado sacara de un bolsillo.

—O te callas o le pica el culo a tu jeba —lo amenazó Chankaiché. Por los huecos de la capucha, el Nitro vio dos ojos rasgados, muy abiertos y admonitorios.

El Nitro bajó la cabeza y comenzó a mover los labios para un desesperado rezo, inaudible.

Dominado el conato, el Venado separó las nalgas de la muchacha y comenzó a penetrarla por vía anal, al tiempo que Chankaiché giraba en torno a la cama, para documentar la escena con su equipo de vídeo. Buscaba los ángulos en que se viera el

dramático segundo plano del Nitro impetrando la ayuda de sus orishas, con los ojos cerrados. Tirado boca arriba en el piso, el chino le tomó también un demorado *close up* de sus lágrimas y labios suplicantes. Convencido de su impotencia, sin poder siquiera taparse los oídos para no oír el llanto en sordina de su muchacha amada, rezó con máximo fervor a su padre Changó.

Llegado a un punto de su excitación, el violador renunció a satisfacerse con la Máiquel, se volvió hacia el Nitro y lo señaló.

—Ahora te toca a ti, papito —le dijo el chino.

Los dos encapuchados lo cargaron en peso para ponerlo de rodillas, inmovilizado sobre la cama. Impedido de erguirse, su instinto de conservación lo indujo a tumbarse de lado, pero el encapuchado lo cogió por la cintura y lo enderezó sin dificultad; y mientras con una mano le impedía volver a tumbarse, con la otra comenzó a bajarle los calzoncillos bordados.

Cuando el Nitro sintió que unas manos ya sin guantes le abrían sus nalgas de abacué, nalgas prohibidas, jamás vistas por nadie en su vida adulta, ya no hizo ninguna resistencia. Comprendió que estaba llegando al final de su vida. La violación era inevitable y él se sabía incapaz de sobrevivir a semejante desprestigio.

A poco, mientras el Venado lo violaba ante Victoria, amenazada de muerte si cerraba los ojos; cuando la minuciosa cámara captaba, desde sus ángulos más ultrajantes, los primeros planos del esfínter penetrado, ya el Nitro no veía ni oía nada. Al final, el chino enfocó el momento de la profusa eyaculación externa sobre la piel del cóccix; y enseguida al Venado de pie junto a la cama, regando a sacudones las últimas gotas de semen sobre la espalda y cabeza del Nitro, que permanecía postrado, con la cabeza sobre las manos ligadas, en la actitud de un musulmán durante el rezo, cuando toca el suelo con su frente. Pero a esas alturas, ya el Nitro estaba ido. Ni siquiera se dio cuenta de las palmadas que le diera Chankaiché en la nuca, al despedirse, para transmitirle los saludos del Brusco.

El domingo 24 de mayo, el Bebo desayunaba en casa de Sonia, cuando sonó el teléfono.

—¿Hola?

—El Nitro, y la Máiquel están muy jodidos, en Guanabo...

Y colgaron.

Era una voz desconocida, de alguien que imitaba a los extraterrestres de los muñequitos^[120].

Media hora después, cuando llegaron en el ladita^[121] de Sonia, encontraron la puerta del cuarto cerrada con llave. Al golpear, oyeron a la Máiquel gritar algo ininteligible, con una voz muy apagada. ¿Un gemido, un llanto?

—Abran... ¿Pasa algo?

Ahora sí, se oyó claro el llanto de la Máiquel, pero muy nasal.

—Dime algo, Nitro.

El llanto era ahora una secuela de chillidos desesperados. Parecía que la Máiquel tenía dificultad para respirar.

¿Estarían amordazados?

Luego de tirarse un par de veces contra la puerta, el Bebo no logró abrirla. Era una madera oscura que se veía sólida.

Muy asustado, descompuesto, comenzó a cojear hacia la escalera.

—Voy abajo, a ver qué encuentro para forzar la cerradura.

—No, espera, déjame a mí, que sé dónde hay herramientas. —Y Sonia se lanzó escaleras abajo.

El regresó junto a la puerta e hizo otro intento pero desistió y se puso a golpear con el puño.

—Nitro, Nitro, viejo... Dentro de un momento te voy a sacar de ahí. —Y esperó impaciente una respuesta que no vino—. Pero dime algo, chico.

El llanto sostenido de la Máiquel, sumado al total silencio del Nitro, acabó por descontrolar al Bebo que volvió a arremeter contra la puerta. Para el tercer intento cogió dos pasos de distancia y el impacto le produjo un dolor en la punta del húmero.

En eso llegó Sonia con una mandarria cuyo mazo debía de pesar dos o tres kilos.

—Prueba con esto —le dijo.

Al tercer mazazo sobre la parte inferior del pomo, la puerta cedió con violencia y rebotó contra una pared.

Estaban amordazados, golpeados, las muñecas amarradas con cables, sentados espalda contra espalda.

—Ve, búscame un cuchillo, o mejor una pinza para cortar los cables.

Y mientras Sonia corría otra vez hacia la planta baja, el Bebo les quitó la cinta adhesiva de la boca.

—Fue horri... i... i... ble... ahhhhhhh...

—¿Quiénes...? ¿Cómo eran?

El Nitro miraba fijo a la pared. ¿Se hallaría en estado de shock?

Cuando el Bebo pudo cortar los cables, la Máiquel se tiró a llorar boca abajo sobre el piso, mientras Sonia, sentada a su lado, le acariciaba la nuca.

El Nitro permaneció inmóvil con la vista fija en lo alto de la pared. Cuando el Bebo le cogió suavemente la mandíbula para hacerle girar la cara, creyó notarle las pupilas dilatadas.

—Todavía está en shock —dijo Sonia.

—Nos vio... o... laron... —Volvió a sollozar la Máiquel.

—¡¡¡¿Cómo?!!!

Mientras Sonia paseaba su índice de ida y vuelta ante los ojos indiferentes del Nitro, gruesas lágrimas le corrieron por las mejillas.

—Salvajes...

—Unos ti... pos con capu... u... uchas...

—¿Y a él tamb...? —aventuró Sonia.

«Dios mío, que no sea posible...»

—Primero a mí... y después a él...

La Máiquel se puso de pie, ayudada por el Bebo y se sentó en la punta de la cama. Tenía moretones y alguna hinchazón en la cara. También la habían golpeado. Pero no se veía tan afectada como el Nitro.

Para ahuyentar el intenso sufrimiento que le provocaba la evidencia de tanta barbarie, Sonia se obligó a pensar en términos clínicos y se puso a comentar con el Bebo la afasia total del Nitro, su estado obnubilatorio, la amnesia. Lo peor era que no daba señales de haber advertido la llegada de sus amigos.

—Por suerte, no padece ceguera.

El Bebo no quiso llevarlos para primeros auxilios al hospital de Guanabo.

—Déjame llevarlos al Fajardo.

Por el camino, muy alarmado por la desorientación en tiempo y espacio que denotaba el Nitro, el Bebo quiso saber si podía esperarse una recuperación a breve plazo.

—Puede ocurrir en horas, días, meses...; y tal vez no ocurra nunca —comentó ella.

En sólo dos días, el Nitro se recuperó de su afasia. Volvió a hablar con la Máiquel, pero articulaba con gran dificultad. Le cayeron veinte años encima.

Y para su desgracia, se recuperó también de la amnesia. El hubiera preferido perder la memoria para siempre.

Por si fuera poco, la indiscreción de un zarabando, en su afán por buscar datos para la venganza, permitió al Nitro saber que las fotos de su violación circulaban por todo el Cerro. Los primeros en recibirlas fueron sus hermanos del juego abacúa. El Nitro se tapó la cara con las manos para que el zarabando no lo viera llorar.

Por supuesto, después de aquello, el Nitro no podría volver a plantes ni reuniones, mientras no lavara la infamia con sangre.

El puntillazo lo recibió unos días después, al enterarse por el mayor Antuña de que el DTI^[122] no tenía una sola pista sobre los posibles asaltantes de Guanabo; y a juzgar por la opinión de los técnicos, cuantos más días pasaran, menos posibilidades habría de hallarlas. Pero lo peor era que en San Miguel todo el mundo decía que el Brusco se había ido para la Yuma^[123] en una lancha.

En la madrugada del 5 de junio, el Nitro se ahorcó en el solar donde naciera. Tras amarrar la soga a la baranda de la segunda planta, saltó al vacío. Su cadáver amaneció suspendido en el patio, con los pies a un metro del embaldosado.

El Brusco no se había marchado. Se encerró en su casa bajo muy severas normas

de seguridad, dispuesto a no asomarse a la calle hasta que el Nitro estuviera muerto. Y aunque el Nitro no murió a manos del Venado, Pimienta le completó de todos modos los 5000 fulas pactados. El Brusco estuvo de acuerdo. Después de ver con sumo beneplácito el vídeo, entendió que sí, que el Venado se merecía los fulas.

—Es un artista el tipo..., y se le ocurre cada cosa...

Como humillación, lo que hizo con el Nitro era un banquete, una obra de arte.

—Acabó con él, je je —se ufanaba el Brusco, cuando pasaba una y otra vez el vídeo, ante sus compinches.

16. Entrevista

Cuando el Bayo encendió el televisor, se encontró con el Bebo y el Mon en primer plano, ante un periodista joven que les preguntaba si se podía conocer la receta del dulce de bagatelas.

La cámara enfocó al Mon que sonrió, alzó los hombros y dirigió al Bebo un ademán para animarlo a hablar.

—La receta es sencillísima —dijo el Bebo—: Una libra de bagatelas sin pelar, una taza de azúcar prieta por cada dos litros de agua, poner todo a hervir y dejar que el agua burbujee a fuego muy bajo durante cuatro horas...

—Pero que la teleaudiencia no se haga la ilusión de poder fabricarlo —interrumpió el Mon—. Todas las bagatelas que produce el país están bajo control del Instituto...

—¿En Oriente?

—En Oriente hay muy pocas y es muy difícil llegar a ellas. La producción en gran escala está en Bermejales, una localidad de Pinar del Río donde hay mucho mogote con cuevas abundantes en guano de murciélagos.

—¿Y cuándo piensan ustedes que el fármaco estará listo para circular en el mercado cubano?

—Puede ser cuestión de pocos meses o a lo sumo de un par de años. Todo depende ahora de que Salud Pública y algunas organizaciones internacionales den su aprobación final.

—¿Y se espera poder distribuirlo libremente, como la Espirulina o el PPG?

—De ninguna manera —dijo el Mon—. Se va a manejar con controles muy estrictos.

—Sí —dijo el comentarista con picardía—. De lo contrario, algunos ciudadanos con ganas de lucirse, van a formar largas colas en las farmacias.

—A viaje^[124]... —dijo el Bebo y soltó la risa.

17. Pacto abacúa

Tres meses después de tomar las fotos de la doble violación, Chankaiché cayó preso cuando intentaba un chantaje fotográfico contra un turista gay. Se comprobó que su cámara de vídeo era la misma que tomara el ultraje al Nitro y la Máiquel. El instructor del caso le explicó que por ambos delitos debería cumplir no menos de doce años, pero si colaboraba con la policía para capturar al encapuchado y al instigador del hecho, tal actitud se le podría tener en cuenta para una eventual rebaja de la condena. Pero Chankaiché, hijo de San Miguel del Padrón y nieto de un chino lumpen de la calle San Nicolás, era un duro. Y los duros no colaboran con la fianza. Nunca mencionó al Brusco. Y aunque los agentes del DTI, como todo San Miguel y todo el Cerro, sabían que la violación y las fotos habían sido financiadas por el Brusco, Chankaiché no lo reconoció en los interrogatorios. Insistió en haber sido contratado por un gordito trigueño, bajito, que hablaba con un acento como portorriqueño, y que vestía con las ropas de un tipo venido de la Yuma. De seguro, el man tenía alguna deuda vieja con el Nitro. La policía no se lo creyó pero no hubo forma de sacarle más información. Esto lo averiguó el Mon a través del oficial del DTI que atendía el caso.

El Brusco, por su parte, no obstante su complacencia ante el éxito de su venganza, coronada por todo lo alto con el suicidio del Nitro, se mantuvo en guardia. No daba un paso a pie, y ni siquiera en su baluarte de San Miguel del Padrón volvió a salir sin escolta. Vendió el descapotable y se consiguió un Buick del 56, por el que apenas asomaba la gorra, cuando se repantigaba en el asiento trasero. Sin embargo, al cumplirse los dos meses de la muerte del Nitro, Chucho el taxista vino a informarle muy alarmado, que había reconocido a dos de los niches del Cerro que le sirvieran de guardaespaldas al Nitro el día de la pateadura. Los tipos andaban merodeando por los alrededores de su casa.

Tras mucha reflexión, el Brusco aceptó una sugerencia del Doctor Pimienta y fue a ver a Pipo el Oriyaté^[125], un abacúa de acrisolado prestigio en San Miguel.

—Mire Pipo, por ahí andan diciendo que yo mandé que se templaran a un abacúa del Cerro y le sacaran fotos, pero eso no es cierto, porque yo no soy hombre de hacer esas cosas.

Pipo se olió la mentira pero quiso oírlo hasta el final.

—... pero eso sí, yo reconozco que lo tenía en la mirilla y lo iba a mandar matar... Figúrese que el man se me apareció un día con tres ecobios y me agarró a culatazos en la cara y a patadas en las costillas y me rompió dientes, cejas, mire estas cicatrices, Pipo, y me puso que parecía Franquestéin, tan desfigurao que no me animaba a mirarme al espejo... En casi dos meses no pude salir a la calle, y todo porque yo le había entrado a golpes a una jeba mía...

—¿La jeba era tuya?

—Sí, Pipo, pero como la jeba fue a lloriquearle y él es amigo del padre, se creyó con derecho a pasarme la cuenta y me desprestigió delante de toda mi gente, y usted sabe que a un hombre como yo no se le pue hacer eso, porque si no me cobro la ofensa, nunca más vuelvo a ser persona de respeto en San Miguel ni en toa La Habana... Y ahora, pasados ya varios meses, resulta que los ecobios del Nitro han empezado a circular por aquí, cerca de mi casa; y yo sé que son gente juramentada de un juego del Cerro que se llama Iroko Eyé...

Pipo siguió convencido de que el Brusco había pagado al bugarrón y al fotógrafo, pero aceptó mediar porque reconoció que el Nitro se había pasado de rosca^[126].

—No tenía ningún derecho a reclamarle nada al Brusco por darle golpes a una mujer que era dél —le explicó al jefe de Iroko Eyé—; y mucho menos machacarlo de esa forma delante de su gente. Y además, el Brusco dice que él no mandó hacer lo que le hicieron.

El caso fue elevado a la más alta jerarquía abacúa, y luego de una reunión celebrada en Guanabacoa, se convino en aconsejar a los ecobios de Iroko Eyé no tomar represalias contra el Brusco, hombre de respeto y con mucha gente atrás armada hasta los dientes; porque no tenía sentido ninguno que ahora empezaran a matarse entre ecobios, sólo porque el Nitro se arrebatara, empeñado en defender a una jeba que no era en ese momento la suya.

18. El largo duelo

El psicoterapeuta uruguayo Luciano Silva había estado preso en el Cilindro y el Infierno, desde el 71 al 80. Eran los años en que la dictadura de su país se ensañaba contra la oposición. Pero Luciano sobrevivió incólume a las más severas torturas, gracias a su dominio de la autohipnosis. Al salir en libertad en el 80, se estableció en Estocolmo, donde se dedicara a la recuperación psíquica de sus compatriotas y de otros conosureños residentes en Suecia, víctimas de la Operación Cóndor, promovida en los años 70 por el Gobierno de Estados Unidos y dirigida por los especialistas en represión, formados en la célebre Escuela de las Américas, con sede en Panamá.

El método de Luciano consistía esencialmente en lo que él llamaba «los tres peldaños psicodélicos»; y usaba el término griego en el sentido prístino de «liberadores de la psiquis». Sus pacientes eran en general personas jóvenes, abrumadas por el recuerdo obsesivo de una larga estancia carcelaria en medio de torturas y vejámenes, pero cuyas psiquis no estaban destruidas de modo irreversible.

Mediante hipnosis, en la que era muy eficiente, llevaba a sus pacientes a evocar sus propias tragedias, no como un fenómeno personal, sino con la objetividad que se asumen los cataclismos naturales, de los que nadie tiene la culpa.

Ése era el primer paso para eliminar la autocompasión y el odio en caliente.

El segundo paso consistía en imponerse alguna meta ambiciosa en cualquier terreno: el arte, el deporte, una carrera profesional, la religión, la ciencia, la política, los negocios, y propiciar que los pacientes se entregaran a una gran actividad. Pero este segundo peldaño iba asociado al tercero y último, que era el dominio de las técnicas de autohipnosis, en que Luciano era un docente muy eficaz.

Según datos que Luciano aportara durante una de sus conferencias para psicoterapeutas, psicólogos y psiquiatras en un centro científico de La Habana, el veintidós por ciento de sus casos, atendidos entre el 81 y el 98, se mantenía en contacto con él y practicaba a diario la autohipnosis. Y ese veintidós por ciento, en distintas partes del mundo, llevaba lo que podía considerarse una vida plena.

Sonia Taquechel, alumna en el curso de Luciano, le pidió un día examinar a Victoria Casanova. (Siempre se resistió a llamarla Máiquel.) Luciano la vio, conversó con ella en tres ocasiones y diseñó para su caso un tratamiento que la propia Sonia pudiera aplicar según sus posibilidades.

Durante las dos semanas posteriores al suicidio del Nitro, Victoria se encerró a llorar en su cuarto. No comía casi nada y padecía una terrible ftofobia, al punto de cubrir con papeles de periódicos todos los intersticios por donde podía entrarle un haz de luz. Negada a hablar con su padre y hermanas, la única visita que aceptaba y deseaba era la de Sonia, la Doctora Filtro; pero se limitaba a oírla en silencio y terminaba siempre en el mismo llanto y sonsonete de que ella tampoco quería vivir

más. Se lamentaba de no tener siquiera la salida de darse candela con alcohol, ni de ahorcarse, ni de tirarse de un piso alto, porque no quería matar a su padre de tristeza.

Un día, Sonia se decidió a hablarle de Luciano y le rogó que le permitiera traérselo. Ella le aseguraba que cuando hablara con él, se sentiría mejor.

Victoria resultó un excelente sujeto de hipnosis hasta para la propia Sonia. Mediante la sencilla técnica del parpadeo, o dándole a mirar algún objeto brillante, la dormía en menos de dos minutos. En pocos días logró curarla de su ftofobia y llevársela con el Bebo a un par de paseos; pero durante el primer mes del tratamiento siguió muy afectada.

A fines de julio, Sonia comenzó a inducirle acciones poshipnóticas según la detallada escala estratégica que Luciano le consignara por escrito. Al principio, las órdenes eran muy sencillas: hacer ejercicios, bañarse a tal hora, preparar algo en la cocina, mirar un programa de TV, bañar al perro; pero aquella actividad cotidiana, según comprobara Sonia, contribuyó a mermar la recurrencia de las pesadillas en que Victoria revivía su maltrato y violación, la impotencia y el shock de Narciso, su cadáver colgando en el patio del solar.

Durante una de las sesiones semanales de hipnosis, como a los cuatro meses de someterse a los peldaños de Luciano, Victoria confesó ciertas recientes ensoñaciones eróticas con una figura sin rostro que vestía malla y zapatillas de ballet. Sonia, decidida a coger la ocasión por el moño, fue a pedirle ayuda a Albertico Antuña, el bailarín, que muy complacido accedió a visitar a Victoria y proponerle salir juntos. En todos los casos, la paciente cumplió la orden poshipnótica de aceptar las invitaciones de Albertico; pero él, instruido por Sonia y consciente de su papel, se comprometió a no forzar ni apresurar una relación física.

—Ni siquiera cogerle una mano, ni darle un beso de piquito, nada —lo instruyó Sonia—. Tienes que dejarle toda la iniciativa amorosa a ella.

La relación con Albertico contribuyó mucho a aliviar el funesto sentimiento de culpa que al principio abrumara a Victoria y la indujera a implorar su propia muerte. Durante los primeros días, a toda hora rogaba a Dios y a sus santos que le permitieran abandonar este mundo horrible y reunirse con su difunto esposo que *ibaé bayem tonú*^[127]. Rezaba de modo que todo ocurriese sin dolor para su padre y hermanas. Pero llegó el día en que con plena objetividad, la recuperada viudita pudo abordar con la Doctora Filtro el tema de su tragedia, sin compadecerse de sí misma; como si lo sucedido en Guanabo hubiera sido una experiencia ajena, o un cataclismo inevitable, una plaga, un ciclón del que debemos reponernos por propio esfuerzo. Y el que la muchacha hubiese alcanzado tamaña objetividad en menos de un año, representaba una alentadora mejoría.

En esos días, Sonia le escribió a Luciano una carta para expresarle su inmensa gratitud por haberle impartido aquel curso. En el caso de Victoria Casanova, su teoría

de los peldaños se había confirmado con resultados irrefutables. Un éxito rotundo. Le contó que la paciente volvía a reírse a carcajadas, y hasta aceptaba asistir a fiestas con un bello acompañante.

En efecto, poco antes, ambos se habían incorporado a la farándula de Noriko, donde ella se abstuvo de bailar o cantar. Por prescripción de Sonia, la propia Noriko se ocupaba de que nadie se lo pidiese.

Sonia confiaba en que la paciente, en franca mejoría, recuperaría su normalidad en poco tiempo más. Y en efecto, hacia fin de año, Victoria le propuso a Albertico ensayar juntos. Necesitaba recuperar su entrenamiento danzario. Quizá más adelante intentara volver a Tropicana.

19. Como abrazado a un rencor

Cuando el Bayo se enteró por la TV de que el Mon dirigía un team investigativo que daba los últimos toques a un fármaco contra la impotencia, decidió abordarlo. Antes debió vencer los reparos que le infundía aquel personaje de la ciencia que ya no era su amigo. Nada perdería con intentarlo. Quizás el Mon le tirase un cabo.

Al día siguiente se puso a vigilarlo por la mañana y lo abordó cuando estaba abriendo la reja de la casona para que Noriko sacara la Toyota del carporche^[128].

—Chico, Mon, tengo un socio ahí que está a punto de darse tafia^[129] porque no tiene ni 40 años y hace varios meses que no se le para.

Pero, no chico, vaya, el Mon sentía no poder ayudarlo, pero el fármaco no estaba todavía autorizado. Además, el paciente tenía que someterse primero a un riguroso examen médico...

El Bayo optó por hablar con un chofer del Cotorro para que lo llevara a Pinar del Río; y en las alturas de Bermejales, soborno mediante, consiguió que un guajiro empleado de la finca del INIB, se robara y le vendiera un saco de bagatelas que pesaba como cien libras. Dos días después, el Bayo preparó una olla de dulce y comenzó a consumirlo a razón de una libra diaria, y se puso a esperar. Tal vez lograrse los mismos resultados que el Bebo. Conocía la historia por Armandito, que se la oyera al Bebo en su casa, una vez en que fuera a masajearle un tobillo luxado a la Doctora Filtro.

Desde hacía un tiempo, el mariconcito había empezado a ocuparse del Bayo. Muy solícito, le sacaba la basura, le limpiaba la casa, le cambiaba la ropa de cama, le preparaba de comer, y todo gratis.

Al principio, al verlo barrer y trapear, el Bayo pensó mal: «La cherna^[130] esta quiere sacarme fiesta», se dijo. Pero Armandito se dio cuenta y le explicó que el querido doctor Bayona, otro que fuera muy bondadoso con él en su desgraciada infancia, se le había aparecido en sueños.

—El mes pasado me hizo tres visitas para pedirme que me ocupara de ti.

Armandito, además de sus creencias de santería, era un palero^[131] ferviente. Casi todos los actos de su vida se regían por lo que sus muertos le aconsejaban. Y en un tambor^[132] que convocara recientemente, volvió a aparecérsele el doctor para pedirle que se ocupara de que Salvador, su hijo descarriado, no viviese en medio de tanta churre^[133] y desorden.

El Bayo terminó por aceptar la ayuda de Armandito y hasta le dio una llave de la casa para que llegara cuando quisiese y pudiera echar una ojeada o dar una limpieza, sobre todo cuando él se perdía del Cerro por varios días.

Y una tarde en que Armandito fue a llevarle unos tamales en cazuela que acababa de preparar, se lo encontró casi desmayado de dolor, y ay mi madre, con aquello

parado, tieso, de un color como verdoso. Y al enterarse de que el Bayo estaba postrado desde la madrugada, con un dolor terrible, sin poder orinar, fue corriendo a buscar ayuda del Mon, que sin ninguna vacilación montó al Bayo en la camioneta y lo llevó a la Covadonga.

Ya en el cuerpo de guardia, el médico de turno no sabía bien cómo proceder y consultó por teléfono a un urólogo que aconsejó sangrarlo por las gruesas venas laterales.

De pronto, el Mon recordó que el Bebo estaba esa noche de guardia en el Hospital Fajardo y lo llamó por teléfono. Y como entre el plantel de su guardia había un urólogo, decidieron trasladarlo allí. Pero ante la imposibilidad de extraerle una sola gota de sangre, porque el pene se hallaba muy trombosado, el especialista decidió abrirle un acceso a la vejiga e instalarle una sonda para que por lo menos se librara de los orines. Dos horas después, más aliviado por la reciente micción y la fuerte dosis de calmantes, el médico le dio una terrible noticia: su pene no era recuperable. Y lo más sensato era amputárselo para evitar trastornos.

—¿Cómo es eso, doctor?

—Sí, chico, es lamentable que te hayan traído después de tantas horas. Hiciste un trombo de una rapidez muy poco usual, y no ha habido forma de eliminarlo. Usamos todos los anticoagulantes de que disponemos y nada. Siguió ahí tieso...

—¿Y ahora?

—Y ahora ya no hay forma de evitar la gangrena...

—¿Me la tienen que cortar?

—No necesariamente, porque se trata de una gangrena seca, que no es dolorosa ni ofrece peligro alguno...

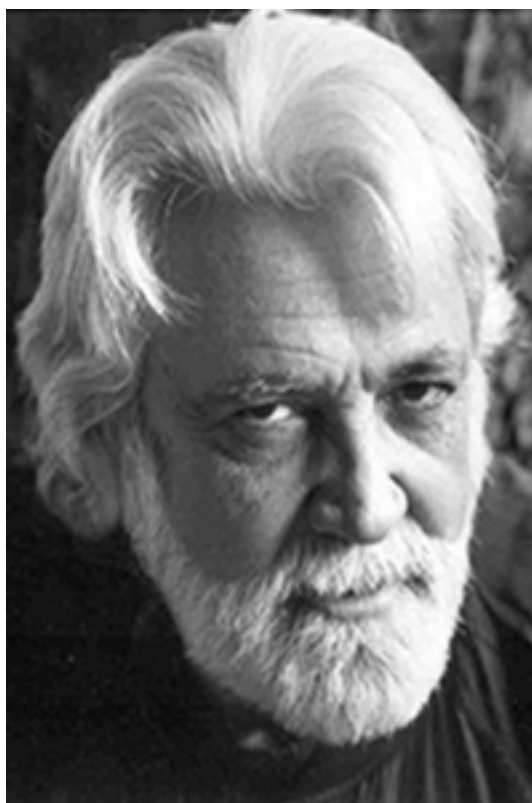
—¿Y si no me la cortan...?

—Nada: poco a poco se te iría secando, más y más, hasta caerse, y sin ningún dolor. Pero vas a pasar menos trabajo si te la amputamos ahora...

El Bayo rechazó la amputación. Y seis meses después, borracho, sentado con el torso desnudo en el patio de tierra de su casa, junto al rincón de la basura acumulada desde que le metiera una paliza y botara de la casa a Armandito, comenzó a desprenderse pedazos del miembro. Se los separaba con las uñas y después tironeaba; pero de pronto, coño e su madre, en un acceso de ira, se arrancó de un tirón parte del glande y luego la mayor parte de aquel colgajo asqueroso, necrótico, que arrojó contra el murito de ladrillos. Luego se echó tierra encima y varios puñados de basura que cogió a dos manos para restregarse el torso y la cara. Por fin, se arrastró hasta la cocina y con la filosa cuchilla de picar carne se rebanó el resto del miembro. Le quedó un hueco en la entrepierna por donde ahora podría orinar como las mujeres.

Como nunca, el Bayo ansió la muerte. La había ansiado desde niño, pero nunca tuvo el valor de provocársela. Desde aquel aciago día en aquel cobertizo que aún

seguía ahí a pocos pasos, donde aprendiera que la vida era una gran mentira, decidió ir contra todo lo que una vez le predicaran sus maestros, los curas, y el que hasta entonces fuera su amado padre. Para él no hubo ya bondad, ni gratitud, ni honor. Himno, bandera, amor al prójimo, eran todo mentira y pura mierda; y por el afán de morir cuanto antes, se convirtió en un temible puñalero, maestro del punzón, ladrón y asesino. Pero llegó un día en que le volvió a coger un extraño gusto a la vida; un gusto proveniente de haberse convertido en lo que la sociedad repudiaba como una basura humana; y cuanto más basura se sentía y más execrables eran sus actos, más satisfacción le daban; pero ahora, desde que el miembro comenzara a desintegrarse y a caérsele a pedazos, se preguntó si no sería cierto que existía Dios. En él creía su madre, sus tíos, la mayoría de los vecinos en el barrio y millones de personas inteligentes e instruidas. Se preguntó también si su impotencia y la gangrena no serían un castigo divino; y como no soportaba la duda, ni la espera hasta saber si Dios lo mandaría al infierno o qué pinga le iba a imponer como castigo a su alma, decidió que ya era hora de morir. Y sin ninguna vacilación se cortó las venas de ambas muñecas y se restregó otra vez el torso con su sangre y comulgó con la basura hedionda. Y a medida que se debilitaba por la hemorragia, tirado boca arriba en el piso, las cosas fueron desdibujándose y ensombreciéndose. Cuando cerró los ojos, volvió a pensar en su madre y en las clases de catecismo, y en el padre Anselmo, cuando predicaba que los seres arrepentidos de sus pecados con verdadera sinceridad e intenso dolor, recibían, sin confesión, el inmediato perdón de Dios; pero al pensar en lo que él le hiciera al Nitro y su mujer, o en las puñaladas que le diera con un mango de cuchara, también por dinero, a la Venada, su amante y protector; o en la terrible carnicería de aquella putica pinareña^[134] a quien luego enterrara en la manigua, comprobó que se moría sin una pizca de arrepentimiento, abrazado al viejo rencor contra su padre y contra el mundo, y orgulloso de no creer en nada, y de ser una inmundicia, una basura, y de no haber sentido desde aquel día ni uno solo de éstos, que la gente llama buenos sentimientos.



DANIEL CHAVARRÍA (Uruguay, 1933), ex profesor de latín, griego y literatura clásica en la Universidad de La Habana, se distingue como narrador prolífico de novelas, cuentos y periodismo político y literario. Ha traducido al español obras de distintos idiomas y elaborado guiones para cine y TV. Sus novelas le han valido numerosos premios internacionales, entre ellos, el «Planeta-Mortiz, 1993» en México y el «Ennio Flaiano 1998», a la mejor novela no europea publicada en Italia, ambos para *El ojo de Cibeles*.

Chavarría es el único autor latino ganador del «Edgar Allan Poe», otorgado por la Mystery Writers of America en New York 2002, a la traducción al inglés de *Adiós Muchachos*. En España obtuvo el «Camilo José Cela 2003» del Ayuntamiento de Palma, en Mallorca. En Cuba setenta y nueve premios nacionales, más el Internacional «Casa de las Américas 2000» y el «Alejo Carpentier 2004»; y varias veces el premio «Puertas de Espejo», que se confiere cada año a la novela más solicitada en la red nacional de bibliotecas públicas.

En el año 2010 obtuvo el Premio Nacional de Literatura, máximo galardón cubano; y su equivalente en Uruguay, el Bartolomé Hidalgo. Entre sus obras más difundidas, figuran *Joy*, *El ojo de Cibeles*, *Allá ellos*, *Aquel año en Madrid*, *El rojo en la pluma del loro*, *Una pica en Flandes*, *Príapos* y *Viudas de sangre*, que reaparecerán junto a dos títulos nuevos en la Feria Internacional del Libro de La Habana 2013, dedicada al autor.

Notas

[1] COMADRITA: Mecedora baja y sin brazos. <<

[2] APENGUSTIARSE: Juego de palabras entre «apendejarse» (asustarse) y «angustiar».

[3] MOCHO: Cabo de un habano, a veces mordido y babeado, que el fumador deja apagar y enciende reiteradamente para que le dure. <<

[4] JIQUÍ: Árbol de madera muy dura. <<

[5] SINGAO: Participio pasivo de «singar» (fornicar). Como insulto, «singao» es equivalente a «maricón». El «singao misterio» puede traducirse como el «jodido misterio». <<

[6] FIRME: «El firme» es la línea que siguen las cumbres de una serranía. <<

[7] FUÁCATE o FUÁCATA: Originariamente era la onomatopeya de un disparo, pero hoy se aplica al ruido de cualquier movimiento brusco. <<

[8] FIÑE: Niño, chaval. <<

[9] JILERO: Es el bateador de béisbol que da muchos «jiles» (corrupción de hits). Más que por la fuerza o distancia que alcanzan sus batazos, al jilero se lo aprecia por la frecuencia con que los da. <<

[10] MAYIMBE: Mandamás. En Cuba, persona con poder político, militar, administrativo, etc. <<

[¹¹] JABA: Saco; bolsa de tela, papel o plástico con que se hacen compras. JABA, masculino <<

[12] QUIMBUMBIA: Remedo del béisbol en que se juega con un palo de escoba por bate y un trozo de madera por bola. <<

[13] BAJAYCHUPA: Blusa de jersey u otra tela elástica, sin tirantes, y que por lo general sólo cubre los pechos y el torso femenino hasta encima del ombligo. Basta con un tironcito para bajarlo y ya tú sabes... <<

[14] CHAMA: Niño pequeño. <<

[15] JEBA: Vulgarismo para mujer, muchacha. <<

[16] NARRA: Término que puede ser despectivo o cariñoso, y que los cubanos usan para referirse a los chinos, y, por extensión, a cualquier oriental de ojos rasgados. <<

[17] BLÚMER: Bragas, prenda interior de mujer, que cubre desde la cintura hasta el nacimiento de los muslos. <<

[18] MESA SUECA: *Self service*. Mesa de restaurantes a cuyo acceso se paga un precio único para servirse *ad libitum*. <<

[19] CIUDADELA, CUARTERÍA o SOLAR: Antigua mansión de numerosas habitaciones, convertida en casa de inquilinato donde se apiñan decenas de familias humildes que conviven con elementos marginales. Es también la sede de la buena rumba y de mucha desobediencia civil, protagonizada por borrachos, prostitutas y matones. <<

[20] MALANGA: Tubérculo de planta aroidea cuyo sabor se parece al de la batata. <<

[21] GUANAJO: Pavo. «Ni la cabeza 'e un guanajo»: eufemismo rimado para no decir: «ni un carajo»; que equivale a «ni nada». <<

[22] MANDADO: «Sacar los mandados»: ir con la libreta de racionamiento a retirar de los comercios de un vecindario los alimentos y otros artículos que cada ciudadano tiene asignados en su cuota. <<

[23] JUEGO ABACUÁ: Así se llaman los plantes, grupos o células de esta secta. <<

[24] GUAGUANCÓ, columbia y yambú, son las tres variantes danzarías de la rumba, híbrido del flamenco español y los ritmos africanos. Guaguancó y yambú se bailan por parejas; la columbia es sólo para hombres. <<

[25] CLAVE o mejor CLAVES: Dos palitos de madera muy dura, generalmente en manos de un cantante, con los que se marca el cinquillo cubano u otras combinaciones percusivas que constituyen el esqueleto rítmico de la música afrocubana. Tener clave o no tenerla; estar en clave o fuera de ella, es tener o no buen ritmo. <<

[26] BATA: Tres tambores religiosos de diferente tamaño, que el ejecutante sentado, acuesta sobre sus muslos y percute por ambos extremos. <<

[27] ESQUINAS: «Cuatro esquinas» se llama el béisbol callejero, donde las bases se sitúan en cada esquina de un cruce de calles. <<

[28] LAINOP: Grafía cubanizada de «line up», u orden al bate. La dirección de cada equipo de béisbol está obligada a anunciar por anticipado en qué orden se presentarán a batear sus integrantes. <<

[29] BATE: Palo en forma de maza con que se le pega a la bola de béisbol. «Dar el bate»: deshacerse de alguien, eliminarlo. <<

[30] OUT EN LA GOMA: Lance muy tenso en el béisbol, cuando un jugador es eliminado en el momento en que está a punto de marcar una carrera. <<

[31] CAPIRRO: Hombre blanco, pero con algún rasgo en las facciones o el pelo que revela su ancestro negro. <<

[32] TARECO: Trasto. <<

[33] AGUAJE: Farol, alarde. <<

[34] AGUA: «Dar agua al dominó»: revolver las fichas antes de iniciar una nueva mano. <<

[35] CHISPA 'E TREN: Nombrete para roñes que en su mala calidad emulan con el Nimemires, el Saltapatrás, el Patria o Muerte, etc. <<

[36] TEMBA: De mediana edad. <<

[37] RANQUEADO: Que está en el ranking, calificado como bueno. <<

[38] TANQUE: La cárcel. <<

[39] PLANTE: Grupo o juego abacú. Y también ceremonia de la secta abacú. <<

[40] BEMBÉ: Toque de tambores y ceremonia religiosa en que un iniciado recibe su santo tutelar. <<

[41] IROKO: La ceiba. Iroko eyé: la sangre de la ceiba. (Para los yorubas, la ceiba es el árbol sacro donde residen todos los orishas.) <<

[42] LAGUER: Cerveza. <<

[43] PILOTO: Nombre de las cervecerías estatales, donde se expende la bebida en jarras de cartón. <<

[44] COMBINADO DEL ESTE: Principal penitenciaría de Cuba, situada en las afueras de La Habana. <<

[45] GANDÍO: Goloso, comelón. <<

[46] MAMBÍ, plural MAMBISES: Padres de la patria. Insurrectos que en el siglo XIX, machete en mano, libraron a Cuba del dominio español. <<

[47] BITONGO: Niño bien, de los que llaman «pijo» en España, «pituco» en la Argentina, «fresa» en México, etc. <<

[48] CHIFLA: «Y va que chifla.» Y ya; y listo; y con eso es suficiente. <<

[49] PICHAR: Del inglés *to pitch*: lo que hace el *pitcher* al lanzar pelotas en el béisbol para que otro las batee. <<

[50] CÁCHER: Del inglés *catcher*. Integrante de un equipo de béisbol, situado en cuclillas detrás del bateador. Es quien captura los lanzamientos del *pitcher* cuando el bateador los marra. <<

[51] CDR: Comités de Defensa de la Revolución, existentes en todo el país y en cada cuadra ciudadana. Los vecinos afiliados se turnan para prestar vigilancia nocturna contra la delincuencia común y los sabotajes de los elementos contrarrevolucionarios.

<<

[52] BARBACOA: Altillo generalmente utilizado como dormitorio, que se construye sobre un falso techo de madera. Fue un recurso frecuente para resolver la escasez de viviendas en Cuba, donde abundan casas antiguas de puntal muy alto. <<

[53] ASERE: Amigo, compañero, socio. Voz africana muy usual en el lenguaje popular cubano de blancos y negros, sobre todo jóvenes. Un asere sin adjetivos puede aludir a un marginal. <<

[54] PALO: «Echar un palo»: vulgarismo por «copular». <<

[55] **TEMPLAR**: Vulgarismo por «copular». «Templadera»: la mucha cópula. <<

[56] BURUNDANGA: Bebedizo, pócima o revoltura sólida, frecuentemente asociada a prácticas de brujería. <<

[57] PINGA: Vulgarismo por «pene». Una «soledad de pinga» es una «gran soledad». Como frase adjetiva, «de pinga» significa «grande, notable», y aunque no siempre, en general apunta a algo negativo, indeseable. «Y pa la pinga»: y punto; al carajo; que sea lo que Dios quiera. <<

[58] CHEO: Personaje vulgar, ordinario. <<

[59] GUAPOSO: Bravucón, guapetón. <<

[60] BOLITA: Lotería clandestina basada antiguamente en la oficial de un departamento venezolano. Hoy se juega por un canal televisivo de Miami y en Cuba se escucha sin dificultad por radio. <<

[61] BOLITERO: Banquero de la bolita. <<

[62] OBBATALÁ: Oricha mayor, dueño de todas las cabezas. En el sincretismo afrocubano corresponde a la Virgen de la Merced. <<

[63] ODDÚA u ODUDÚA: Según la leyenda yoruba, el orisha Oddúa tocó un día a la puerta de Olofi, la Suprema Divinidad, que no quiso oírlo. Ni siquiera lo hizo pasar; y lo despidió con la misión de gobernar a los muertos, ministerio acéfalo por esos días en el gabinete de la Sagrada Trinidad. Oddúa ha sido desde entonces puntual e impecable en los negocios de la Eternidad y en dirimir quién debe y quién no debe morir; y sin notificar a Olofi, con cierto abuso de sus prerrogativas, se ha reservado el privilegio de conceder a sus ahijados 16 años de vida adicional, por encima de lo que traen señalado al nacer. Si a esto se suma su natural violento y el ser implacable con los enemigos de sus protegidos, resulta también el orisha más deseable para propiciar un ajuste de cuentas.

Los hijos de Oddúa no pueden recibirlo en forma directa. Primero deben asentarse en otro santo que oficia como mediador ante tan terrible orisha.

OLOFI: Máxima divinidad yoruba. Junto con Olorun y Oloddumare, integra una trinidad rectora del Universo. Orula, el Dueño del Tablero, es quien interpreta sus designios. <<

[64] SANTO: «Hacerse un santo» o «tener santo hecho» significa que un creyente ha realizado la ceremonia que lo consagra como hijo de ese santo. Durante varios días, el candidato permanece encerrado en un cuarto donde se guardan los atributos sagrados. Allí mismo, su padrino lo declara nacido para una nueva vida, le otorga un nombre nuevo y le revela los secretos inherentes a su nuevo estatus espiritual. La «hechura de un santo» equivale entonces a lo que en otras religiones es la ceremonia de iniciación, el rito comulgatorio con que el sacerdocio de una comunidad religiosa acepta a un nuevo creyente. Es una ceremonia costosa, en la que los invitados son halagados con comidas y bebidas. <<

[65] OCHÚN: Encarnación de la sexualidad. Convive maritalmente con Changó. Se la representa como una mulata muy bella y zalamera, vestida de amarillo. En Cuba aparece sincretizada con Nuestra Señora de la Caridad del Cobre. <<

[66] GUERREROS: El primer paso en el camino de la santería, consiste en recibir una cazuela con atributos de cuatro orishas llamados los guerreros: Elegguá, Oggún, Ochosi y Osun.

OSUN: Vigila la cabeza de los creyentes. Se lo sincretiza con san Juan Bautista. <<

[67] TRACATANES: Subordinados, generalmente serviles. <<

[68] MANGO: «Le ronca el mango.» Frase empleada para expresar gran sorpresa, admiración o desagrado. Literalmente no significa nada. <<

[69] BABALAO o BABALAWO: Sacerdote de Ifá, de máximo rango jerárquico dentro de la Regla de Ocha o Santería. <<

[70] ORULA: Orisha del panteón yoruba. El más ilustre de los hermeneutas y Dueño del Tablero, donde interpreta los enigmáticos designios de Olofi el supremo. <<

[71] CHANGÓ: Deidad yoruba que gobierna el fuego, el rayo, el trueno, los tambores bata, el baile y la música. Encarna también el valor militar y la belleza viril. <<

[72] YORUBA o YORUBÁ: Lengua, cultura y religión de los antiguos pueblos de la cuenca del Níger, Biafra, Angola y el Alto Congo, llegadas a Cuba con el primer barco negrero en 1535. <<

[73] SINGADERA: Literalmente: «la copuladera», el mucho singlar o follar. <<

[74] BOLA: «¿Qué bola?»: ¿Qué tal? ¿Cómo andan las cosas? <<

[75] GAMBAO: Estevado; que tiene las piernas arqueadas hacia afuera. <<

[76] ALPISTE: Los cubanos consideran que la satisfacción y el orgullo cierran los esfínteres. Por eso, cuando alguien está muy satisfecho de sí, se dice que no le cabe un alpiste en salva sea la parte. <<

[77] MOGOTE: Elevaciones de unos 200 a 500 metros que surgen en medio de un terreno llano. Son famosos los del valle de Viñales, en el occidente de Cuba, y muy similares por su forma gibosa a los morros que emergen en la bahía de Río de Janeiro. <<

[78] MACETA: En el argot cubano, es la persona de mucho dinero; que lo tiene por mazos. <<

[79] AMPANGA: «De hampang»: del carajo; de puta madre; muy intenso, extremo, tanto en el sentido positivo como negativo. <<

[80] CHÉVERE: Argot cubano: «bien» o «bueno». <<

[81] PEROL: Argot cubano por «automóvil». <<

[82] MENDÓ: Argot cubano por «gracia», «carisma». <<

[83] CAJÓN: «Rumba de cajón», donde se toca sin tambores. Los ejecutantes percuten cajones de madera sobre los cuales se sientan. Es típica de la cárcel y del ambiente marginal. <<

[84] ECOBIO: Son ecobios entre sí todos los miembros de la secta abacúa. <<

[85] JAMA: Comida. <<

[86] FUMAS: Son los habanos gruesos y muy largos que los tabaqueros cubanos tuercen para sí mismos con la mejor materia prima. <<

[87] PINCHA: La pincha: argot cubano por «el trabajo». Pinchar: trabajar. <<

[88] ASTILLA: En argot: dinero. <<

[89] COPÓN: «Y el copón divino»: y así sucesivamente; y la mar en coche, y patatín patatán. <<

[90] PURO: El «puro», en el argot cubano, es el padre, y «la pura», la madre. <<

[91] FACHAR: En el argot cubano: robar. <<

[92] TRALLA: Los marginales, el hampa, la chusma, la pringue. <<

[93] **NEGRA DE SALIR:** Expresión empleada en la etapa racista para caracterizar a una negra presentable, bonita y bien educada, con quien un blanco podía salir de paseo o asistir a reuniones de gente distinguida. Todavía se usa como broma y ninguna negra lo toma a mal. <<

[94] TIMBALUO: Cojonudo, valiente. Viene de «timbales»: testículos. <<

[95] BOLA: «Tener la bola»: expresión de origen beisbolero: hacer las cosas bien, destacarse. <<

[96] PARLÉ: En la bolita, apuesta a dos números combinados que puede ganar sumas muy elevadas. <<

[97] PITUSA: Jeans, pantalones de vaquero. <<

[98] EMPINGADO: Enojado, enfadado. <<

[99] PUCHINBÁ: Punching bag, saco lleno de arena para entrenamiento de boxeo. <<

[100] ENCABRONAMIENTO: Enojo, enfado. <<

[101] COHIBA: Marca de habanos de alta calidad. <<

[102] REBENCÚA: Indómita. Mujer que aun azotada con el rebenque (látigo, fusta) persiste en su desobediencia. <<

[103] MOROPO: Jerga cubana por «cabeza». <<

[104] NICHE: En argot cubano, es un término despectivo para personas de raza negra.

<<

[105] FIANA: En el argot cubano: policía. <<

[106] ÑAPA: Propina. <<

[107] GUAGÜERO: El que maneja un ómnibus o guagua. <<

[108] DADO: «Quedar dado»: recibir una golpiza, una ofensa; ser estafado en un negocio o en el amor, sin tomar venganza. <<

[109] TIRO: Tiro de cerveza: expendio clandestino de cerveza en casas particulares.

<<

[110] SINGANTE: Persona que ocasionalmente fornicia con otra, a quien no está unida por relaciones estables de pareja. <<

[111] SALACIÓN: Ruina, infortunio, salazón. <<

[112] ORICHA u ORISHA: Santo, deidad del panteón yoruba. <<

[113] COMIÓ: «Se la comió»: argot cubano por «se lució». <<

[114] FILTRO: En el argot cubano: persona muy inteligente. <<

[115] PICUDENCIA: Cursilería. Viene de «picúo»: cursi. <<

[116] BUGARRON: Cubanismo por «buharrón». <<

[117] TARRO: «Pegar un tarro»: poner cuernos; cometer adulterio. <<

[118] KILO: Centavo del peso cubano. <<

[119] DESPINGAR: Desbaratar, destrozar, moler a golpes. <<

[120] MUÑEQUITOS: Dibujos animados. <<

[121] LADITA: Diminutivo de LADA, marca de vehículo ruso. <<

[122] DTI: Policía secreta cubana que se ocupa del delito común. Las siglas significan Departamento Técnico de Investigaciones. <<

[123] YUMA: «La Yuma»: los Estados Unidos de Norte América. «Un yuma», «una yuma»: ciudadanos de Estados Unidos; y por extensión, cualquier extranjero o turista.

<<

[124] VIAJE: «A viaje»: cubanismo que equivale a: «Téngalo por seguro.» <<

[125] ORIYATE: Sacerdote menor que interpreta la voluntad de los orishas mediante el diloggún en la Regla de Ocha o Santería. <<

[126] ROSCA: «Pasarse de rosca»: excederse. <<

[127] IBAÉ BAYEM TONÚ: Equivalente yoruba de nuestra invocación: «Que en paz descanse.» <<

[128] CARPORCHE: Barbarismo cubano por «cochera». Suele ser un cobertizo con techo de tejas o zinc, ubicado en uno de los pasillos laterales de las grandes casonas.

<<

[129] TAFIA: «Darse tafia»: argot por «darse muerte». <<

[130] CHERNA: Pez muy apreciado; y vulgarismo despectivo aplicado a los homosexuales pasivos. <<

[131] PALERO: Creyente en el «palo», «palo monte» o «mayombe», religión animista de origen congolés, que se fundamenta en la convocatoria de los muertos, por cuyo favor y consejos deben guiarse los vivos. <<

[132] TAMBOR: A veces, el término sin adjetivos se refiere al «tambor de muertos», un toque de tambores por el que alguien convoca a sus muertos, para pedirles consejo. <<

[133] CHURRE: Mugre. <<

[134] PINAREÑO: Nativo de la provincia de Pinar del Río. <<